



Rivales
y
amantes

CARA SUMMERS

e lit

D.J.57

Rivales y amantes

Cara Summers

RIVALES Y AMANTES (2005)

Titulo original: Early to bed? (2004)

Traductor: Alba Rull Usano

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: **Bianca 187**

Protagonistas: Tony Romano y Lily McNeil

ISBN: 9788467127614

Reeditada Diciembre 2012 Ebook –

Tentación 187

Reeditada NOVIEMBRE 2018 – (eLit)

SINOPSIS

ACABABAN DE CONOCERSE Y HABÍAN TERMINADO EN LA CAMA..

Desde que la seductora Lily McNeil había aparecido en su hotel, la vida de Tony Romano ya había corrido peligro en dos ocasiones.

Tony necesitaba un poco de ayuda para evitar que su hotel se viniera abajo y Lily tenía magníficas ideas al respecto. Pero la empresa de la familia de Lily no dejaba de presionarlo para que vendiera y la llegada de la joven resultaba demasiado sospechosa...

¿Quién podría haber imaginado que acostarse con el enemigo era lo mejor que podría haber hecho Tony? No tardaron en darse cuenta de que se necesitaban el uno al otro... dentro y fuera de la cama

Capítulo 1

«Puedes conseguir lo que te propongas».

Lily McNeil repitió la frase en silencio, tal y como le habían enseñado a hacer en el seminario sobre éxito al que había asistido en Tahití.

«Tu futuro no tiene que ser igual que tu pasado».

Esa era la frase número dos de su mantra diario. De algún modo, la idea de que podía convertirse en una persona que su familia podría respetar le había resultado más fácil de creer en una playa soleada con olas de agua azul rompiendo en la orilla.

Por supuesto, el monzón que estaba sobre Manhattan provocaba un efecto debilitador sobre su peinado y sobre su ego. Y el hecho de que el taxista la hubiera dejado al otro lado de la calle del hotel donde se alojaba era un problema menor. La lluvia y el viento arremetían contra ella mientras esperaba en la acera para cruzar.

«Vives bajo una nube negra».

«No». Agarrando la maleta de ruedas con fuerza, Lily cruzó la calle. Tenía diez años cuando su hermanastro Jerry Langford-McNeil le hizo burla sobre lo de la nube negra por primera vez. Y desde entonces, la imagen de una nube oscura cargada de agua y sostenida sobre su cabeza la perseguía allá donde fuera.

Nunca más. De ninguna manera. Las nubes negras formaban parte de su pasado, y el futuro no tenía por qué ser igual que su pasado. En el pasado, su padre nunca había aprobado nada de lo que ella hacía. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Era cierto que su confianza había disminuido cuando la compañía aérea no la había recogido en Tahití. Pero ella había conseguido tomar otro avión que la llevara a Nueva York. Y allí estaba. Misión cumplida. Empapada entró por la puerta giratoria de Henry's Place. Entonces vio su reflejo en el cristal.

La vieja Lily estaba mirándola, insegura, sin ir a la moda y cor

sobrepeso.

No. Ella ya no era esa persona. Lily se detuvo al pie de la escalera que llevaba hasta el recibidor, enderezó la espalda, respiró hondo y se imaginó cómo quería ser. La visualización era la clave del éxito. Eso era lo que el gurú de la energía de la motivación le había dicho en su isla. Quizá, su peinado de quinientos dólares no estuviera muy mantenido. Se miró de reojo en el espejo que estaba en la pared y sintió un nudo en el estómago. De acuerdo, nada mantenido. Y su ropa... Cerró los ojos y contuvo un escalofrío. Podría ponerse otra.

Miró otra vez, para asegurarse de que no había recuperado los doce kilos que había adelgazado con mucho esfuerzo durante los últimos seis meses. Al ver que era así, se sintió aliviada. Quizá tuviera un aspecto terrible, pero al menos estaba delgada.

«Tu futuro no tiene que ser igual que tu pasado». Enderezó la espalda, abrió los ojos y se miró en el espejo. Había cambiado por dentro, y eso era lo importante. Más importante, su padre, J.R. McNeil de McNe Enterprises, le había dado un trabajo y tenía que demostrarle que podía hacerlo.

—Ten cuidado con los idus de marzo.

Sobresaltada, Lily se volvió y vio a una mujer que estaba en lo alto de la escalera. Vestía un caftán de gasa de color azul y tenía una melena cana que caía sobre sus hombros. Se parecía a una bruja sacada de un libro de Harry Potter. Lily la miró a los ojos y se estremeció.

—Ten cuidado con los idus de marzo —repitió la mujer.

La mera mención de los idus de marzo hacía que Lily recordara dos cosas. El quince de marzo era su cumpleaños, y acababa de celebrarlo dos semanas atrás. Y cualquiera que hubiera estudiado latín en el colegio reconocería la advertencia que el adivino le dio a Julio César cuando entró en Roma. Por supuesto, la profecía del adivino se había cumplido. En ese mismo momento, un trueno hizo vibrar las puertas de cristal.

Lily se sobresaltó.

—¡Date prisa! —apremió la bruja, levantando una mano llena de joyas—. El desastre está a punto de llegar.

Lily subió por las escaleras hasta el recibidor. Si ésa era la forma en la que el hotel recibía a sus clientes, no le extrañaba que Henry's Place tuviera

grandes apuros económicos. Y tenía tanto potencial. Estaba situado cerca de Central Park y de la zona de los teatros.

Aunque su padre le había mostrado el archivo del hotel que la familia Romano regentaba desde hacía casi cincuenta años, el aspecto que presentaba el recibidor era mucho más descriptivo que las miles de palabras que se utilizaban en el informe. «Decadente» fue la palabra que se le vino a la mente. ¿Por qué diablos Anthony Romano, el portavoz de la familia, se negaba a vender el hotel a McNeil Enterprises si era evidente que no podía cuidar del lugar?

Al final, la respuesta a esa pregunta no importaría. Durante la semana que se quedara en el hotel, su trabajo era recoger la máxima información para asegurarse de que no rechazarían la siguiente oferta que hiciera McNeil Enterprises.

«Tengo que encontrar sus puntos débiles para poder explotarlos».

—Deje aquí sus cosas —dijo la bruja señalando un mostrador de caoba en forma de L.

Lily dejó la maleta y el maletín y siguió a la mujer. Se habría sentido mucho mejor acerca del trabajo que le había dado su padre si no hubiera tenido que mentir sobre el verdadero motivo por el que había ido a Henry's Place. Le había dicho a Anthony Romano que dirigía un nuevo departamento de consultoría en McNeil Enterprises, y que podía ofrecerle un análisis del lugar que le permitiría revitalizar el hotel. Incluso se suponía que iba a ofrecerle un plan de financiación. Por supuesto, sería uno falso. Su verdadero trabajo era sonsacarle la información que permitiría que su padre forzara la venta.

La antigua Lily habría evitado el engaño y habría considerado el trabajo de espionaje. Pero la nueva Lily tenía que demostrarle a su padre que era completamente capaz de asumir un puesto directivo en McNeil Enterprises.

Además, quizá estuviera haciéndole un favor a la familia Romano. Parecía que el hotel no podía aguantar mucho en aquellas condiciones. Mientras seguía a la bruja o adivina hasta una esquina lejana del recibidor, no pudo evitar fijarse en que los suelos de mármol estaban agrietados en algunos lugares, y que las alfombras que los cubrían necesitaban cambiarse. En cuanto a los muebles, el asiento de madera tallada crujió con fuerza cuando la adivina se sentó en él.

Fue entonces cuando Lily se fijó en las velas blancas y en la bola de cristal que había sobre la mesa frente al asiento.

—Siéntate —dijo la mujer, y señaló una silla que estaba frente a ella.

Lily obedeció, y se preguntó cómo esa voz tan grave y poderosa podía salir de un cuerpo tan frágil.

—Dame la mano.

Lily dudó un instante.

—Deprisa. No tienes tiempo que perder. El futuro es todo tuyo.

Lily miró a la mujer. Sus palabras eran tan parecidas a las de su gurú, que extendió la mano sin pensarlo. En cuanto la mujer le agarró la mano para colocarle la palma hacia arriba, ella se estremeció. Durante un instante, el recibidor quedó en un silencio tan sepulcral que Lily podía oír cómo el viento silbaba en la puerta como si tratara de encontrar una manera de entrar.

—Aquí está el problema —la mujer recorrió su palma con un dedo—. La línea del engaño. Hoy comenzarás toda una red de mentiras que pueden llevarte a la infelicidad, a ti y a los demás.

Lily sintió que se le encogía el estómago. ¿Cómo podía saber aquella mujer que había ido a Henry's Place para espiar? ¿Había fracasado antes de empezar? Eso haría que su madrastra y su hermanastro se pusieran muy contentos.

—¿Por qué lo haces?

¿Por qué? Era una pregunta que se había hecho a diario, durante su retiro en la isla. Pero la respuesta siempre era la misma. Era la única oportunidad de conseguir la aprobación de su padre.

—Mira qué corta es la línea —la mujer miró a Lily a los ojos—. No se te da muy bien esto del engaño.

«Quizá no». El problema era que nunca se le había dado nada bien en la vida. No había sido el hijo que su padre hubiera preferido. Dos años atrás, no había sido capaz de llevar a cabo el matrimonio que habría fusionado McNeil Enterprises con Fortescue Investments.

—Ah —dijo la mujer—, esta otra línea es la del amor. Tienes un amante en tu futuro, es alto, de cabello moreno y atractivo.

«Bien». Por primera vez desde que entró en el hotel, Lily se relajó un poco. Las adivinas siempre encontraban amores cuando leían las manos. Era evidente que aquella mujer era una embaucadora.

—Los amantes de mundos distintos nunca lo tienen fácil. Pero si tienes el valor de entregarte a él, él te amará tal y como eres —dijo la mujer.

«Una fantasía», pensó Lily, pero no podía apartar la vista de los ojos de aquella mujer. ¿Cómo podía saber una persona a la que acababa de conocer que encontrar a alguien que la amara tal y como era, era su fantasía más secreta?

—Dame Vera, aquí está. Sir Alistair y yo estábamos preocupados porque no la encontrábamos.

Lily consiguió dejar de mirar a la mujer y se fijó en las dos personas que se acercaban. La mujer joven tenía el cabello oscuro, casi negro, y le caía sobre los hombros. En la camisa llevaba una etiqueta con su nombre, Lucy. El hombre al que había llamado Sir Alistair era alto y tenía rasgos aristocráticos que hacían juego con la chaqueta del esmoquin color vino que llevaba. Lily decidió que su edad estaba entre los sesenta y los cien años. Le resultaba familiar, como si fuera un viejo amigo al que no había visto en años.

—No esperarían que me quedara en mis aposentos. El baño está inundado —se volvió hacia Lily y le susurró—. Hace una hora pensaba que estaba en la película *Titanic*.

—He arreglado la fuga temporalmente —dijo Lucy—. Tony la arreglará a primera hora de la mañana. Y por supuesto, traeremos a un equipo de limpieza —hizo una pausa y sonrió a Lily con cara de disculpa—. Dame Vera es una de nuestras huéspedes permanentes, y le encanta decir la bienaventura.

Vera se puso en pie.

—No digo la bienaventura. Veo el futuro. Es un don que conlleva mucha responsabilidad. El desastre está cerca y el futuro de Henry's Place pende de un hilo.

¿Dame Vera? El nombre también le recordaba algo.

—No tiene que preocuparse. Aquí siempre tendrá su sitio —dijo Lucy en tono tranquilizador.

—Puede que un dueño nuevo no lo vea de esa manera.

Lily apartó la vista de la mirada penetrante de Dame Vera y se volvió a tiempo de ver la cara de asombro que puso Lucy.

—Tony nunca vendería este lugar. Le prometió a su tío Henry que lo mantendría. Es nuestra casa familiar, y la suya también.

—El tiempo lo dirá —dijo Dame Vera—. En cualquier caso, no era necesario molestar a Sir Alistair.

—Ella no me ha molestado, querida —dijo el hombre—. Yo vine a ver si...

—Vino a controlarme —Vera lo miró—. No necesito un guardián.

Sir Alistair. El nombre, junto con el acento británico, hizo que una campanita sonara en la mente de Lily. Sir Alistair Brooks era un actor de cine británico al que ella había visto en numerosas películas. ¿Y Dame Vera? Lily miró a la adivina de cerca.

—El día que no pueda encontrar el camino hasta los aposentos que he estado alquilando durante media vida, puede reservarme una habitación en Bellevue —continuó Vera.

—Llamé a su puerta porque ponen una de sus películas en la sesión de noche —dijo Alistair—. *Blithe Spirit*. Elvira fue uno de sus mejores personajes, y tengo una buena botella de Merlot.

Vera resopló.

—Lo que tiene es una mente libidinosa. Y sabe que prefiero el champán.

—Algún día me permitirá que le eduque el paladar.

Vera le acarició el brazo.

—He bebido champán desde...

—Lo sé, lo sé... desde que Sir Richard Harris lo bebió de su zapatilla. É ya se marchó, pero yo sigo aquí. Y no creo que tengan habitaciones en Bellevue —dijo mientras la guiaba hasta el ascensor.

—Si ésa es su manera de sugerirme que me mude a vivir con usted, puede seguir soñando.

—Siempre, querida —contestó Alistair.

Lily tuvo que contenerse para no aplaudir cuando la pareja entró en el ascensor.

—Espero que no la haya molestado —dijo Lucy mientras apagaba las velas—. Había una fuga en su habitación y yo soy la única que trabaja esta noche.

—No se preocupe —dijo Lily—. Ése era Sir Alistair Brooks, ¿verdad? ¿E actor británico? —puesto que se había criado en internados había pasado muchas horas viendo películas antiguas mientras los otros niños se iban a casa durante las vacaciones.

—Sí —contestó Lucy, y la miró con cara de sorpresa.

—Y Dame Vera Darnel. No me he dado cuenta hasta que no los vi marchar. Aparecían juntos en *Taming of the Shrew*, en *A Midsummer Night's Dream*. He visto esas películas como veinte veces. Y como hace diez años actuaron juntos en *Day by Day*—la serie de televisión era una de las favoritas en el colegio al que ella había asistido.

Lucy sonrió.

—Ya no hay mucha gente que los reconozca.

—¿Son clientes del hotel?

—Permanentes. Sus habitaciones están en la octava planta, justo encima de las habitaciones familiares, que están en la séptima. Fueron los primeros clientes de mi tío Henry, y el hecho de que firmaran un contrato de diez años de alquiler hace cincuenta años fue lo que le dio la seguridad económica para abrir el hotel. Viven aquí desde entonces.

—¿Y la gotera es importante? —preguntó Lily

Por primera vez, la preocupación sustituyó a la sonrisa en los ojos de Lucy.

—Estoy segura de que Tony podrá arreglarla. Las tuberías están dando más problemas que nunca. Siento no haber estado para recibirla cuando llegó.

—No pasa nada —dijo Lily.

Pero se le ocurrió que tendría que incluir el incidente con Dame Vera y el problema de las tuberías en el informe que le entregaría a su padre. Sintiendo culpable, se puso en pie y siguió a la mujer joven hasta recepción.

Una vez detrás del mostrador, Lucy sonrió de nuevo.

—¿Por qué no comenzamos desde el principio? Cuando yo digo, me llamo Lucy Romano. Bienvenida a Henry's Place.

—Yo soy Lily McNeil y tú debes de ser la hermana de Anthony Romano.

—La prima —dijo Lucy—. Pero es casi como un hermano para mí. He pasado toda mi vida en este hotel. Normalmente trabajo en la cocina, pero esta noche han salido todos los hombres de la familia. Mi primo Sam se casó hace un mes y se han ido a jugar al póquer a su casa nueva.

—Hablé con Anthony por teléfono —Lily sacó una tarjeta del bolso—. Tengo una cita con él por la mañana para hablar sobre la reforma del hotel, y me ha hecho una reserva para que pase aquí la noche.

Lucy buscó en el ordenador.

—Me alegro de que tengas la reserva. Estamos a tope. Debido a un problema con las tuberías, no hay ninguna habitación libre. Ahora... —Lucy se apoyó en el respaldo de la silla—. Lo único que tenemos que hacer es esperar al ordenador más lento del mundo. Siempre le digo a Tony que tiene que comprar un nuevo equipo. Y él me dice que lo tiene anotado en la lista.

Mientras Lucy continuaba hablando, Lily miró alrededor del recibidor. Era una pena que hubieran permitido que se deteriorara tanto. Al menos, cuando su padre se hiciera cargo del hotel, el recibidor recuperaría su belleza original.

—Oh, oh —dijo Lucy frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—He comprobado tu reserva, pero hay una anotación de que ha sido cancelada.

—Eso es imposible —dijo Lily mientras trataba de apartar la imagen de una nube negra sobre su cabeza. Primero un monzón y después su reserva cancelada. Ésa era la clase de suerte que tenía la antigua Lily, pero ella ya no era esa persona—. Tu primo hizo la reserva en persona.

—También fue él quien la canceló. Hay una nota que dice que esta tarde llamó alguien de McNeil Enterprises diciendo que habías cambiado de planes.

¿Quién podía haber llamado? ¿Su padre habría cambiado de opinión?

acerca del trabajo que le había dado? Sin duda, la habría llamado a ella para contárselo.

—Debe de haber alguna confusión en la oficina. ¿Por qué no me das otra habitación?

Lucy la miró a los ojos.

—No tengo otra habitación. Puedo buscarte algo en otro de los hoteles de la ciudad.

—Seguro que tienes algo —Lily sabía que en los hoteles siempre se guardaban habitaciones para una emergencia—. Tu primo Anthony y yo hablamos de lo importante que era que me hospedara en Henry's Place. Es la única manera de hacerme una idea del lugar.

—Tendría habitaciones libres si no fuera por el problema de las tuberías. La habitación de Dame Vera no ha sido la única afectada.

—Aceptaré lo que sea —dijo Lily.

—Te diré una cosa —dijo Lucy—. Tengo una habitación en el ático. Mi tío Henry solía vivir allí, y sólo se utiliza para la familia —salió de detrás del mostrador, agarró la maleta de Lily y se dirigió al ascensor—. Estoy segura de que Tony querría que te acomodara allí. Sé que está deseando reunirse contigo.

Lily suspiró y siguió a la chica. A pesar de lo que le había dicho Dame Vera, su futuro no sería igual que su pasado.

—Tres —Tony dejó las cartas boca abajo sobre la mesa y deseó haberse descartado de toda la mano.

Al ver la sonrisa de complicidad que compartían sus hermanos mientras Sam le daba nuevas cartas, les advirtió:

—No os hagáis ilusiones. Mi suerte va a cambiar. Dame Vera me leyó la mano justo antes de marcharme.

—¿Te dijo el día en que sucedería el cambio? —preguntó Drew.

—Esta noche —dijo Tony.

Al menos, esperaba que fuera esa noche.

Drew y Sam se miraron de nuevo.

—No creo que tengamos que preocuparnos todavía —dijo Sam—. No has ganado una mano en toda la noche.

Aunque no solía ser pesimista, Tony veía sus cartas como un símbolo de la suerte que lo había acompañado últimamente. El hotel, la casa de su familia, amenazaba con caérsele sobre la cabeza. Hasta el momento, había conseguido ocultarle la situación a sus hermanos. No necesitaban agobiarse. Ni saber que dos grandes empresas hoteleras, McNeil Enterprises y Fortescue Investments, lo estaban presionando para que lo vendiera. No pensaba hacerlo, y menos a McNeil Enterprises. Su padre y J. McNeil tenían su historia. Eso era todo lo que Tony sabía, pero su padre le había advertido que nunca se fiara de nadie de esa empresa.

Aun así, a Tony le habría gustado discutir los problemas del hotel con alguien. Pero Sam era un recién casado y Drew había estado trabajando como agente secreto en un caso importante.

La única persona a quien podía habérselo contado, su primo Nick, estaba adaptándose a la paternidad en Boston. Tampoco necesitaba que alguien lo amargara. Además, dirigir el hotel era su trabajo. Ése era el encargo que le había dejado su padre.

—Sólo quiero una —dijo Drew, y tiró una carta sobre la mesa.

—Yo voy bien —dijo Sam.

Sam tenía mucha suerte. No sólo estaba ganando al póquer aquella noche, sino que desde que se había casado con A.J., toda su vida había cambiado. La empresa de seguridad para la que trabajaba lo había nombrado vicepresidente, y A.J. estaba esperando un bebé para verano.

—Apuesto veinte —dijo Drew, empujando las fichas hacia el centro de la mesa.

—Las veo y apuesto treinta —dijo Sam, y colocó sus fichas junto a las de Drew.

Drew añadió más fichas a su montón y ambos miraron a Tony expectantes.

—Siempre puedes plantarte ahora —dijo Sam—. De esa forma podrás mantener tu penoso montón de fichas delante de ti.

Tony se volvió hacia Drew.

—Me parece que se está echando un farol. Apuesto a que no es para

tanto.

—¿Cuánto? —preguntó Drew.

—Diez dólares —dijo Tony.

Drew sonrió.

—De acuerdo.

Sam negó con la cabeza.

—Esto es como aceptar el dinero de un bebé. Chicos, no suponéis ningún reto.

Tony sonrió despacio.

—Esas tres cartas que acabas de darme pueden darme un full.

Drew se rió.

—No con la racha de suerte que estás teniendo.

—Te lo dije. Está a punto de cambiar —dijo Tony, arrastrando las cartas sobre la mesa.

Estaba convencido de que la suerte de una persona podía cambiar en un segundo.

Y las predicciones de Dame Vera habían reforzado su sensación de que la suya estaba a punto de cambiar. La sensación le había empezado una semana antes, cuando Lily McNeil lo llamó para ofrecerle sus servicios de consultora.

Ella había sido la tercera persona de McNeil Enterprises que se había puesto en contacto con él. Primero, lo había invitado a comer J.R. Después había recibido una visita personal de Jerry Langford-McNeil. Y Lily no sólo había sido la tercera persona, su número de la suerte era el tres, sino que además él sentía que ella era diferente. Su padre y su hermanastro eran tiburones persuasivos. Su impresión era que Lily se parecía más a un pececito.

Por supuesto, no se había creído ni una palabra de todas las tonterías que le había dicho por teléfono. Le había contado que acababa de crear un nuevo departamento en la empresa y que quería ayudarlo a conseguir un préstamo con buenas condiciones para que realizara las mejoras que siempre había querido realizar. Además, le ofrecía un análisis gratuito y un plan para aumentar los beneficios de forma que pudiera devolver el

préstamo en poco tiempo.

No había sido su oferta, demasiado buena como para ser cierta, lo que lo había intrigado, sino su voz ronca y sexy, que contrastaba con la dinámica presentación de su oferta. Y por algún motivo, le había hecho pensar en toda una noche de sexo apasionado y acalorado, del tipo con el que fantaseaba cuando era adolescente.

—¿Vas a recoger esas cartas o no? —le preguntó Sam.

—En un segundo —Tony continuó frotándolas contra la mesa.

Estaba deseando encontrarse con Lily McNeil. Los contrastes siempre lo habían intrigado. Y cuando ella se reía...

Deseaba conocerla, y no sólo para hablar de negocios. Quería hacerla reír otra vez. Y quería ver cómo se le iluminaban los ojos al reírse. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que una mujer le había llamado la atención igual que Lily McNeil había hecho durante su conversación telefónica.

Pero ese día, habían llamado de su despacho para cancelar la cita. Ella había cambiado de opinión acerca de ayudarlo y ni siquiera había tenido la delicadeza de llamar en persona. Tony acercó las cartas a su cuerpo.

—Sin duda, es hora de cambiar de suerte.

—Seguro que podrías utilizarla en el hotel —dijo Drew—. Cuando pase por allí para ducharme, Lucy estaba subiendo cubos a la octava planta. La última gotera apareció allí y ha inundado las habitaciones de Dame Vera. ¿Cuándo vas a cambiar las tuberías?

—Está en la lista —dijo Tony.

Pero la lista era muy larga. Un ordenador nuevo, unos fogones nuevos para la cocina, alfombras para el recibidor. Pero la gotera de la planta superior tendría que ser la prioridad. Si no la arreglaba, todas las habitaciones inferiores corrían peligro. Miró el reloj. Las once y media. Esperaría media hora más para marcharse.

—Ya está —le dijo Sam a Drew—. Ahora dirá que tiene que irse para mirar la gotera.

—No hasta que gane esta mano y los diez dólares que me deberá Drew cuando muestres las cartas que llevas —Tony empujó sus fichas al centro de la mesa.

—Ni siquiera has mirado tus cartas —le dijo Sam.

—No hace falta. Dame Vera dijo que mi suerte está a punto de cambiar —agarró la primera carta y contuvo una sonrisa. La reina de corazones era un buen comienzo. Después, agarró las dos últimas cartas y se apoyó en el respaldo de la silla. Mantuvo el rostro inexpresivo y permitió que sus hermanos subieran la apuesta.

Capítulo 2

Lily nunca había visto nada como la habitación del ático. La habían construido en una mitad de la buhardilla del hotel, y tenía dos niveles, el inferior que se había habilitado como salón y, el superior, en el que se encontraba la cocina y el comedor. La parte más espectacular era la cristalera desde la que se veía una vista panorámica de Manhattan. Incluso con lluvia, la ciudad era maravillosa.

—Perfecto —dijo Lily mirando a Lucy—. ¿Cómo es que este espacio no se utiliza? ¿Por qué no está reservado todo el tiempo?

—Nunca lo hemos ofrecido a los clientes —le explicó Lucy—. Mi tío Henry construyó este sitio para Isabelle Sheridan, la mujer que amaba. Era la clásica pareja que tiene las estrellas cruzadas. Ella dirigía una importante empresa de inversiones en Boston, y su familia destacaba socialmente. Habrían mirado a mi tío por encima del hombro, por decirlo con delicadeza. Y para él, este hotel era su vida. Nunca lo habría abandonado para marcharse a Boston. Ella no podía darle la espalda a su familia y a su empresa para mudarse aquí.

—¿No se casaron?

Lucy negó con la cabeza.

—Utilizaban este lugar siempre que podían. Durante veinte años. ¿No te parece romántico?

—Sí —Lily recorrió la habitación con la mirada.

«¿Cómo será que alguien te quiera tanto como para construirte un lugar como éste?», pensó. Se fijó en los sofás, las antigüedades y las fotos que había sobre las mesas. Con curiosidad, se acercó hasta donde estaba Lucy y agarró una foto enmarcada. En ella aparecían cuatro hombres atractivos, rodeándose unos a otros por los hombros.

«Aparece un amante en tu futuro... alto, de cabello oscuro...», al recordar las palabras de Dame Vera, Lily se fijó en el más alto de los cuatro y experimentó una extraña sensación de... ¿De qué? No conocía a ninguno de ellos. Pero aun así, el más alto tenía algo que... «Y no es sólo su aspecto. Ni su sonrisa».

No. Él no era el amante del que le había hablado Dame Vera. Era ridículo creer que la actriz jubilada tuviera poderes para adivinar el futuro. Además, Lily McNeil no estaba en el mercado de amantes. Nunca había tenido talento para atraer a los hombres y, en aquellos momentos, no necesitaba más fracasos. Tenía que centrarse en el trabajo que había ido a realizar.

Pero no podía retirar la vista de aquel hombre. Su sonrisa la hacía sentir como si estuvieran compartiendo una broma privada. Y ella recordó las conversaciones que había mantenido con Anthony Romano. Entonces había sentido una conexión parecida.

—Esos son los hombres de la familia Romano —dijo Lucy—. A Grace y a mí no nos dejaron posar en esa foto. Ese fue el día que ganaron el torneo de baloncesto con los Murphy, y había un alto nivel de testosterona. Siempre que eso ocurre, se vuelven un poco machistas —señaló con la mano—. Ellos no consideran que este sitio sea romántico. Tony y Nick creen que el tío Henry era un idiota por contentarse con media hogaza. A ninguno le caía bien Isabelle Sheridan. Pensaban que era una esnob. Pero a mi hermana Grace y a mí nos parecía estupendo que mi tío Henry y ella encontraran una manera de estar juntos. La primera vez que vi la película *Titanic*, pensé en mi tío. Enamorado de alguien de otra clase social. Tan romántico.

«Y descorazonado!», pensó Lily. Hacía falta mucho valor para aceptar ese tipo de amor. Se estremeció al darse cuenta de que había estado a punto de repetir una vez más las palabras de Dame Vera. Se percató de que seguía mirando al hombre de la foto. Tenía que centrarse.

Dejó la foto y se obligó a mirar alrededor de la habitación. Parecía que nada había cambiado desde que los dos amantes la habían compartido.

—¿Tu familia utiliza este lugar a menudo?

—No —dijo Lucy, y sonrió—. No hasta hace un año, cuando se casó mi hermano. Ahora, su esposa y él se quedan aquí cuando vienen de Boston. Y una noche, Sam trajo a A.J., su esposa, antes de que estuvieran casados. Al día siguiente se comprometieron. Mi hermana Grace cree que este lugar tiene el poder de hacer que suceda el amor verdadero.

—Estaba pensando que tiene el poder de hacer que el hotel gane mucho dinero. Con esas vistas, esto podría convertirse en un restaurante que ofrezca cenas íntimas junto a la chimenea en invierno y al fresco durante los

meses de verano. Es un pecado no aprovecharlo.

—Eso es lo que le he dicho a Tony muchas veces —dijo Lucy—. Incluso tengo diseñado el menú.

Al ver que Lily la miraba con curiosidad, continuó.

—En cuanto me licencie en la universidad, me apuntaré a la escuela de cocina. Tony me deja crear platos especiales para el restaurante, y ha incorporado varios de ellos en la carta. Pero mi familia quiere que me licencie igual que hicieron Grace y mi hermano Nick —frunció la nariz—. De esa manera tendré algo más si no me sale bien lo de ser cocinera. Pero yo no lo comprendo. Sé lo que quiero ser desde que tenía diez años.

—Fue entonces cuando yo también decidí lo que quería ser —dijo Lily.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y tu familia te apoyó?

—No.

Todavía le dolía recordar lo que pasó cuando reunió el valor suficiente para entrar en el despacho de su padre y contárselo. Había sido durante una de las temporadas en las que él había trabajado en casa después de la muerte de la madre de Lily. La niñera tenía órdenes de mantener a la niña en el jardín, pero ella se escapó y entró en la casa porque deseaba pasar un rato con él. Cuando irrumpió en el despacho, él estaba conversando con dos clientes. Nada más verla, ella se percató de que llevaba la ropa y las rodillas sucias, y la invadió ese sentimiento de ineptitud que siempre la invadía en presencia de su padre. Aun así, fue capaz de decirle lo que le había ido a decir. Algún día quería ser socia de McNeil Enterprises. Todavía no sabía qué le habría dicho su padre si uno de los hombres que había en el despacho no hubiera comenzado a reír. Su padre se rió también. Quince años más tarde, ella recordaba la vergüenza que había sentido cuando los clientes se marcharon y su padre la regañó.

—Nunca tendrás éxito en los negocios. Eres demasiado impulsiva, igual que lo era tu madre.

—¿Cuándo comenzó a tomarte en serio tu familia?

Lily dejó de pensar en el pasado y enderezó los hombros.

—Todavía estoy en ello.

Cuando su padre aceptó con desgana que fuera ella la que solucionara el problema de Henry's Place, el resto de su familia no puso cara de felicidad. Su madrastra, Pamela, puso cara de sorpresa y rabia. Y la habitual actitud burlesca de su hermano Jerry, se había sustituido por fría especulación.

Al menos, ninguno se había reído. Se volvió hacia Lucy y le dijo:

—Me gustaría ver tu menú por la mañana.

—¿De veras?

—De veras —dijo con una sonrisa.

Lucy le dio un abrazo.

—Me alegra tanto que hayas venido a ayudarnos. Si hay alguien que pueda convencer a Tony de que convierta este lugar en un restaurante, eres tú.

—Haré lo que pueda —le prometió Lily.

Sonó un suave pitido y Lucy miró el busca-personas que llevaba en el cinturón.

—Tengo que regresar a recepción. Hay sábanas limpias sobre la cama y la nevera siempre la mantengo llena para cuando viene Nick con su esposa —se dirigió hacia la puerta—. Si necesitas algo, llama a la recepción.

Lily consiguió mantener la sonrisa hasta que Lucy se marchó. Después se dejó caer en la silla más cercana. Se sentía como un gusano. Lucy la consideraba una salvadora cuando en realidad era una traidora. Había sido un error darle esperanzas. No tenía que haberle pedido que le mostrara el menú. No era bueno que se involucrara personalmente con ninguno de los Romano. Si no lo recordaba, fracasaría en lo que había ido a hacer allí.

Cerró los ojos, se imaginó en la playa de arena blanca de Tahití y respiró hondo. Lo único que tenía que hacer era mantener la perspectiva adecuada. No había ido allí para quitarles el Henry's Place a la familia Romano, sino para demostrarle a su padre, su madrastra y su hermanastro que era capaz de ocupar su puesto en la empresa. Si no lo recordaba, volvería a ser la inadapta de la familia.

Dando un suspiro, abrió los ojos y se dirigió hacia la puerta abierta en el segundo nivel. Estaba cansada. Lo que necesitaba era dormir. Después recuperaría la perspectiva. Volvería a tenerlo todo igual de claro como

durante el tiempo que había pasado en la playa de Tahití. Pero, en cuanto entró en el dormitorio, se quedó asombrada. Esa vez no fue la vista de Manhattan lo que llamó su atención, sino la cama enorme, colocada sobre una plataforma que ocupaba casi toda la habitación. Mientras se acercaba a ella, se fijó en que a la izquierda había una chimenea, pero no consiguió retirar la vista de la cama de hierro.

«Sin duda, es la cama perfecta para compartir con un amante», pensó mientras acariciaba el cubrecama de raso. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que metió a un hombre en su cama. Durante los dos últimos años, desde que rompió su compromiso con Giles Foitescue, se había dedicado a formarse a sí misma. Se había sacado un máster en Ciencias Económicas y había hecho prácticas en una cadena hotelera de Europa, pequeña, pero selecta. No había tenido tiempo para los hombres. Y antes de eso, había estado con Giles. Hacía mucho tiempo que no había pensado en él.

Todavía podía formar su imagen en la mente. Rubio, atractivo y con el rostro bronceado. Él tenía treinta y tres años, diez más que ella. Lily acababa de salir de la universidad, pesaba doce kilos más y no estaba acostumbrada a la vida social en la que su madrastra la había metido. Giles había cuidado de ella desde el primer momento en que se la presentaron y ella se había enamorado de él. Se comportaba de manera tan atenta y amable, que Lily pensó que él también se había enamorado.

De pronto, se percató de que pensar en Giles ya no le hacía daño. Despacio, sonrió. Qué irónico era que al ver una cama perfecta para amantes se sintiera liberada del hombre que su familia había elegido para ella. Por desgracia, él también la encontraba tan poco atractiva, que durante tres meses no había intentado hacer nada más que darle el beso de buenas noches con el que se despedían. Y cuando le hizo el amor, la experiencia no fue nada espectacular.

Después, él le dijo que no se preocupara por ello. En realidad, Lily no le interesaba en ese aspecto. Quería casarse con ella porque, si se casaba con la única hija de J.R. McNeil, la fusión entre Fortescue International McNeil Enterprises descansaría sobre una base que apaciguaría a las juntas directivas de ambas empresas.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que su padre y su madrastra habían arreglado todo el noviazgo. Si se casaban, Giles y ella cumplirían su

deber con la nueva empresa. Después, cada uno podría continuar por caminos separados. Él, por supuesto, encontraría a otra mujer para satisfacer sus deseos. Entretanto, ella se ocuparía de la casa y de los eventos sociales mientras él ocupaba su lugar en la dirección de Fortescue-McNei Inc. Por supuesto, en algún momento tendrían que tener un heredero.

Lily se estremeció al pensar en ello. Se sentó a los pies de la cama. Por primera vez en dos años era capaz de pensar en Giles y no sentirse mal. Quizá, el seminario al que había asistido en Tahití estuviera funcionándole de verdad. O quizá era la cama, una cama donde dos amantes con estrellas opuestas habían encontrado la felicidad durante veinte años. Una cama que representaba el amor verdadero, la pasión verdadera.

Fuera lo que fuera, se sentía aliviada, o feliz, porque Giles no había llegado a convertirse en su marido. No podía imaginarse retozando en aquella cama con el correcto y formal Giles Fortescue. De pronto, una imagen apareció en su cabeza. Estaba tumbada en la cama, abrazada al hombre alto que acababa de ver en la fotografía.

«No», frunció el ceño. Eso no iba a suceder. Había ido allí para hacer un trabajo. El hecho de que por fin se hubiera liberado de la nube negra que representaba a Giles Fortescue no significaba que estuviera dispuesta a meterse en la cama con otro hombre, y menos con uno de la familia Romano. Eso la conduciría al desastre.

Se bajó de la cama y regresó a la habitación principal para recoger su maleta. Iba a centrarse en el trabajo. El primer paso era darse una ducha, acostarse y dormir bien toda la noche.

Su futuro no sería igual que su pasado. Iba a conseguir lo que quería.

Tony miró el pedazo de escayola que se había caído de alrededor de la lámpara y sobre su cama. «Míralo por el lado bueno», pensó. Ése era el credo de su padre, y él también lo había hecho suyo.

Recogió el pedazo, comprobó su peso y lo lanzó al aire para volverlo a agarrar. El lado bueno era que él había estado jugando al póquer en casa de Sam cuando se rompió la tubería en la habitación de Dame Vera. De otro modo, los aproximadamente cinco kilos de escayola habrían caído sobre su... No, no quería ni pensar dónde habrían caído. Además, había ganado cincuenta dólares en la partida.

Dame Vera tenía razón. Su suerte estaba cambiando a mejor. Y no sólo se lo demostraba la partida de cartas. De regreso a casa, se había topado con un conductor loco que había salido de la nada. Él había reaccionado a tiempo y se había subido a la acera. El conductor no se detuvo y a Tony no le dio tiempo de ver el número de la matrícula para dárselo a Drew, que era policía.

Justo en ese momento, la luz del techo se hizo más tenue y otro pedazo de escayola cayó sobre la cama.

Tony suspiró. Si su suerte pudiera abarcar también a los problemas del hotel. Zach Murphy, quien había arreglado las tuberías del edificio durante años, había predicho esa situación.

—Tony, recuerda mis palabras. Si no cambias las tuberías del edificio, la octava planta caerá entera sobre tu cabeza.

Tony miró la habitación que había ocupado desde los diez años y no sabía si reír o llorar. Ocho años atrás le había hecho la promesa a su padre de que mantendría el hotel en funcionamiento. Era la única casa que había conocido su familia y él. Su hermano Drew, sus primas Grace y Lucy, su tía Gina... todos vivían allí todavía. Y con los años, los beneficios del hotel habían proporcionado educación universitaria a cada miembro de la familia. Él tenía que conseguir la manera de evitar que el hotel se derrumbara sobre sus cabezas.

Henry's Place tenía problemas y no podía permitirse cerrar ninguna de las habitaciones por causa de goteras. Según Lucy, la última gotera había aparecido en la habitación de Dame Vera y había inundado la planta donde se encontraban las habitaciones familiares y cuatro habitaciones de la sexta planta. Todas tenían que repararse y pintarse, y él tendría que conseguir dinero para que Zach Murphy cambiara las tuberías.

Lily McNeil le había prometido ayudarlo con todas esas cosas. ¿Por qué había cancelado su visita en el último minuto? No creía que McNeil Enterprises hubiera perdido el interés por Henry's Place.

Por la mañana, llamaría al despacho de McNeil y descubriría por qué había cancelado la cita, después... bueno, tendría que utilizar el encanto de los Romano.

Bostezó y se percató de que estaba agotado. Necesitaba una cama seca donde dormir, y por mucho que lo odiara, eso significaba tener que irse al

ático. Estaba a punto de salir al pasillo cuando otro pedazo de escayola cayó sobre la cama. Hizo una mueca, cerró la puerta y se dirigió hacia el ascensor privado. Lo que tenía que recordar era que su suerte había cambiado. Apretó el botón del apartamento del ático.

La primera sorpresa se la llevó cuando se abrieron las puertas y vio que las luces de la habitación estaban encendidas. Las apagó al entrar y, entonces, se percató de que la chimenea de gas también estaba encendida. Tendría que hablar con Lucy y con Grace. Ellas eran las únicas de la familia que subían allí con regularidad, pero no solían ser tan descuidadas. Se disponía a encender la lámpara que estaba sobre la mesa junto al sofá cuando la vio tumbada sobre los almohadones y una mano debajo de la mejilla.

Durante un instante, la mente se le quedó en blanco. Habría jurado que el tiempo se había detenido ¿o había sido su corazón? Un único pensamiento invadió su cabeza. «Eres tú».

Después, como la idea era tan ridícula, respiró hondo y se acercó un poco más. Estaba cansado, el techo estaba cayéndose sobre su cama y había una extraña durmiendo en el sofá del ático. La miró durante un instante. No era la bella durmiente. Quizá era el hecho de que tuviera una de las manos cerrada en un puño. Pero le hacía pensar que aquella no era una princesa esperando a que su príncipe la despertara. Los rizos rojizos que caían sobre su almohada le hicieron pensar en Ricitos de Oro. Estuvo a punto de esbozar una sonrisa, pero no fue capaz. Quizá pudiera hacerlo cuando su corazón recuperara el ritmo normal. Se fijó en su tez pálida, casi translúcida, en sus rasgos delicados y en su barbilla. Después, volvió a mirar su puño cerrado.

«Una luchadora», pensó, y esa vez sí sonrió. Vestía una camiseta sin mangas y un pantalón deportivo de color gris. Los músculos tonificados de sus brazos indicaban que con esos pantalones hacía algo más que dormir. «Delicada y dura», pensó, intrigado por el contraste. Y después, se fijó en sus piernas. Eran largas, esbeltas y...

El deseo, que se había apoderado de él como una espada ardiente, lo hizo suspirar aliviado. Era una reacción que podía comprender. Y mucho más agradable que la que tuvo cuando la vio por primera vez.

No quería pensar en cómo había tenido la sensación de haberla visto antes, porque era absurdo. Nunca había visto a aquella mujer. No tenía que

preguntarse cómo había entrado allí. Era evidente que Lucy la había dejado entrar. Probablemente fuera alguna refugiada de las inundaciones de la sexta planta.

Miró a su alrededor y vio que, sobre una silla, había un traje gris, y también una prenda de raso y encaje sobre un taburete. Ella no había tenido problemas para sentirse como en casa. Se agachó sobre la mesa y vio una libreta llena de anotaciones. Las leyó:

Reparar las tuberías, renovar el recibidor, convenir el ático en un restaurante de cinco estrellas.

Tony frunció el ceño, agarró la libreta y miró los bocetos que había junto a las notas. Eran diferentes planos para convertir el ático en un restaurante. Y estaban bien hechos. La miró de nuevo. No había duda de que ella había estado escribiendo sobre su hotel.

¿Quién diablos era?

Miró a su alrededor y encontró una maleta pequeña y un maletín de cuero. Se acercó para leer la etiqueta. Era Lily McNeil.

¿Por qué estaba allí? ¿Por qué había anulado la reserva y después había cambiado de opinión? ¿O había planeado entrar en el hotel incógnito y recoger información sin que él lo supiera?

Se fijó en su rostro iluminado por la luz de las llamas. Así que ella era la dueña de aquella voz. No era exactamente como él la había imaginado. Al verla, no pensaba en una noche de sexo apasionado, sino en una noche del tipo: tómatelo con calma y saborea.

Se fijó en su boca e imaginó su sabor. En un principio, no era dulce, sino ácido. La dulzura llegaría más tarde. Quería explorar esa boca con detenimiento, hasta descubrir todos sus sabores. Se acercó para acariciarle uno de los rizos. Podía ver distintos colores, dorado con mechuras de color fuego. Deseaba acariciarle la piel. Mientras las imágenes se formaban en su mente, el deseo se apoderaba de su cuerpo como si ya supiera lo que era sentirla arqueándose contra él.

Conteniendo un suspiro, Tony controló su pensamiento y soltó el rizo que todavía sujetaba entre los dedos. Entonces, sin poder evitarlo, le acarició la mejilla con un dedo. Recordó que no era la bella durmiente y que él no era el príncipe que tenía que despertarla. Era Ricitos de Oro, la chica que había causado estragos en la vida de los osos. Su trabajo era asegurarse

de que la señorita Lily McNeil no hiciera lo mismo a los Romano. La familia era su responsabilidad y tenía que darles prioridad.

Ella se movió y separó los labios. Tony se quedó quieto. De nuevo, sintió su mente vacía y un potente deseo de besarla. Si ella se resistía, sería el fin. Si respondía ante su beso... Trato de borrar la imagen que se había formado en su cabeza. No podía hacerlo. No sería justo para ella. Ni era un gesto inteligente. Se puso en pie y apagó la lámpara que estaba junto al sofá.

Sabía que Lily McNeil significaba problemas, tanto profesional como personalmente. Liarse con ella no sería nada conveniente. Posó la mirada sobre ella una vez más. Pero sin duda sería divertido. ¿Y cuándo había sido la última vez que había pensado en hacer algo sólo por divertirse?

No desde la muerte de su padre, cuando tuvo que asumir la responsabilidad del hotel. Le parecía que había pasado una eternidad.

Moviendo la cabeza, Tony se obligó a subir a la planta donde se encontraba el dormitorio. Lo que necesitaba era dormir. Fuera quien fuera Lily McNeil, él necesitaría estar alerta. Y sería mejor que mantuviera su libido bajo control.

Justo entonces, cayó un rayo. Lo vio romper en el cielo y el trueno sonó tan cerca, que las ventanas temblaron. «Una advertencia», pensó. Segundos más tarde, se fue la luz.

«Sin duda era una advertencia», pensó, y se dirigió al dormitorio.

Lily trató de despertar de su sueño. Había estado con su amante. Él le había acariciado el cabello y la mejilla. Sus dedos eran excitantes. Ella estaba segura de que iba a besarla. En ese momento, cuando él parecía dudar, ella deseó abrir los ojos, agarrarlo de la mano y atraerlo hacia sí. Pero estaba atrapada entre el sueño y la vigilia. «No te vayas», trató de decir, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Y entonces, él se alejó.

Al sentirse rechazada, abrió los ojos y vio que la habitación estaba a oscuras. Miró por la ventana y vio que los otros edificios también estaban sin luz. La lluvia golpeaba contra el cristal. En la distancia, la luz de los relámpagos iluminaba el cielo y podían oírse los truenos. Había sido el ruido de la tormenta, y no su amante, lo que la había despertado. Sin embargo, el sentimiento de fracaso seguía presente. «Ridículo», pensó, y se sentó. No permitiría que el miedo al fracaso también invadiera sus sueños.

Se levantó del sofá y, guiándose por los muebles, subió al nivel

superior. El fracaso era parte del pasado y ella iba a asegurarse de que no formara parte de su futuro. Continuaría durmiendo en aquella cama hecha para amantes. Después, invocaría al amante de sus sueños y se aseguraría que no volviera a marcharse.

Pasando la mano por la pared llegó hasta la puerta que daba al dormitorio. La sombra oscura que tenía delante debía de ser la cama. Se acercó hacia el lado de las ventanas, donde recordaba haber visto los escalones. Subió hasta la cama y se metió bajo las sábanas.

Apoyó la *cabeza* en la almohada y bostezó. La cama estaba caliente, acogedora, como si su amante estuviera ya allí, esperándola. Sonrió. Después de todo, Dame Vera le había prometido uno. ¿Y qué si sólo era producto de su imaginación? Los amantes de los sueños no interferían con la vida real. Cerró los ojos y se concentró para imaginar al hombre de sus sueños. Visualización. Ésa era la clave. En el sueño, no lo había visto con mucha claridad, así que podía imaginarlo como quisiera.

Despacio, dibujó sus rasgos. Una nariz fuerte, los pómulos de un guerrero, la boca masculina, suavizada por los hoyuelos que aparecían al sonreír. Y sus ojos oscuros, como el chocolate prohibido. Irresistible. El calor de la cama empezó a invadir su cuerpo. A medida que el sueño se apoderaba de ella, la imagen de su amante se hacía cada vez más clara. Lo último que pensó antes de quedarse dormida era que, en algún lugar, había visto antes al amante de sus sueños.

Capítulo 3

Tony seguía medio dormido. Lo último que quería hacer era dejar de soñar lo que estaba soñando. Su Ricitos de Oro estaba durmiendo en su cama. Y le parecía estupendo.

Estaba acurrucada contra su cuerpo, de espaldas a él. Cada vez que respiraba, su aroma lo invadía por dentro. Podría reconocerlo en cualquier sitio. Olía como las flores en primavera, las mismas que su madre solía plantar en macetas en la azotea.

Con cuidado, metió una mano bajo su cuerpo para mantenerla cerca y con la otra la acarició, desde los hombros hasta el muslo. El contraste entre la piel suave y el algodón hizo que una llama de deseo se prendiera en su interior. Ella se movió y se juntó más a él.

Tony metió la mano bajo la tela de algodón. Ella gimió de placer cuando le acarició uno de los senos, y otra vez cuando sintió que le mordisqueaba el cuello. Él había soñado otras veces con acariciarla de esa manera, pero las sensaciones le parecían mucho más reales. Su piel era suave como el agua, su cintura estrecha. Al oír su respiración agitada, la acarició de nuevo y metió la mano por la cinturilla de los pantalones. Ella se estremeció. Él le mordisqueó el cuello otra vez mientras introducía un dedo en el centro de su feminidad.

El orgasmo recorrió su cuerpo como una ola ardiente y Lily pensó que moriría de placer. Entonces, antes de que pudiera recuperar la respiración, o reunir la fuerza necesaria para moverse, aquellos dedos fuertes comenzaron a moverse de nuevo en su interior. Inhaló el aroma masculino y sintió el calor de su cuerpo. Nunca había soñado algo parecido con tanta claridad. Él le mordisqueaba el cuello al mismo tiempo que le acariciaba un pecho. Ella sentía que el corazón le latía con fuerza. Él no dejaba de mover los dedos, y aunque pensaba que era imposible, una fuerte presión comenzaba a crearse otra vez en su interior.

Entonces, él retiró la mano.

—No —la palabra se confundía con un gemido y ella se movió desesperada hasta que se tumbó sobre él.

«Visualiza. Esto es un sueño», se recordó. Un sueño maravilloso. Si lo

imaginaba con la suficiente claridad, no se desvanecería. El amante de su sueño no podía marcharse.

Visualizó su rostro una vez más. Rasgo a rasgo. Estaba funcionando. Podía sentir su cuerpo presionado contra el suyo.

—Te deseo —dijo ella.

—Acaríciame.

Lily no estaba segura de quién había dicho esas palabras. Lo único que sabía era que deseaba explorarlo con las manos, memorizar el cuerpo de él tal y cómo él había memorizado el suyo. Con los ojos cerrados, le acarició las cejas, el lateral del rostro y el mentón. Sí, era tal y como lo había imaginado. Cuando le acarició los labios, la imagen que había formado en su cabeza tembló ligeramente. A cercó la boca y lo besó. Él separó los labios y ella saboreó el interior de su boca. Lily sintió que se le derretía el cuerpo, la piel, los músculos, los huesos.

Estaba en el límite entre el sueño y la vigilia, pero cuando él comenzó a acariciarla de nuevo, no encontró la fuerza necesaria para abrir los ojos. Esta vez, sus manos no eran delicadas, sino fuertes y duras. Allá donde la tocaba, una llama prendía sobre su piel. Introduciendo sus dedos en el cabello de él, ella se arqueó contra su cuerpo, apremiándolo mientras lo besaba.

Tony notó que perdía el control. Ella respondía tan bien... No podía dejar de acariciarle el cuerpo, como si sus manos tuvieran vida propia. Su boca también parecía fuera de control. Tenía que devorarla. No conseguía saciarse. Una parte de su mente le decía que no podía ser un sueño, que lo que sentía era demasiado real, pero él no quería escuchar.

Nunca había deseado a una mujer con tanta intensidad, con tanta desesperación. Empezó a desnudarla. Más. Necesitaba más. Sabía que no estaba siendo demasiado delicado, pero no tenía paciencia para ir más despacio. Deseaba poseerla. Se colocó encima de ella y la penetró. Ella lo abrazó y comenzó a moverse al mismo ritmo, en perfecta sincronía, de manera que ambos cada vez estaban más excitados. Entonces, cuando el placer se apoderó de él, ambos se unieron como si fueran uno solo.

Cuando recobraron la cordura, ella estaba tumbada debajo. Él estaba seguro de que estaba aplastándola, pero no podía moverse y no dejaba de temblar. Respiraba de manera entrecortada. Y no podía pensar. El miedo se

apoderó de él. Lo último que recordaba con claridad era que le había pedido que lo acariciara. Cuando lo hizo, no fue capaz de mantener el control.

Lo único de lo que estaba seguro era de que lo que acababa de suceder había, sido demasiado real como para que hubiera sido un sueño. Despacio, levantó la cabeza, abrió los ojos y confirmó su peor sospecha.

La mujer que estaba debajo de él era su Ricitos de Oro y era real. ¿Lo había hecho daño? La idea le dio la fuerza para retirar el peso de encima de ella.

— ¿Estás bien?

Ella abrió los ojos y él se encontró mirando un profundo mar de color verde. Al instante, los cerró.

— ¿Te he hecho daño? —le preguntó.

Lily abrió los ojos de nuevo, le acarició la mejilla y frunció el ceño.

— Eres real, ¿verdad?

El sonido de su voz hizo que él se excitara de nuevo. Pero ese efecto quedó tamizado por el hecho de que era evidente que ella no estaba complacida.

Intentó sonreír. Los hoyuelos de la familia Romano lo habían sacado de un apuro más de una vez.

— La última vez que lo comprobé, lo era.

Ella cerró los ojos.

— Pensaba... Creía que estaba soñando —abrió los ojos y lo miró—. ¿Y qué estás haciendo en mi cama?

El tono acusador de su voz hizo que él contuviera una sonrisa. La besó en la nariz.

— Mi cama —le corrigió—. Cuando entré, estabas durmiendo en el sofá, así que reclamo derechos de ocupación.

— Ésta es mi habitación —dijo ella—. Lucy Romano me la dio a mí. Por lo tanto, ésta es mi cama.

— Recuérdame que le dé las gracias a Lucy —murmuró mientras la besaba de nuevo.

Sólo pretendía darle un beso rápido, pero cuando sus labios se rozaron,

no pudo parar. Sabía a miel. Si ella hubiera opuesto resistencia se habría retirado. Pero no fue así. Cuando se separaron, la miró a los ojos y dijo:

—Esto no es un sueño.

—No —dijo ella.

—Te deseo otra vez.

—Yo también. Pero...

—¿Pero qué? —la besó en el mentón.

—Somos extraños. Ni siquiera nos conocemos.

—¿Quieres que pare? —la miró a los ojos.

—No —contestó ella, y lo abrazó.

Mientras se colocaba entre sus piernas, Tony le preguntó:

—¿Estás tomando la píldora?

—No. Yo...

La besó en la frente.

—No te preocupes. Yo me ocupo de ello —pero antes no se había ocupado del tema. Hablarían de ello más tarde. Abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó uno de los preservativos que su padre solía guardar allí. Una vez cubierto, empujó una pizca para adentrarse en ella.

—Esta vez vamos a tomárnoslo con calma —le dijo.

—¿Ah, sí?

Al ver que ella lo miraba como retándolo, se sintió encantado. Había acertado. Era una luchadora.

—Despacio y con calma —le prometió—. Sólo tengo que convencerte.

—Ya lo veremos —dijo ella mientras lo rodeaba con las piernas para que la penetrara.

Cuando terminó la batalla, ninguno de los dos sabía quién había ganado.

«Duerme como un tronco», decidió Tony mientras salía de la habitación. Se detuvo en la puerta y se volvió para mirarla. Lily no se había movido desde que él se había despertado con la primera luz del alba. Ni siquiera el ruido de la ducha la había molestado. Seguía dormida de lado,

con una mano bajo la mejilla, casi en la misma posición en la que estaba cuando la vio en el sofá la noche anterior.

«Ricitos de Oro queda muy bien en mi cama», pensó él. ¿Y qué diablos iba a hacer al respecto? Se dirigió a la cocina. Quizá el café le aclarara las ideas. La ducha de agua fría no le había servido de nada. Después de la noche que habían pasado, debería estar saciado, pero apenas había podido salir de la cama sin despertarla para volver a hacerle el amor.

No recordaba ninguna otra mujer que lo hubiera hecho perder el control como había hecho ella. Mientras ponía la cafetera, revisó el problema.

Sin duda, la advertencia que le había hecho su padre para que tuviera cuidado con J.R. Mc-Neil, también incluía a su hija.

Así que había pasado la noche durmiendo con el enemigo.

Y a pesar de que probablemente no era lo mejor que podía haber hecho, hacer el amor con Lily McNeil le había parecido maravilloso. Tanto que deseaba hacerlo de nuevo... y pronto.

Si lo miraba por el lado bueno, lo que había conocido de ella le indicaba que era sincera. Durante la noche que habían pasado juntos, ella había cumplido todas las promesas que había hecho con su voz sexy. Y su manera de hacer el amor era sincera, generosa e increíble.

Y sin duda, quería repetir la experiencia. Mientras sacaba una taza, Tony suspiró. Sin duda, su visión sobre el tema Lily McNeil no era nada imparcial ni objetiva. Y maldita sea, los contrastes que había visto en ella lo fascinaban. Se fijó en la ropa que colgaba en el respaldo de la silla del salón. Vestía así durante el día y por la noche se iba a la cama con pantalón de deporte y camiseta de tirantes. ¿Quién era en realidad? ¿Era un tiburón de los negocios o Ricitos de Oro?

Tony se sirvió una taza de café y bebió un largo trago. La cafeína le ayudaría a trazar un plan.

Dame Vera le había dicho que iba a cambiarle la suerte. Normalmente no habría prestado mucha atención a la lectura de la palma de su mano. Sólo le permitía que se la leyera para complacerla. Pero llevaba varios días sintiendo la misma cosa. Desde que Lily lo llamó por primera vez, tenía la sensación de que algo iba a suceder, algo bueno, para variar.

Dio un segundo sorbo de café y rellenó la taza hasta el borde. ¿Cuáles

habían sido las palabras exactas de Dame Vera? Recordaba que le miró la mano y le trazó una línea que empezaba entre el pulgar y el dedo índice y que llegaba hasta la muñeca. Bebió otro trago de café y se concentró.

«La suerte está en camino. Si tienes valor para atraparla, todo cambiará».

O algo parecido. Cuando le leyó la mano, él tenía muchas cosas en la cabeza y llegaba tarde a casa de Sam.

Pero, en esos momentos, su instinto le decía que Lily McNeil tenía relación con la suerte que el destino le ofrecía. Y él la había atrapado a ella. Lo único que tenía que hacer era no soltarla.

Al mismo tiempo, la voz de la razón trataba de hacerse oír.

—¿Y si el cambio es malo? ¿Y si terminas perdiendo Henry's Place?

Seguía frunciendo el ceño cuando terminó la segunda taza de café. Entonces, optó por la segunda estrategia, una que nunca le había fallado cuando tenía que solucionar un problema. Cocinar. No tenía cereales, pero podía prepararle a Ricitos de Oro una tortilla.

Cuando terminó de rallar el queso y de ponerle especias, lo tenía más o menos solucionado. Punto uno: si Lily estaba allí para espiar acerca de Henry's Place para la empresa de su padre, el juego podía ser de dos. Cuanta más información interna tuviera él, mejor manejaría al padre de ella cuando McNeil Enterprises hiciera el movimiento siguiente.

Punto dos: A nivel personal, sería capaz de descubrir qué tenía Lily McNeil para hacer que sus hormonas se comportaran como las de un adolescente. Abrió los huevos en un cuenco y comenzó a batirlos con fuerza. Punto tres: le había pedido a Sam que investigara el pasado de Lily y ella había pasado los dos últimos años trabajando en una cadena hotelera, pequeña pero selecta, de Europa. Podía ser la clave para salvar Henry's Place.

Su plan era mantener estrecho contacto con Lily McNeil. Y no veía ningún inconveniente al respecto.

Sobre todo, cuando había quedado claro que su suerte había cambiado.

Lily se despertó despacio, pero no abrió los ojos. Se sentía demasiado bien donde estaba. Tenía los músculos relajados y, ¿un poco doloridos? Su

primer pensamiento fue que todavía estaba en Tahití, donde había ido a correr todos los días por la playa. Enterró la cabeza de nuevo en la almohada, pero al final, al oler el café recién hecho, sentir el sol en la cara y oír a alguien cantando, abrió un ojo. La voz era masculina y desafinada.

Lily se sentó en la cama y miró a su alrededor. Al ver la ciudad de Nueva York a través de la cristalera, lo recordó todo. Estaba en Manhattar en Henry's Place, y acababa de pasar la noche en una cama hecha para amantes. Bueno, acababa de pasar la noche con un extraño con el que había disfrutado de unas relaciones sexuales salvajes e increíbles, en una cama hecha para amantes.

Cubriéndose la cara con las manos, se tumbó de nuevo y se quejó.

—Veo que no eres muy madrugadora.

Ella separó los dedos y miró a través del agujero. Sentía un nudo en el estómago. Sí. Allí estaba su amante en carne y hueso. Enseguida, reconoció al hombre que estaba a los pies de la cama. Era el hombre alto que aparecía en la fotografía que había visto en el salón. Era uno de los Romano.

—Prueba un poco de esto —él sonrió y colocó una bandeja delante de ella.

Lily bajó las manos y miró la bandeja. La tortilla estaba esponjosa, la tostada crujiente y el café olía divinamente. Pero ella podía olerlo a él por encima de todo, un aroma característico que sólo le pertenecía a él, Y que estaba haciendo que se derritiera por dentro.

—Lo siento. Nunca desayuno.

—¿No desayunas? Es la comida más importante del día.

—Lo primero que hago es salir a correr. Toda esa comida haría que fuera más despacio. Incluso podría darme un calambre —agarró la taza de café.

—Cuidado. Está caliente.

Lily dio un sorbo, cerró los ojos y respiró hondo. Después dio dos tragos más antes de abrirlos y mirar a Tony otra vez.

—Quizá deberíamos presentarnos.

Él sonrió y le tendió la mano.

—Me llamo Tony Romano.

—No —ella dejó la taza con fuerza—. No puede ser.

—Puedo enseñarte el carné de conducir.

Lily imaginó la nube negra que se cernía sobre su cabeza y que pensaba que ya había desaparecido. El desastre había llegado, en carne y hueso, y estaba junto a la cama.

—No será necesario. Te creo —se aclaró la garganta—. Yo soy Lily McNeil.

—Lo sé.

Ella lo miró.

—¿Sabes quién soy? ¿Por qué?

—Anoche, cuando entré y te vi durmiendo en el sofá, pensé que eras Ricitos de Oro. Entonces, miré la etiqueta de tu equipaje.

—¿Curioseaste?

—La etiqueta estaba a la vista. Dime que tú no habrías hecho lo mismo.

Él tenía razón. Ella estaba siendo ridícula. Se cruzó de brazos. ¿Qué haría su gurú en un caso como éste? Concentrarse y visualizar. El problema era que no podía visualizar nada que no fuera Tony.

—¿Debo pedirte disculpas? —preguntó él.

—No —dijo ella, mirándolo a los ojos.

—En general, me refiero. No fui muy delicado contigo.

Ella se sonrojó al recordar lo insistente que había sido.

—No tienes que disculparte por nada. ¿Y yo?

—No. Pero te arrepientes de lo que sucedió anoche, ¿no es así?

—Debería, pero no me arrepiento. Yo... Ojalá no hubiéramos empezado de esa forma.

Tony le agarró una de las manos y la besó.

—Tendré que mejorar mi técnica.

—No —al ver sus intenciones, retiró la mano—. Tu técnica está muy bien. Es estupenda.

—Podría intentar que fuera exquisita.

Ella se rió, y cuando él se sentó en la cama y la acarició, le costó un gran

esfuerzo levantar la mano para detenerlo.

—No. No puedo. No es así como deberíamos haber empezado. Y no es como me gustaría continuar —respiró hondo.

—¿Me estás diciendo que sólo ha sido una aventura de una noche y que se ha terminado?

—No veo por qué hay que ponerlo así.

—¿Qué pasa con la vieja regla de los tres intentos y si no, estás fuera?

Lily lo miró. Él estaba sentado al otro lado de la bandeja del desayuno. Tenía la piel bronceada, los ojos de color chocolate y un cuerpo que podía ser esculpido en mármol. Además, trataba de convencerla de que hicieran el amor otra vez. Lo único que tenía que hacer era acercarse y... Necesité toda su fuerza para imaginar los rostros de aquellos que no creían que pudiera realizar ese trabajo para McNeil Enterprises, su padre, su hermanastro, su madrastra.

—No estamos hablando de béisbol.

—Cierto —agarró el tenedor y partió la tortilla—. Toma, prueba un poco. Quizá mi forma de cocinar te haga cambiar de opinión.

—No —se dio cuenta de que no le había costado tanto decir que no. Su método estaba funcionando—. Estoy a dieta. Y no vas a hacer que cambie de opinión.

—¿Por qué estás a dieta? Eres perfecta.

Lily no recordaba que nadie le hubiera dicho nunca que era perfecta. «Céntrate», se dijo.

—Acabo de perder doce kilos y no quiero recuperarlos —miró el reloj—. Lo que me recuerda que tengo que ir a correr. ¿En qué planta está el gimnasio?

—Está en la lista de reformas.

—¿Y dónde mandáis a los clientes que quieren hacer pesas o utilizar la cinta de correr?

Tony se pasó la mano por el cabello.

—A ningún sitio.

—Deberíais tener al menos una ruta para que puedan salir a correr a la calle. Ya me ocuparé yo —levantó la bandeja y se la entregó—. Ahora, si

dejas que me vista para ir a correr.

Tony dejó la bandeja sobre la mesilla de noche.

—No vas a correr sola por la calle. Espera hasta el mediodía e iré contigo.

—No necesito...

Él le agarró la mano con fuerza.

—Un favor. Es todo lo que te pido. Sin duda, tras de haberme utilizado para obtener placer y después dejarme sin más, me debes un favor.

Ella trató de no pensar en el calor que invadía su cuerpo sólo porque él le agarraba la mano. «Concéntrate», se dijo.

—De acuerdo. Un favor... te esperaré para que corras conmigo al mediodía.

—Trato hecho —él sonrió y ella sintió que le daba un vuelco el corazón.

Por si sus ojos color chocolate no eran suficiente, aquel hombre tenía unos hoyuelos matadores.

—Y vamos a olvidar lo de anoche. A partir de ahora, nuestra relación será puramente laboral.

Sonriendo, Tony negó con la cabeza.

—En eso no hay trato. Primero, no creo en las aventuras de una noche. Y ahora, deseo tanto hacerte el amor que duele.

Lily se percató de que ella también estaba sufriendo. Y podía aliviar su sufrimiento con sólo...

—No.

—De acuerdo —Tony levantó las manos con las palmas hacia fuera—. Tú ganas. De momento jugaremos como tú quieres.

—Bien —Lily se sintió aliviada.

Entonces, con un movimiento rápido, él la besó. Fue un beso amistoso, en los labios, pero la ola de calor que invadió su cuerpo fue casi letal. Y lo peor fue que la hizo recordar y anhelar más.

—Estuvo muy bien —dijo él, y se separó—. Recuérdalo. Soy un hombre paciente, así que nos lo tomaremos con calma. Voy a disfrutar mientras te convengo para que cambies de opinión.

Lily lo observó cuando se puso en pie, agarró la bandeja y salió de la habitación. Sólo entonces, soltó el aire que estaba conteniendo. Al oír que empezaba a cantar de nuevo, recordó que tenía que centrarse. «Puedes conseguir lo que quieras»

¡Y se suponía que no podía querer a Tony Romano!

Capítulo 4

En el momento en que se abrieron las puertas del ascensor, Tony supo que estaba metido en un lío. El recibidor estaba demasiado lleno para ser las ocho de la mañana de un jueves, y Dame Vera ya estaba acomodada en su butaca favorita de la entrada, Sir Alistair Brooks estaba a poca distancia leyendo *The London Times*. Era inusual que aparecieran por el recibidor antes de las doce. Dame Vera tenía delante una taza de té, en lugar de su bola de cristal. Eso era una buena noticia. Pero no lo era el hecho de que todos sus hermanos estuvieran sentados en una mesa con Murphy. Él había ido a hacer una valoración sobre el último desastre que había ocurrido con las tuberías, y a Tony no le gustaba ni una pizca que Drew y Sam hubieran decidido pasarse por la reunión. A esas horas, ambos deberían estar de camino al trabajo.

Conteniendo la rabia, se dirigió hacia ellos. Tendría que hablar seriamente con Murphy. El hotel siempre había sido su responsabilidad. Fuera cual fuera el problema con la fontanería, él lo solucionaría y no quería que sus hermanos se implicaran. Estaba a mitad de camino cuando Dame Vera lo llamó.

—¿Puedo decir una cosa, Anthony?

Volviéndose, Tony sonrió.

—He oído que anoche tuviste una gotera en la habitación.

—¿Una gotera? Podrían haber rodado la segunda parte de *Titanic* en mi salón.

Alistair bajó el periódico y miró a Tony con complicidad.

—Siéntate —Dame Vera señaló la silla que estaba al otro lado de la mesa. Cuando Tony se sentó, se inclinó hacia él y susurró—. El desastre se avecina.

—Llegó y se marchó —le aseguró él—. Murphy arreglará las tuberías hoy mismo.

—No estoy hablando de tuberías. Es algo mucho más serio. Anoche tuve un sueño.

—Creo que no quiero oírlo.

Alistair lo miró con admiración.

—Tonterías —dijo Dame Vera.

—Me prometiste que mi suerte cambiaría, y creo que así ha sido.

Ella lo miró un instante y le dijo en voz baja.

—Veo que ya la has conocido.

—¿A quién?

—A la mujer que va a cambiar tu vida.

Con una sonrisa, Tony le agarró la mano y se la besó.

—Te conocí hace años.

Ella se rió, y cuando él fue a soltarle la mano, su sonrisa se desvaneció.

—Ten cuidado con los idus de marzo.

Su tono de voz hizo que Tony dejara de sonreír.

—Estamos a día veintinueve de marzo. Los idus de marzo ya han pasado.

—Pero la semilla del desastre se plantó entonces y ahora se avecina. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré —Tony le apretó la mano antes de soltarla y trató de ignorar el escalofrío que recorrió su cuerpo mientras se acercaba a la mesa donde estaban sus hermanos.

Había días en los que creía que era cierto que Dame Vera tenía un dor especial. Aunque él ya sabía que al acostarse con Lily McNeil había corrido un riesgo tanto personal como profesional. Sin embargo, ya lo había hecho y tenía que seguir adelante.

Se sentó en la silla que quedaba libre junto a Murphy y miró de nuevo hacia el recibidor. Alistair se había sentado junto a Dame Vera y Lucy estaba detrás del mostrador de recepción registrando a un cliente. Puesto que Grace estaba estudiando Derecho en la universidad, Lucy estaba trabajando más de la cuenta. Tony pensó que debería contratar a otra persona. Después, miró a sus hermanos y sonrió.

—Si habéis venido a recuperar vuestro dinero, me temo que hoy tengo mucho trabajo.

—No queremos tu dinero —dijo Drew—. Queremos saber la verdad

acerca de lo que está pasando aquí.

—No pasa nada —dijo Tony—, excepto lo habitual.

—Ya basta de mentiras —dijo Sam. Rellenó una taza y se la pasó a Tony—. Dame Vera me llamó al amanecer. A.J. tomó el mensaje y era algo acerca de los idus de marzo, del desastre inminente, y de una mujer que iba a cambiar tu vida. A.J. estaba bastante preocupada, así que llamé a Drew para ver si sabía algo.

—Dame Vera me llamó para darme el mismo mensaje. ¿Quién es esa mujer?

Ignorando la pregunta de Drew, Tony dijo:

—Si habéis hecho esta reunión por algo que haya dicho Dame Vera, podéis estar tranquilos. También me dijo que mi suerte había cambiado. Y anoche lo comprobé.

—Bueno, vas a necesitar toda la suerte del mundo, hermano —dijo Sam—, porque según Murphy, tenemos un gran problema.

—Las reparaciones de fontanería son parte de la historia diaria del hotel —dijo Tony.

—Cuéntaselo, Murphy —dijo Sam.

—La gotera de la habitación de Dame Vera no ha sido causada por el deterioro general de las tuberías —dijo Murphy—. Alguien las ha cortado, no sólo en su habitación, también en la cocina y en los baños de los clientes. Por eso el agua ha causado tantos daños en el piso de abajo. Sabían lo que estaban haciendo.

—¿Cortadas? ¿Cómo? —preguntó Tony.

—He estado pensando en ello —dijo Sam—. Es un hotel familiar y no hay mucha seguridad —levantó la mano—. No es una crítica. Pero un empleado o cualquier cliente que haya estado unos días, sería capaz de ver cuál es la rutina del hotel. Dame Vera suele bajar al recibidor siempre a las mismas horas para tomar un desayuno tardío y para el té de la tarde. Cualquiera podría averiguar cuándo hacen su habitación las empleadas de la limpieza. No les costaría mucho entrar allí.

—¿Pero por qué? ¿Por qué alguien iba a querer sabotear las tuberías?

—Eso es lo que queremos saber, hermano —dijo Drew—. ¿Qué es lo que no nos has contado?

Tony miró a Drew y a Sam.

—No tenéis que preocuparos por esto. El hotel es mi responsabilidad.

—Es tu pesadilla —dijo Sam—. Y la de la familia, todos nosotros hemos permitido que te hicieras cargo. No deberías haberlo hecho solo. Nick también estaría dispuesto a ayudarte.

Tony se echó hacia delante.

—Ambos tenéis un trabajo en el que pensar. Papá me dejó a cargo del hotel. ¿Creéis que no puedo hacerme cargo?

—No es eso —dijo Drew—. Se trata de que alguien ha saboteado el lugar. Si crees que Sam y yo vamos a permitir que te ocupes de ello tú solo, te equivocas.

—Drew... —comenzó a decir Sam.

—No —Drew lo hizo callar con la mirada y volvió a mirar a Tony— Olvida tu maldito orgullo por una vez, Tony.

Tony no podía evitar admirar a sus dos hermanos pequeños. Ambos jugaban al policía bueno y el policía malo. Sam era el bueno, por supuesto. Y Drew, el verdadero policía, el malo.

—Podemos hacer esto de la manera sencilla o ir al ático y sacarte la información a golpes.

Tony sonrió. Y después soltó una carcajada.

—Podéis probar. Pero creo recordar que la última vez que lo intentasteis no tuvisteis éxito.

—Esta vez estoy dispuesto a ayudarlos —dijo Murphy.

—No —todos los hermanos hablaron al unísono.

—¡Lo siento! —dijo Murphy.

—Sólo la familia —explicó Tony.

—La última vez, Sam y yo éramos niños —dijo Drew—. Tú pesaba siete kilos más que nosotros.

—Excusas —dijo Tony.

—Ahora somos más duros —dijo Sam—. Y peores. No olvides que Drew tomó clases de karate por si algún día teníamos que tomarnos la revancha.

Tony lo recordaba bien. Había tenido que llevar a Drew a las clases cuando su padre se enteró de la pelea. Y también había tenido que llevar a Sam a clases de boxeo.

—Además somos mayores. Ya sabemos jugar sucio —le advirtió Drew.

Tony no dudó ni un instante. Dos contra uno estaba seguro de que ganarían. Aun así, sería una gran pelea. Casi se sentía tentado de hacerla.

—Pero no tenemos que llegar a eso —dijo Sam—. Ya sabemos parte de lo que está pasando.

Sam siempre había sido el intelectual de la familia y, aunque había estudiado para ser investigador privado, había terminado trabajando para una empresa de seguridad donde sacaban mucho partido de su cerebro.

—Hiciste que investigara el pasado de Lily McNeil. Su padre es el propietario de McNeil Enterprises, y gana dinero comiéndose a los hoteles pequeños. Así que suponemos que pueden ser la clave de todo esto. ¿Tenemos razón? ¿Te están presionando para que vendas?

Tony no contestó y vio que Drew estaba enojándose.

—Somos de la familia —dijo Drew—Y ésta es nuestra casa. Tenemos derecho a saberlo todo.

Tenían razón. Tony no podía pensar en un solo motivo para no contárselo.

—McNeil Enterprises me hizo una oferta hace un mes. Dos semanas más tarde, recibí una oferta mejor de Fortescue Investments.

—¿Y no te pareció lo suficiente importante como para contárnoslo? —preguntó Drew.

—No había nada que decir —dijo Tony—. Rechacé ambas ofertas.

—Lucy nos ha dicho que Lily McNeil, de McNeil Enterprises se registró anoche en la habitación del ático —dijo Sam—. Según Lucy, ha venido para aconsejarte sobre las reformas.

—La misma noche que alguien sabotó las tuberías.

Tony miró a Drew a los ojos.

—Lily McNeil no está implicada en el sabotaje.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Drew.

—Sé que no sería capaz de hacer una cosa así —dijo Tony.

Sam intervino para mantener la calma.

—De acuerdo. Estamos dispuestos a aceptar tu palabra sobre eso. Pero eso no significa que McNeil no esté detrás del sabotaje.

—No nos mantengas en la ignorancia —dijo Drew—. Podemos ayudarte.

Tony suspiró.

—De acuerdo. A lo mejor podéis. Papá me dijo un día que no debía vender el hotel a McNeil bajo ninguna circunstancia. Me dio la sensación de que ocurría algo malo. ¿Alguno sabéis algo al respecto?

Drew frunció el ceño.

—El nombre no me dice nada.

Sam sonrió y se frotó las manos.

—Lo investigaré. Si hay alguna relación, seguro que la encuentro. Y también investigaré acerca de Fortescue.

—Te apuesto un billete de veinte a que averiguo algo antes que tú —dijo Drew.

—De acuerdo —dijo Sam.

Después, ambos se volvieron para mirar a Tony.

Él negó con la cabeza. La batalla era muy antigua. Sam utilizaba la tecnología y Drew creía en la investigación de a pie. Y aunque uno trabajaba para una empresa privada y el otro para el Departamento de Policía de Nueva York, no había dos investigadores mejores en la ciudad.

—Conmigo no contéis. De ese modo podré animaros a los dos.

Por encima del hombro de Drew, Tony vio salir a Lily del ascensor. Durante un momento, se olvidó de todo lo demás. Iba vestida con un traje de negocios, azul marino de rayas, y una blusa blanca. Por un instante, le pareció percibir su aroma, el mismo que el de las flores que su madre solía plantar en la azotea. Tony no se había fijado en que sus hermanos miraban al mismo sitio que él.

—Oh, oh. Tenemos un gran problema —dijo Sam.

Para Tony, su voz provenía de la distancia.

Lily había tenido mucho cuidado para vestirse para el éxito. Se había dado una ducha para tratar de recuperarse. Sin duda, se había precipitado al acostarse con Tony Romano. ¡Ni siquiera se había presentado primero! Pero no estaba dispuesta a permitir que sucediera el desastre que Dame Vera había vaticinado. Empezaría de nuevo su relación con Tony Romano basándola únicamente en lo laboral, y haría el trabajo que le había encargado su padre.

Al salir del ascensor y ver que Tony la miraba, se preguntó si sería capaz de tratar con aquel hombre sin recordar lo que se habían hecho en la cama el uno al otro.

¿Conseguiría verlo sin desear hacerlo otra vez?

La idea la hizo detenerse y, durante un instante, no supo si correr hacia él o en la dirección contraria.

Además, no sólo era Tony quien la estaba mirando. Los otros tres hombres que estaban en su mesa también miraban en su dirección. Dos de ellos tenían que ser de la familia Romano. Estaban en la foto con Tony.

—Lily, ya estás aquí.

La voz de Lucy la hizo volver a la realidad, y Lily se volvió en ese momento en que la chica la agarraba del brazo.

—¿Estás lista para ver el hotel?

—Sí —dijo Lily, y permitió que Lucy la guiara hasta la tienda de regalos que había en el recibidor.

—Te lo mostraré Grace porque yo tengo que sustituirla en la recepción. Ella tiene que estudiar Derecho.

Lily descubrió que la tienda no era de regalos, sino de ropa de mujer. Enseguida reconoció la marca. Gina R.

—¿Vendéis ropa de Gina R. en la tienda de regalos del hotel?

Lucy se rió.

—Es lo único que vendemos. Vamos. Te presentaré. A mi madre le encantará que hayas reconocido sus diseños.

Había dos mujeres detrás del mostrador de la tienda. Una debía de tener casi cincuenta años y llevaba el pelo recogido con un pañuelo. La otra

era más joven, también tenía el pelo recogido pero sin pañuelo, y miraba a Lily a través de las gafas. La mujer mayor sonrió. La joven no.

—Lily McNeil, te presento a mi madre, Gina Romano, y a mi hermana Grace —dijo Lucy.

La mujer mayor le dio la mano a Lily.

—Llevo puesto uno de sus trajes —dijo ella.

—Lo he reconocido, y estoy encantada —dijo Gina.

—Lily es consultora y va a convencer a Tony para que convierta el ático del tío Henry en un restaurante —explicó Lucy.

Lily se sintió culpable y retiró la mano. Nunca debería haber permitido que Lucy creyera tal cosa. Su objetivo era encontrar los puntos débiles del hotel, de forma que su padre pudiera explotarlos. No debía darles falsas esperanzas a los Romano. Para intentar cambiar de tema, miró a su alrededor y le dijo a Gina:

—No sabía que regentara su propia tienda.

—No lo haré durante mucho más tiempo —dijo Gina—. Ahora que mi ropa se vende en Bloomingdale's y en las boutiques de lujo del país, me he dado cuenta de que aquí no hacemos mucho negocio.

—Deberías —dijo Lily—. Si yo hubiera sabido que estaba aquí, habría hecho el viaje.

—Quizá una vez —dijo Gina—. Y después encontraría una tienda más conveniente. Esta tienda está un poco alejada de la zona de compras.

Lily se movió hacia la puerta de la tienda y miró el recibidor.

—No costaría mucho conseguir que este lugar se convirtiera en un destino seguro. Lo único que habría que hacer sería renovar el recibidor, poner algunas plantas, un cuarteto de música, y servir buen té. Hay mucha gente que visita el Plaza sólo para tomar algo en el Palm Court o en el Oak Room. Estoy segura de que, con la carta adecuada y buena publicidad, no tendría problemas para conseguir que las mujeres vinieran de compras y a tomar un té.

—¿No es maravillosa? —preguntó Lucy—. Te lo dije.

Lily se percató de que el último comentario de Lucy iba dirigido a Grace. Ella no parecía nada convencida de lo que Lucy había dicho. «Una

chica inteligente», pensó Lily. Porque las sugerencias que estaba haciendo no se llevarían a cabo por Tony Romano. Ni siquiera estaba segura de que algún día se llevaran a cabo. Cuando McNeil Enterprises comprara el hotel su padre había dejado claro que tenía un equipo preparado para convertir el hotel en uno de lujo. A Lily no le habían ofrecido un puesto en ese equipo.

—Si puedes convencer a Tony de que haga tal cosa, me quitaré el sombrero —dijo Gina—. Es como una roca, y le gusta mantener las cosas como están. Yo tardé dos años en convencerlo para que me dejara sacar las cosas para turistas que se solían vender en la tienda.

—Tony está estancado —dijo Lucy.

—No puede evitarlo —dijo Lily—. Y un viejo hotel como éste requiere mucho trabajo. Sólo necesita un lavado de cara.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Gina entre risas.

—Nunca escucha lo que le sugiero —dijo Lucy.

—Hace lo que puede —e iba a fracasar.

Lily no lo dijo en voz alta, y al pensar en ello sintió un pequeño dolor en el corazón. A menos que se hiciera una fuerte inversión en Henry's Place, tarde o temprano, Tony Romano tendría que vender el hotel. McNeil podría hacer maravillas con el hotel, y el lugar merecía que lo conservaran. Lily tenía que centrarse en eso.

—¿Y has venido para ayudarlo? —preguntó Grace.

Su tono sugería que no lo creía, y Lucy y Gina la miraron con curiosidad.

—He venido a aconsejarle a Tony sobre las mejoras que podría hacer.

Durante un momento, Grace no dijo nada. Después comentó:

—Entonces, supongo que tendré que enseñarte el hotel.

Lily se volvió y sonrió a Gina.

—Mientras pasemos otra vez por aquí para que haga algunas compras.

—No hay problema —dijo Gina—. Mis hijas están bien entrenadas. Todos los caminos llevan a Gina R.

A pesar de que Tony seguía sentado a la mesa con los tres hombres, Lily consiguió seguir a Grace a través del recibidor sin detenerse. Sentía la mirada de Tony como si estuviera clavada en su piel, pero no se tambaleó. En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, se dirigió a Grace:

—Tienes un problema conmigo, ¿no es así?

—Sí. Lucy lleva hablando bien de ti desde que me ha despertado esta mañana. Cree que eres una especie de hada madrina que va a hacer que sus sueños se conviertan en realidad. Tony y ella son los optimistas de la familia. Desde que empecé a estudiar Derecho me llaman la cínica, y por eso investigué un poco sobre ti. Eres de McNeil Enterprises, y ellos suelen comer hoteles pequeños como Henry's Place para el aperitivo. No creo que hayas venido a ayudar a Tony, y voy a decírselo.

—Él sabe quién soy. Parece que ninguno de vosotros confía en él. ¿Crees que habría aceptado verme sin haber investigado mi pasado como hiciste tú?

Grace la miró durante un minuto.

—De acuerdo, me lo creo. Pero también sé que anoche compartisteis la habitación del ático. Estuve estudiando hasta tarde y a veces voy a la azotea para aclarar mi cabeza antes de ir a dormir. Lucy me había dicho que tú estabas allí, y vi entrar a Tony. Pero no salió.

—¿Así que crees que soy una ejecutiva agresiva que se acuesta con tu primo para que McNeil Enterprises pueda hacerse con el hotel?

—Sí, eso me preocupa.

—¿No tienes nada de confianza en Tony? ¿Crees que cualquier mujer puede engañarlo de esa manera?

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas, pero Grace no se movió.

—Ésta es la tercera vez desde que te conozco que has salido en su defensa.

—Necesita que alguien lo defienda —dijo Lily—. Parece que todos daís por sentado como es. No tenéis ni idea del trabajo que supone regentar un hotel como éste.

—Me temo que sí —dijo Grace—. La mayor parte del tiempo ayudo a regentarlo. Solía pensar que era una labor de niños cuando era más joven. Ahora pienso que es una esclavitud.

Lily siguió a Grace hasta la azotea del hotel. La habitación del ático estaba en una esquina rodeada de plantas. En la zona en la que estaban ellas había montones de flores, todas en macetas. También había mesas de picnic, una barbacoa, y una pista de baloncesto.

—¿Sabes jugar? —preguntó Grace.

Lily negó con la cabeza.

—No soy buena en los deportes.

—Eso no lo aceptarán como excusa el domingo por la tarde. A.J., la esposa de Sam, está embarazada y es nuestra jugadora estrella. Necesitamos a alguien que ocupe su lugar.

—Yo no —dijo Lily.

—Si todavía estás aquí, jugarás —le advirtió Grace—. Tony puede ser muy persuasivo.

Lily sintió que se sonrojaba al recordar lo persuasivo que Tony podía llegar a ser. También tenía la sensación de que acababa de aprobar el pequeño examen que le había hecho Grace. La familia Romano comenzaba a aceptarla. Eso era lo que quería, ¿no era así? Colocó la mano sobre su corazón, donde el dolor era cada vez más fuerte.

—He pensado que lo mejor será que empecemos por arriba y vayamos bajando —dijo Grace.

—Me parece bien.

Cuando llegaron al recibidor otra vez, Lily tenía una larga lista de puntos débiles que podía mandarle a su padre. Lo primero que aparecía era que estaban desaprovechando la azotea.

Ese día no tenía ninguna nube negra sobre la cabeza. Y estaba progresando de maravilla hacia el objetivo de hacerse con Henry's Place. Era justo lo que quería.

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo? —preguntó Sam.

—Tengo un plan —dijo Tony.

Murphy se había marchado para controlar al equipo que tenía trabajando en la octava planta, y Sam y Drew habían estado agobiando a Tony desde entonces.

—Entonces ya es hora de que lo compartas —dijo Drew con impaciencia—. Si no nos cuentas nada, ¿cómo podemos ayudarte?

—Si se trata de dinero, puedo hablar con A.J. —ofreció Sam.

Su esposa había heredado dinero cuando fallecieron sus padres y Tony sabía que le prestaría cualquier suma que Sam le pidiera.

—No —dijo él.

—Si no quieres pedírselo a ella, Nick te dejará todo lo que le pidas —señaló Drew.

—No voy a aceptar el dinero de nadie si lo único que puedo hacer con él es meterlo en un agujero negro. Este lugar necesita más que reparaciones si lo que queremos es que genere beneficios. Necesita una reforma general.

Sam miró a Tony.

—Bueno, eso es más de lo que nos has contado nunca acerca de este lugar.

—¿Henry's Place tiene tantos problemas? —preguntó Drew.

—Sí, tiene tantos problemas. Y papá me hizo prometerle que me encargaría de que siguiera funcionando —dijo Tony.

—Sabes, ya no lo necesitamos como casa familiar. Gina gana bastante dinero y podría irse con Grace y con Lucy a vivir a un apartamento —dijo Sam—. Yo tengo un piso, y Drew podría encontrar uno. Todos estaríamos bien si tuvieras que venderlo.

—Le prometí a papá que no lo haría —sonrió Tony—. Además, ya os he dicho que tengo un plan.

—¿Y dormir con el enemigo es parte del plan? —preguntó Drew frunciendo el ceño.

Tony lo miró fijamente.

—Asumo que has empleado esa frase de forma figurativa.

—Sam y yo hemos visto cómo la mirabas cuando salió del ascensor —dijo Drew.

Tony no iba a hablar de Lily con ellos. Pero sus hermanos lo conocían muy bien. Igual de bien que él a ellos. Y siempre habían sido capaces de decir cuándo alguno de ellos estaba interesado por una mujer.

—Lily ha venido como consultora. Va a hacer algunas sugerencias y a trazar un plan financiero de forma que pueda reformar el hotel y sacarlo de los números rojos —dijo Tony—. Es muy buena en lo que hace. Sam investigó acerca de ella.

—En su antiguo trabajo, en una pequeña cadena hotelera europea, valoraban su creatividad. Pero eso no significa que haya venido a compartirla contigo. ¿Cuánto va a cobrarte por esas consultas?

—Nada —dijo Tony.

—Bandera roja —dijo Drew—. Si parece demasiado bueno como para ser cierto, suele ser así.

—Podría haber venido como espía de la empresa de su padre. Y Grace le está enseñando el hotel —dijo Sam—. No me gusta.

—Yo me encargaré de ella —dijo Tony—. Pero lo que no necesito son más sabotajes. ¿Alguno de los dos puede hacer algo al respecto?

—Conozco a un par de investigadores privados que trabajan por libre y que me deben un favor. Pueden hacer turnos de vigilancia —dijo Sam—. También investigaré más sobre McNeil Enterprises.

—Buena idea —dijo Drew—. Yo vigilaré mientras esté por aquí. Y correré la voz para ver si alguno de mis informadores sabe quién ha podido cortar las tuberías. Murphy dijo que sabían lo que estaban haciendo.

Mientras Sam y Drew continuaron tramando un plan para evitar futuros sabotajes, Tony miró alrededor del recibidor. Lucy estaba ocupada en la recepción con dos hombres bien vestidos. Alistair estaba sentado con Dame Vera y ella había sacado la bola de cristal. A través de la puerta de cristal vio que empezaba a llover y miró el reloj. Con suerte, aclararía antes de que Lily y él salieran a correr. En cualquier caso, cuando regresaran, tendrían que ducharse. Sonrió con sólo pensar en las posibilidades.

—¿Quieres compartir el chiste? —preguntó Drew.

Tony ignoró la imagen que se estaba formando en su cabeza y miró a su hermano.

—Voy a tener que hablar con Dame Vera y Alistair. No conozco a nadie que pase tanto tiempo controlando las idas y venidas de todo el mundo, y creo que disfrutan siendo sabuesos aficionados, ¿no crees?

Tony había empezado a levantarse de la silla cuando oyó la risa de Grace. Entonces vio que su hermana y Lily salían del ascensor.

—Bueno, parece que Lily y Grace han congeniado.

Sam frunció el ceño.

—Grace no es fácil de camelar. Más motivo para que tengas cuidado, hermano.

«Difícil», pensó. ¿Cómo iba a tener cuidado si no podía dejar de pensar en Lily McNeil? Sólo habían tardado cuarenta minutos en recorrer el hotel; él había mirado el reloj al menos tres veces.

Echaba de menos verla. Echaba de menos no estar en la misma habitación con ella. La echaba de menos y eso le sorprendía.

El deseo era una cosa. Y él anhelaba volver a acostarse con ella pronto. Incluso ya había imaginado cómo iba a quitarle el traje de negocios y cómo iba a desatar el lazo de su blusa, para desabrochársela poco a poco mientras la miraba a los ojos.

Estaba dispuesto a convertir esa fantasía en realidad, pero deseaba algo más que eso de Lily McNeil. Deseaba conocerla y tener la misma camaradería que su prima Grace parecía tener con ella.

Sam tenía razón. Sería mejor que tuviera cuidado.

Cuando Grace la abrazó Lily se sintió otra vez como un gusano. El hecho de saber que Tony estaba mirándola hizo que se sintiera peor. En esos momentos, centelleó un relámpago en el exterior y se le hizo un nudo en el estómago.

—Tengo que irme —dijo Grace—. Tengo un examen de Constitución el lunes, pero te veré en el partido de baloncesto el domingo. Tony te convencerá.

«Estoy haciendo mi trabajo», trató de recordarse Lily cuando Grace le apretó el brazo antes de despedirse. Y su trabajo era asegurarse de que Tony Romano vendería el hotel a McNeil Enterprises. «Eso es lo que yo quiero», se recordó. Cuando vio entrar a Grace en el ascensor, volvió a sentirse como una traidora.

Conseguir lo que quería estaba a su alcance. Ya conocía cuáles eran los puntos débiles del hotel: la fontanería, un restaurante que nunca estaba lleno, espacio mal utilizado, y habitaciones que necesitaban una buena reforma. Su padre haría buen uso de la información. Pero su cuaderno también estaba lleno de ideas para convertir Henry's Place en un pequeño y próspero hotel de lujo. No había podido evitar escribir las ideas que se le iban ocurriendo. Por supuesto, se las presentaría a Tony en su informe falso, junto con el plan financiero. También había tomado algunas notas al

respecto.

Lily suspiró. Por un lado, deseaba poner en práctica las ideas que se le habían ocurrido. Ése era el tipo de trabajo en el que destacaba cuando había trabajado para la cadena hotelera Marchmount en Europa. Por desgracia, en McNeil no utilizarían su talento.

Oyó tronar, se volvió hacia la puerta y vio que estaba lloviendo. De reojo, vio que Dame Vera estaba sentada en su butaca y recordó sus palabras con toda claridad. «Ten cuidado con los idus de marzo. El desastre se avecina».

—¿Lily? ¿Qué estás haciendo aquí?

Lily reconoció la voz antes de volverse. Aun así, no estaba preparada para ver a los dos hombres que se acercaban a ella. Su hermanastro, con expresión de desaprobación en el rostro, ya le parecía bastante horrible. Su padre le había dado su palabra, el caso Romano era de ella. ¿Había cambiado de opinión? ¿No confiaba en ella?

El otro hombre era su ex novio, Giles Fortescue. Era la primera vez que lo veía desde que ella rompió el compromiso. No sólo se avecinaba un desastre, sino dos.

El cuaderno fue lo primero en caérsele de las manos. Después, sintió cómo toda la confianza en sí misma que había reunido se evaporaba.

Lo siguiente que supo fue que Giles le tomaba la mano y se la besaba.

—No puedo creer lo que estoy viendo —dijo él—. Estaba convencido de que Jerry se había equivocado cuando mencionó tu nombre. Has cambiado.

Se oyó un fuerte trueno y Lily se esforzó en recuperar la confianza en sí misma. Ya no era la chica ingenua a la que Giles había seducido con facilidad, y no volvería a sucumbir ante él. Había cambiado. Era la nueva Lily.

—Lo tomaré como un cumplido, Giles —dijo con una sonrisa—. ¿Qué te trae por Henry's Place?

—Tú —dijo él—. Me dijo un pajarito que ibas a venir en nombre de McNeil Enterprises, y decidí tomarme unas pequeñas vacaciones y acompañarte.

«Es tan delicado», pensó Lily. Por sus palabras y la manera en que le acariciaba la mano. Dos años atrás, su encanto y la intensidad de su mirada

habrían funcionado. Pero la nueva Lily no creía ni una sola palabra de lo que estaba oyendo. El motivo por el que había ido a Henry's Place no era para estar con ella. Estaba convencida de que el motivo era que quería demostrar con su presencia que McNeil Enterprises no era la única empresa interesada en comprar el hotel. Aunque le parecía muy interesante, tenía algo más importante de lo que ocuparse. Se volvió hacia su hermanastro:

—¿Qué te trae por aquí, Jerry?

—Se suponía que tenías que estar atrapada en Tahití —Jerry se agachó para recoger el cuaderno que se le había caído a su hermana—. J.R. me envió para que me reuniera con Romano en tu lugar.

—No será necesario. Estoy aquí y ya me he reunido una vez con él.

En lugar de entregarle el cuaderno, Jerry comenzó ojear las anotaciones.

—Parece que has estado ocupada —le dijo con una gélida sonrisa de superioridad—. Puesto que estoy aquí, me encantará llevarle a J.R. tus ideas preliminares.

Lily deseaba darle una patada. Sin embargo, retiró la mano de la de Giles y extendió la palma.

—Ese cuaderno es mío, y cuando esté preparada para entregar mis ideas, lo haré en persona.

Jerry mantuvo el cuaderno fuera de su alcance.

—Puesto que no te has molestado en llamar, tengo órdenes de informar a J.R. —dijo él—. De paso, le entregaré esto.

—La señorita quiere que le devuelva su cuaderno —dijo Tony.

Lily se sobresaltó. No se había dado cuenta de que Tony se había acercado con los dos hombres que estaban en la mesa.

—Se trata de un asunto de familia —dijo Jerry—, Esta señorita es mi hermanastra.

—Qué coincidencia —dijo Tony con una sonrisa—. Mis hermanos y yo también lo hemos convertido en un asunto familiar. La señorita es cliente del hotel, y le pedimos amablemente que le devuelva el cuaderno.

Jerry comenzó a ponerse colorado, pero no le entregó el cuaderno. Giles se alejó del enfrentamiento y regresó al mostrador de recepción.

Jerry permaneció en su sitio. Ella no pudo evitar admirarlo por ello

Durante cinco segundos, ninguno de los hombres dijo nada, pero Lily podía sentir que la tensión iba en aumento.

Respiró hondo, agarró el cuaderno con fuerza y tiró de él para quitárselo a Jerry.

—Gracias —dijo, y sonrió a su hermanastro con dulzura—. No creo que nuestro padre aprecie que te pelees con algún miembro de la familia Romano.

Jerry no podía disimular la humillación que sentía. Ella pagaría por ello, por supuesto. Pero no le importaba.

Jerry miró a los tres hombres, se volvió y salió por la puerta giratoria.

«Buenas noticias», pensó Lily. Al menos, Jerry no se había registrado en el hotel para espiarla. Las malas noticias eran que Giles sí lo había hecho. Acababa de ver cómo Lucy le entregaba la llave de una habitación. Se volvió hacia Tony y le dijo:

—Gracias.

—De nada.

Se le ocurrió que ningún miembro de su familia había salido en su defensa como habían hecho los hermanos Romano, y durante un instante, experimentó un extraño sentimiento de pertenencia.

—Y gracias a vosotros, también —les dijo.

—Sam, Drew, me gustaría presentaros a Lily McNeil.

Sam y Drew la saludaron con un gesto de cabeza, pero sus miradas eran casi tan gélidas como la de su hermanastro. Ninguno de los dos le dio la mano. Era justo. Lily se convenció de que era alivio y no decepción lo que sentía.

—Tienen que irse a trabajar —dijo Tony.

Durante un segundo, ninguno de los dos se movió. Entonces Sam se dirigió a Tony.

—Te llamaré en cuanto sepa algo.

—Lo mismo digo —dijo Drew, y ambos salieron del hotel.

—Pensé que no se marcharían nunca —dijo Tony en voz baja.

Ella no pudo evitar sonreír. Él la estaba mirando de manera tan intensa

que hizo que se le entrecortara la respiración.

—¿Quién es el hombre que te ha besado la mano? —preguntó él.

—Mi ex novio, Giles Fortescue.

—¿De Fortescue Investments?

Ella asintió.

—¿Todavía te interesa?

—No.

—Bien.

Tony la agarró por los hombros y la atrajo hacia sí de forma que ella tuvo que ponerse de puntillas. Entonces, la besó.

El beso era tal y como ella lo recordaba. Posesivo, exigente, y al mismo tiempo dulce y delicado. Sabía que debía retirarse, pero le resultaba imposible. Un cálido sentimiento de pertenencia la invadió por dentro.

Entonces, él le mordisqueó el labio inferior y el placer fue aún más intenso. ¿Por qué iba a separarse de él? ¿Cómo iba a hacerlo si él le provocaba esas maravillosas sensaciones? Era como si su cuerpo estuviera envuelto en llamas y no quisiera apagarlo.

De pronto, Tony dejó de besarla. Bajó los brazos y Lily se percató de que le temblaban las piernas.

—Será mejor que hagamos esto en algún lugar privado —murmuró Tony.

En ese momento, ella vio que Jerry estaba mirándola a través del cristal de la puerta de entrada. Un poco más lejos, los hermanos de Tony también observaban la escena desde la acera.

—No.

—¿No?

—No —le resultó muy difícil decirlo por segunda vez. Su mente opinaba lo contrario que su cuerpo. Pero era la nueva Lily, y se suponía que debía saber lo que quería—. No voy a ir a ningún lugar privado contigo.

No quería mirarlo. Estaba segura de que, si lo hacía, su decisión fracasaría. Pero vio que él miraba hacia la puerta, justo a tiempo de ver que Jerry se metía en un taxi.

—Eres dura de roer, Lily McNeil.

«No es cierto», pensó ella. Tony Romano había conseguido hacerlo y acababa de asegurarse de que todo el mundo se hubiera enterado.

—Menos mal que soy un hombre paciente —dijo él, y la guió hasta el ascensor.

Lily necesitaba tiempo para estar sola.

—Necesito pensar.

—No servirá de nada.

Ella lo miró.

Él se encogió de hombros.

—Yo ya lo he hecho y, te prometo, que no he conseguido averiguar qué voy a hacer con lo que está pasando entre nosotros.

—Bueno, yo lo probaré y te mantendré informado —dijo ella, con los ojos entrecerrados.

Él sonrió y le acarició la nariz con un dedo.

—Tienes la costumbre de entrecerrar los ojos antes de disparar. Me gusta.

Se abrieron las puertas del ascensor.

—Tienes media hora —dijo Tony, y esperó a que entrara. Él permaneció en el exterior—. A esa hora saldremos a correr.

Cuando las puertas se cerraron, separándolos, Lily trató de centrarse en el lado positivo. Las buenas noticias eran que Tony no la acompañaba a la habitación del ático. Las malas, que ella quería que lo hiciera.

Capítulo 5

Entrar en el ascensor con Lily era algo que Tony se planteó hasta un segundo antes de que las puertas se cerraran. Lo habría hecho si no hubiera tenido que ocuparse de algunos asuntos antes de salir a correr con ella. Le había dicho la verdad a sus hermanos, contándoles que Lily no tenía nada que ver con el sabotaje, pero no estaba seguro de poder decir lo mismo del hermanastro o del padre de Lily.

De pronto recordó que Dame Vera había mencionado los idus de marzo. Estaba casi seguro de que había sido ese día cuando Lily lo llamó para convencerlo de que podía ayudarlo. Fue entonces cuando oyó su voz por primera vez. La agenda que tenía en el despacho lo ayudaría a recordar. Pero antes tenía que hablar con Dame Vera y con Alistair.

Se acercó a ellos y vio que Dame Vera miraba atenta a su bola de cristal. Tony dudó un instante.

—Estás pensando en los idus de marzo —dijo ella, y lo miró—. Bien.

—A veces, tengo mis dudas sobre ti. Dame Vera —dijo Tony.

Alistair se rió.

—Bienvenido al club.

—Ya basta, Alistair —dijo Dame Vera—. Te ordenaría que te fueras pero Anthony ha venido a pedirnos un favor a los dos.

—¿Cómo lo...? —Tony no terminó la frase—. No importa. Necesitamos vuestra ayuda.

Alistair bajó el periódico y acercó la silla.

—¿Ocurre algo malo en Dinamarca, amigo?

Tony debatió un instante cuánto debía contarles. Ellos dos eran parte de la responsabilidad que le había otorgado su padre con el hotel, y no quería preocuparlos innecesariamente. Dame Vera cerró los ojos un instante.

—Tiene que ver con las tuberías.

—Será mejor que nos lo cuentes —dijo Alistair—. Ella lo descubrirá tarde o temprano.

—El problema de las tuberías no ha sido sólo un problema de años —dijo Tony—. Murphy dice que alguien las cortó a propósito.

—El desastre se avecina —murmuró Dame Vera.

Quizá fuera un reflejo de la luz, pero Tony habría jurado que algo se movía en el interior de la bola de cristal.

—¿Qué podemos hacer para ayudarte? —preguntó Alistair.

—Primero, quiero saber si habéis visto a alguien en el hotel, alguien vestido de repartidor o de mantenimiento. Alguien que no habíais visto antes.

Dame Vera y Alistair se miraron, después miraron a Tony y hablaron a unísono:

—El exterminador.

—Ayer por la mañana vino a mi habitación y me dijo que iba a echar insecticida en mi habitación y en todas las demás —dijo Vera—. Yo todavía estaba en camisón. Ni siquiera me había tomado el té. Me dijo que tenía que salir y que no podía regresar en dos horas, para darle tiempo al insecticida a que se evaporara.

Alistair le agarró la mano y se la llevó a los labios.

—Y pasamos juntos una mañana estupenda, cariño.

Vera retiró la mano y miró a Tony.

—Acusé a Alistair de haberlo contratado a propósito para tener una excusa de llevarme a su apartamento.

—Yo le dije que era inocente, pero no me creyó.

—¿Podéis describir cómo era?—preguntó Tony.

—Puedo hacer algo más que eso —Alistair sacó un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta y agarró una servilleta.

—Dibuja muy bien —dijo Vera—. Si no hubiera tenido éxito actuando podría haber sido pintor.

Alistair hizo una pausa y le guiñó el ojo a Tony.

—Ella lo sabe. Ha visto mis grabados muchas veces.

—Ese es el hombre —dijo Dame Vera, al ver el dibujo que estaba haciendo Alistair.

—Gracias —dijo Tony—. Se lo enviaré a Drew por fax y veré si puedo encontrarlo en los ficheros de la comisaría.

—Buena idea —dijo Vera—. ¿Qué más podemos hacer por ti?

—Quiero que mantengáis los ojos y los oídos bien abiertos. Si veis a alguien que actúe de manera sospechosa, me avisáis.

—Estupendo —dijo Dame Vera—. Siempre he soñado con tener un papel en una de las películas de *Thin Man*. Myrna Loy y William Powell siempre parecían pasárselo muy bien haciendo el papel de Nick y Nora Charles.

—Probablemente tenía que ver con el número de martinis que se habían tomado —dijo Alistair.

—Sam va a enviar a un par de hombres para vigilar el hotel. Os los presentaré —Tony se puso en pie y añadió—. Dame Vera, ¿puedes decirme algo más concreto sobre los idus de marzo?

Vera negó con la cabeza.

—Eso tienes que preguntárselo a Lily.

Lily se miró en el espejo del baño. La mujer que la estaba mirando era la nueva Lily, delgada y vestida con un pantalón corto y una camiseta ceñida. Esa Lily podía conseguir lo que se propusiera.

Tenía que creer en ello. El problema era que tenía que asegurarse de que recordaba qué era lo que quería. Y no podía ser Tony Romano. Miró al reloj y deseó poder recordarlo diez minutos más tarde, cuando lo viera.

Diez minutos. Ése era el tiempo que tenía. Se dirigió al dormitorio y agarró un bolígrafo y un bloc de notas que estaba sobre la mesa. El gurú de la isla le había dicho que escribiera sus metas. La gente que lo hacía tenía un noventa por ciento más de éxito a la hora de conseguir las.

Lily escribió: *Quiero Henry's Place*. Arrancó la hoja, se subió a la cama y la colocó delante de ella. Una vez en la posición de loto, miró el papel, cerró los ojos y visualizó las palabras en su mente. La visualización era una herramienta poderosa, y ella necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener. Inhaló con profundidad y soltó el aire poco a poco contando hasta diez, mientras se creaba una imagen en la cabeza. Estaba entrando en el despacho de su padre, con el informe sobre Henry's Place en la mano.

Esperó a que su padre lo abriera, y vio cómo le sonreía, diciéndole: «Buen trabajo».

Ésas eran las palabras que él nunca le había dicho, ni siquiera cuando se graduó con la mejor nota en Standford. Y ella estaba tan cerca de oírse las decir. Lo único que tenía que hacer era...

El sonido de su teléfono móvil borró la imagen de su cabeza. Sacó el teléfono del bolso y miró la pantalla para ver quién la llamaba. El pánico se apoderó de ella. Su padre. Jerry no había perdido ni un momento en llamar a J.R. McNeil y contarle lo que había visto a través de la puerta del hotel. Algún día, tendría que darle una patada a su hermanastro. Fuerte. Respiró hondo y contestó: .

—Hola, papá.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo?

—Estoy haciendo lo que me pediste que hiciera —dijo ella—. Obtener información sobre Henry's Place para ti.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea, y después:

—¿Te estás acostando con Romano?

J.R. McNeil no se andaba con rodeos.

—No.

Técnicamente le estaba diciendo la verdad. No se estaba acostando con Romano en ese momento. Aunque habían hecho el amor varias veces en la misma cama en la que estaba sentada.

Afuera, los relámpagos iluminaron el cielo.

Al otro lado de la línea, se oyó silencio. Después, una voz lejana que decía:

—No debiste haberla enviado a ella. Va a estropearlo todo, y tenemos que conseguir ese hotel.

Lily reconoció la voz. Era Pamela Langford-McNeil.

—Deberías sustituirla por Jerry antes de que...

De pronto no se oyó nada más. Lily sabía exactamente lo que su padre estaba haciendo, pasear de un lado a otro del despacho con el ceño fruncido. El día que aceptó encargarse del trabajo de asegurarse de que Tony Romano vendiera el hotel a McNeil Enterprises, había hecho lo mismo

Siempre paseaba de un lado a otro cuando tenía que tomar una decisión.

Pamela estaría delante del escritorio, repasando todos los fracasos anteriores de Lily. Era una escena que había presenciado muchas veces antes, y su reacción habitual solía ser salir huyendo y tratar de librar la batalla otro día.

—No creo que puedas encargarte tú sola de esto —dijo el padre.

—Sí puedo —contestó ella, con un fuerte dolor en el pecho.

¿Algún día llegaría a confiar en ella?

—Besar a Romano en el recibidor. ¿En qué estabas pensando? ¿No te habrás enamorado de él?

—No —sólo la idea hizo que sintiera pánico.

No podía enamorarse de él. Acababa de conocerlo. Y de acostarse con él. Y deseaba volver a hacerlo. Pero eso no era amor.

—Maldita seas, Lily, voy a enviar a Jerry para que te ayude —dijo el padre—. Éste es un asunto crucial. Cuando me enteré de que estabas atrapada en Tahití, pensé que era lo mejor. No somos los únicos que queremos ese hotel, y Jerry tiene más experiencia. Lo he entrenado bien. Está preparado para encargarse de todo.

Lily agarró el teléfono con fuerza. No estaba dispuesta a ceder.

—Hicimos un trato. Éste es mi trabajo. Jerry casi se pelea con Tony y sus dos hermanos. ¿Te lo ha contado? —se hizo un silencio—. Yo ya he establecido un trato amistoso con los Romano. Tú mejor apuesta soy yo.

—Es un asunto crucial.

—Papá, puedo encargarme yo —cerró los ojos y trató de ignorar el incipiente dolor de cabeza—. Conseguiré lo que quieres.

—Dependo de ti.

Antes de que ella pudiera contestar, su padre cortó la comunicación. Su padre siempre había sido un hombre de pocas palabras.

Ella suspiró y se cubrió el rostro con las manos. Las buenas noticias eran que no la había despedido ni enviado a Jerry. Las malas, que contaba con ella para poder comprar Henry's Place. Ninguna de las dos era para celebrarlo.

«Puedes conseguir lo que te propongas».

Estaba repitiéndose esas palabras cuando sintió que Tony estaba en la habitación con ella. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Qué había oído? Hizo un esfuerzo por recordar la conversación que había mantenido. «Estoy obteniendo información para ti. Conseguiré lo que quieres».

—¿Lily?

Ella levantó la vista, miró a Tony a los ojos y, por un momento, el placer de verlo borró toda preocupación de su mente.

Llevaba una camiseta negra ceñida y un pantalón de deporte que resaltaba sus piernas musculosas. Sólo con mirarlo lo deseaba. Así de sencillo, y de aterrador.

De pronto, recordó que estaba sentada en la cama donde sólo unas horas antes acababan de hacer el amor. ¿Estaría él pensando en lo mismo? ¿Sentiría lo mismo que ella?

Tony se acercó a los pies de la cama.

—¿Qué te ha dicho tu padre exactamente?

—Nada —metió el teléfono en el bolso y se levantó de la cama.

—Te ha dicho algo —Tony se imaginaba sobre qué había sido la conversación. Cualquier duda que pudiera tener acerca de que ella estuviera implicada en el plan de su padre para conseguir Henry's Place se había desvanecido mientras escuchaba la conversación desde la puerta. De eso se ocuparía más tarde. En esos momentos quería ocuparse de la cara que había puesto ella cuando su padre finalizó la conversación. Dio dos pasos y se acercó a ella—. Sea lo que sea, ha hecho que te pongas triste.

—Está preocupado por que no esté haciendo mi trabajo. Nada nuevo.

La sujetó por la barbilla para que lo mirara a los ojos. La mezcla de miedo y tristeza hizo que se le formara un nudo en el estómago. Creía que comprendía por qué tenía miedo. Ella se estaría preguntando cuánto tiempo habría estado allí escuchando la conversación. Sin duda tenía secretos que ocultar. Pero Tony no podía ignorar la tristeza. Lily parecía derrotada y desesperada cuando terminó de hablar con su padre. Él deseaba acercarse y abrazarla. Pero no se habría contentado con darle un abrazo. Habría hecho lo que llevaba deseando hacer toda la mañana. Lo que deseaba hacer en ese momento. Le habría hecho el amor. Y no estaba seguro de que fuera eso lo que ella necesitaba.

Se había prometido que le daría un tiempo a Lily. A ambos.

—¿Por qué tu padre duda de que vayas a hacer bien el trabajo? —le preguntó.

Su padre jamás había dudado que él pudiera responsabilizarse del hotel. Durante un instante, se preguntó cómo habría sido su vida si su padre no hubiera mostrado tanta confianza en él.

—Es una historia muy larga —dijo ella.

—Tenemos tiempo —Tony miró hacia la ventana—. Sigue lloviendo. A menos dame la versión corta.

—En pocas palabras, nunca ha creído que yo pudiera tener éxito en un puesto directivo en McNeil Enterprises. Me lo hizo saber por primera vez cuando yo tenía diez años, y desde entonces he tenido que demostrarle lo contrario. Hasta el momento, siempre ha significado un enfrentamiento. El hecho de que mi hermanastro acabara de llamarlo para informarle de que estaba besándote en el recibidor ha hecho que vuelva a dudar sobre mi capacidad. Y mi madrastra está allí, cantándole mis fracasos del pasado como si fuera un coro griego.

—¿Un coro griego, eh? —Tony sonrió—. Yo también tengo mi parte del coro por aquí. Deja que te diga cómo lo veo. Primero, tu hermanastro es un estúpido.

Lily sonrió y su tensión disminuyó.

—Al menos, en eso estamos de acuerdo.

—Eres preciosa cuando sonríes. ¿Lo sabías? —le acarició la mejilla.

—No soy preciosa —dijo ella—. Y yo...

—No eres preciosa todo el tiempo —le interrumpió—. La mayor parte del tiempo eres simplemente bonita.

—Simplemente bonita... —entrecerró los ojos.

Él se alegró al ver que el último rastro de tristeza desaparecía de su mirada.

—Ves. Hay otra cosa en la que podemos estar de acuerdo —señaló él.

—Gracias. Supongo.

Tony le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Pero, cuando sonrías, se me corta la respiración.

—Yo...

La mezcla de placer y confusión que llenó sus ojos hizo que él se replanteara su decisión de darse un poco de tiempo. No estaba seguro de poder hacerlo.

Colocó un dedo en la base de su cuello, dónde le latía el pulso.

—Eres tan receptiva.

Ella se aclaró la garganta y dio un paso atrás.

—Creo que no deberíamos hablar de eso.

Él no retiró la mano.

—De acuerdo. ¿De qué estábamos hablando antes? De tu hermanastro Me recuerda un poco a los míos. Acaban de darme un sermón. Están preocupados porque creen que voy a permitir que me engañes, y que pondré el hotel a tu nombre o alguna tontería así. ¿Puedes creerlo?

—Sí... quiero decir, no. Es decir...

Tony se preguntaba si ella sabía lo transparente que era. No se le daba bien fingir. Sus mejillas estaban sonrojadas y tenía problemas para mirarlo a los ojos.

—Aunque fuera a hacerlo —continuó él—, no se fían nada de mí si creen que te permitiría hacer algo así.

—Cierto —contestó ella, y por fin lo miró a los ojos—. Serías un hombre difícil de engañar.

—Exacto. He pasado toda la mañana convenciéndolos de que soy un chico grande y que puedo cuidar de mí mismo —la sujetó de la barbilla para que no pudiera retirar la mirada—. Quiero saber qué puedo hacer para convencerte a ti también.

—¿Por qué?

—Porque deseo hacerte el amor otra vez, y no creo que disfrutases hasta que no aclaremos algunas cosas.

—Creo que no deberíamos.

—¿Aclarar las cosas? —preguntó él, y le acarició un hombro por encima de la camiseta.

—Creo que no deberíamos volver a hacer el amor. No sería sensato.

—Probablemente no —agachó la cabeza hasta que sus labios quedaron muy cerca—. Pero sería divertido.

Ella retiró la cabeza para evitar su boca.

—Me gustaría mantener separados los negocios y el placer.

—No puedo estar más de acuerdo —le acarició la clavícula y colocó de nuevo el dedo en la base de su cuello.

Ella colocó las palmas sobre el torso de Tony, pero no lo empujó a ningún sitio.

—Los negocios y el placer siempre han de ir por separado, y ambos somos lo bastante mayores e inteligentes como para hacerlo así, ¿no crees?

—Sí, pero...

—Entonces, está claro. Hablaremos de negocios cuando sea el momento. Ahora, creo que podemos dedicarnos al placer —la miró a los ojos—. Te deseo, Lily. Quiero tocarte. Quiero estar dentro de ti otra vez cuando llegues al orgasmo.

Ella lo miró y sintió que se derretía. ¿Cómo podía mantenerse de pie?

—Dime que no me deseas y saldré de aquí ahora mismo. Nuestra relación futura será solamente laboral.

—No puedo decirte tal cosa.

Tony agachó la cabeza y le mordisqueó el labio inferior. Después, calmó el leve dolor con su lengua.

—Entonces dime que quieres que te haga el amor —la acorraló en una esquina—. Dilo, Lily.

—No juegas limpio —dijo ella.

Él sonrió y la besó en el cuello.

—Juego para ganar. Dime que quieres hacer el amor conmigo.

Lily lo abrazó.

—Te deseo. No debería, pero te deseo mucho.

—Todo tuyo —le mordisqueó el cuello provocándole un intenso placer.

Ella tiró del cordón de sus pantalones, pero él le agarró la mano y se la

retiró.

—Esta vez sí que vamos a hacerlo despacio —dijo él.

—Ya —dijo ella con reto en la mirada.

Él sonrió y la besó en los nudillos de una mano.

—Muy despacio, hasta que sólo puedas pensar en mí. Sólo me deseas a mí.

Ella se estremeció y él la besó en el cuello.

—Esta vez quiero verte. Entera. Deja que te desvista, Lily.

—Mmmmm —no podía negarle nada.

Tony agarró el cuello de la camiseta de Lily y se la quitó por la cabeza. Debajo llevaba un sujetador rosa y al acariciarle un seno por encima de la tela, ella comenzó a temblar. Entonces, le acarició el otro. Cuando hizo lo mismo con la boca, ella cerró los ojos.

La lluvia golpeaba contra los cristales y el tiempo parecía detenerse mientras Tony continuaba moviendo las manos sobre su cuerpo. Le acarició los labios, los hombros, los brazos, las costillas, como si estuviera dispuesto a explorar cada centímetro de su piel. Nadie la había hecho sentir así... como si fuera una delicada pieza de cristal.

Ella seguía de pie, pero se sentía como si estuviera flotando. Los pantalones cortos bajaron por sus piernas. Los dedos de Tony le acariciaron los muslos.

—Deseaba hacerte esto desde que saliste del ascensor esta mañana —le pasó un dedo por encima de la ropa interior hasta que le presionó el centro de su placer.

Lily sintió que se incendiaba por dentro.

«Más». No estaba segura de sí lo había pronunciado en alto.

Él metió el dedo bajo el borde de sus bragas.

—Quería quitarte el traje para poder acariciarte así —le acarició el centro de su feminidad.

Ella se puso tensa y gimió su nombre mientras el placer se intensificaba hasta hacerla estallar.

Tony trataba de no apresurarse, pero aun así la tomó en brazos y la

tumbó en la cama. Mientras se quitaba la ropa y se ponía un preservativo sintió que no podía controlarse mucho más. Necesitaba tocarla otra vez. Más que la necesidad de poseerla, era la necesidad de llevarla de nuevo a lo más álgido del placer. Por ella... por él.

Le acarició el cuerpo con las manos y con la boca y ella respondió a cada caricia. Un hombre podía hacerse adicto a ese tipo de generosidad y al sonido de su voz cuando gemía su nombre. Necesitaba más.

Cuando ella clavó los dedos sobre sus hombros y se arqueó contra él, él la abrazó y se centró en su rostro. Necesitaba verla, su boca hinchada por los besos, los ojos entrecerrados por el placer.

Tony le había prometido que sólo pensaría en él, que sólo lo desearía a él, pero cuando la penetró, fue él quien sólo pudo pensar en ella. Placer. Éxtasis. No había palabras para explicar lo que sentía. Se movieron de forma acompasada hasta que Lily tensó el cuerpo. Entonces, ambos llegaron al clímax.

Cuando Tony volvió a la realidad, estaban abrazados en el medio de la cama. Ya no llovía y los rayos del sol asomaban entre las nubes negras que cubrían la ciudad. La habitación estaba en silencio y Tony podía escuchar la respiración de Lily con claridad.

No quería moverse. De hecho, estaba convencido de que podía ser feliz quedándose donde estaba durante largo rato.

Era perfecto. Sabía que esa perfección tenía que ver con la mujer a la que estaba abrazando. Lily suspiró mientras dormía y se acurrucó más contra él. Tony estaba seguro de que no se habría sentido tan cómoda si hubiera estado despierta.

Ese era otro problema del que tendría que ocuparse. Y después estaba lo del sabotaje.

Mantendría lo que le había dicho a sus hermanos. Lily no tenía nada que ver. Él había mirado la agenda y ella lo había llamado el quince de marzo para concertar una cita. Pero había algo que le hacía pensar que ella no tenía relación con el desastre que se avecinaba. Y estaba dispuesto a demostrarlo. Para ello necesitaba más información y la mejor manera de conseguirla estaba tumbada entre sus brazos.

Llamaron a la puerta. Sólo podía ser alguien de su familia. Ninguno de los clientes del hotel tenía llave para subir a la azotea. Sacó el brazo de

debajo de Lily y, cuando llamaron por segunda vez, ella se movió. Un segundo más tarde, se sentó en la cama.

—Iré yo.

—Será alguien de mi familia —dijo Tony—. Sería capaz de asesinarlo o asesinarla.

—No seas ridículo —ella bajó de la cama y comenzó a vestirse. Segundos más tarde, salió por la puerta.

No. No se sentía cómoda despertándose en la misma cama que él. A úno. Si alguien hubiera disparado, él dudaba que ella hubiera salido más deprisa de la habitación.

Su padre le había dicho alguna vez que las mujeres eran trabajo. Él nunca había pensado tal cosa... hasta entonces.

Se bajó de la cama y se agachó para recoger sus pantalones. Un pedazo de papel llamó su atención. Había una frase escrita con la letra de Lily.

Quiero Henry's Place.

«Dos perros y un solo hueso», pensó Tony mientras se ponía los pantalones y se guardaba el papel en el bolsillo. Oh, sí, tenía un trabajo hecho a medida. Deseaba a una mujer que quería quitarle su hotel.

Sin duda, tenía el trabajo hecho a medida.

Capítulo 6

Lily corrió hacia la puerta y se preguntó en qué diablos estaba pensando. Pero, por supuesto, no había estado pensando. Cuando se trataba de Tony Romano, no pensaba nada. Cuando llegó a la puerta respiró hondo y abrió. Entonces, se quedó mirando el enorme ramo de rosas rojas. Al menos había dos docenas, o tres. Sólo una persona le había enviado rosas rojas alguna vez, Giles Foitescue. Se las había enviado con regularidad durante los seis meses que salieron juntos. Al leer la tarjeta, sintió un nudo en el estómago.

Por favor, reúnete conmigo a las siete en el bar de la recepción del Waldorf-Astoria. Por los viejos tiempos. Giles.

Tan pronto como terminó de leer la nota, volvió a dejarla en las flores.

—Tienes un admirador.

Tony pasó a su lado para levantar el ramo, pero ella le bloqueó el paso cuando se disponía a entrar otra vez.

—No las quiero. Devuélvelas.

—Demasiado tarde —dijo él—. No creo que la florista acepte devoluciones.

—No —colocó la mano sobre el pecho de Tony cuando él dio un paso adelante—. Quiero que se las devuelvan a Giles Foitescue. Está aquí en el hotel. He visto cómo se registraba.

—Todavía te afecta

Tony dejó las flores otra vez en el suelo y leyó la nota por encima. Nunca se había fijado en que los celos pudieran hacerlo sentir como si hubiera recibido una puñalada.

—No. Es... —entró en la habitación y se volvió para mirarlo—. Soy yo. Sigo enfadada conmigo por haber caído en su trampa. Fui tan ingenua. Durante seis meses pensé que estaba enamorado de mí. O peor, pensé que estaba enamorada de él. Resulta que sólo quería casarse para asegurar los acuerdos económicos entre la empresa de su familia y la de mi padre. Estaban planeando una fusión, y la boda era parte del trato. Todo el mundo lo sabía menos yo. Giles me informó dos semanas antes de la boda. Fue

entonces cuando me explicó que tendríamos un matrimonio moderno. Por supuesto, tendríamos que tener un hijo, pero después cada uno podría seguir su camino —se dio una palmada en la frente—. ¿No ves la palabra «estúpida» grabada aquí?

—No —Tony entró en la habitación y cerró la puerta—. ¿Qué le pasa a tu familia? ¿Por qué te tratan de esa manera? ¿Por qué no te dijeron desde un principio que era un matrimonio de conveniencia?

—Cualquiera con un poco de sentido común lo habría sabido. Eso es lo que dijo mi madrastra. Estaba asombrada de que creyera que alguien con el gusto de Giles pudiera enamorarse de alguien como yo. O que él me habría sido fiel.

—¿Ésa es la madre del imbécil de Jerry? —preguntó Tony—. ¿Y tu padre?

—Mi padre sólo se preocupa por los negocios. Posiblemente nunca se le ha ocurrido que alguien pueda ver el matrimonio como algo distinto a un acuerdo económico.

—¿Qué hiciste cuando te enteraste?

Ella dejó de mirarlo.

—Lo habitual. Escribí una nota para Giles diciéndole que rompía el compromiso y salí huyendo. Para eso soy muy buena. Y no para los enfrentamientos.

Él la miró con ojos entrecerrados.

—Podrías haberme engañado. La primera vez que te vi durmiendo en el sofá, pensé que eras una luchadora nata. Y esta mañana mantuviste la compostura con ese imbécil —«y conmigo», podía haber añadido.

—La antigua Lily solía salir huyendo de las peleas. He pasado los dos últimos años tratando de convertirme en la nueva Lily.

—Ella me gusta —dijo él. Y cuando vio la cara de sorpresa que puso Lily, tuvo que contener la rabia. Parecía como si nunca se lo hubiera dicho nadie. ¿Qué le pasaba a su familia? ¿Eran tan estúpidos como para no darse cuenta del tipo de persona que era? Se acercó a ella y la abrazó—. Pero por mucho que me guste la nueva Lily, creo que también me habría gustado la antigua.

En el momento en que Tony la abrazó, Lily trató de ponerse tensa

Comenzó a repasar mentalmente la lista de motivos por los que debía retirarse. Pero enseguida la olvidó. Se sentía tan bien con la cabeza sobre su pecho y entre sus brazos. El ritmo de su corazón la acunaba. Al contrario de las otras veces que la había abrazado, no había fuego, ni explosión de placer. Lo único que sentía era una cálida y dulce ternura. Era maravilloso. Si alguien la había abrazado así alguna vez, lo había olvidado.

Deseaba quedarse así para siempre.

Fue esa idea la que hizo que se retirara.

—Sé lo que vas a decir —dijo Tony, y bajó los brazos—. Es hora de volver al trabajo —señaló hacia la puerta—. Iremos a correr.

Cuando la agarró de la mano y salieron de la habitación, ella se preguntó por qué se sentía tan decepcionada.

—Eres buena —dijo Tony, aminorando el paso a medida que llegaban al final del camino. Después de correr las diez manzanas hasta el parque, habían corrido durante cincuenta minutos a paso ligero—. Caminemos un poco.

—Debería regresar al hotel, Quiero pasar las notas que he tomado al ordenador.

—Primero voy a invitarte a comer —dijo Tony, y la guió hasta un puesto de comida—. No aceptaré un «no» por respuesta. No puedes venir a Nueva York y no probar nuestra comida callejera. ¿Qué te apetece?

—Los perritos calientes no están dentro de mi dieta.

Tony echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—No están en la de nadie. Lo más probable es que sean letales. Sin duda, un pecado mortal. Por eso están tan buenos —al ver que ella dudaba, continuó—. Vamos. No te has tomado el desayuno que te he preparado y necesitas fuerzas para hacer el informe. Sólo un perrito. Lo compartiremos.

El vendedor ya había metido uno dentro de un panecillo y estaba esperando a que le dijeran con qué lo querían.

—Si le ponemos varias cosas, conseguiremos reunir algunos de los grupos de comida recomendados —dijo él.

—Empiezo a comprender cómo la serpiente del Jardín del Edén consiguió convencer a Eva.

—Lo tomaré como un cumplido. ¿Qué quieres echarle?

—Mostaza, cebolla y chili.

Tony la besó en la boca.

—Creo que te quiero. Dime que juegas al baloncesto y te propondré matrimonio.

—Creo que estás loco —dijo ella.

—Podría ser —buscó dinero suelto para pagar. Después, la guió hasta la entrada del parque—. No conozco a nadie que le gusten los perritos calientes con lo mismo que a mí.

—Es pura casualidad. Y puedes olvidarte de lo del matrimonio. No juego al baloncesto.

—Mentirosa —como todos los bancos estaban ocupados, se sentaron en una roca que había en el césped—. El domingo hay un partido. Los Murphy contra los Romano. El orgullo familiar está en juego, y nos falta un jugador porque la mujer de Sam está embarazada de siete meses.

—No puedo...

—No tienes que hacer nada más que correr de un lado a otro de la pista —dijo él—. Pero necesitamos a todo el equipo para intimidar a los Murphy.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Nunca aceptas un «no» por respuesta?

Él le acercó el perrito caliente a la boca.

—No, si puedo evitarlo. Prueba un poco.

Ella obedeció y cerró los ojos para saborear la mezcla de sabores.

Tony deseó besarla de nuevo.

—Menos mal que lo hemos compartido —dijo ella—, si no, tendría que tomar tofu y zumo de pomelo durante toda la semana.

—¿Tofu y zumo de pomelo? Eso es horrible.

Ella se rió y dio otro mordisco cuando él se lo ofreció,

—Voy a tener que prepararte una comida de verdad.

—Creía que Lucy era la cocinera.

—Es la que tiene más talento, pero todos los Romano cocinamos. Mis

hermanos y yo pasamos mucho tiempo en la cocina de Henry's Place cuando éramos pequeños. Mi padre regentaba el hotel, pero mi madre llevaba el restaurante. Éramos sus esclavos. Incluso a veces reclutaba a mi padre. Si no ayudábamos a preparar la comida, fregábamos los platos.

—Yo también pasaba mucho tiempo en la cocina. Cada vez que cometía un error en la mesa, mi madrastra me castigaba allí.

—¿Un error?

—Tirar la leche o emplear el cubierto equivocado. Pamela siempre insistió mucho en los asuntos de etiqueta.

—También debe de ser una idiota.

Lily se encogió de hombros.

—Estoy aprendiendo a soportarlo.

Tony podía ver que era así. Y que no estaba acostumbrada a que nadie la ayudara o cuidara de ella. Le costaba imaginar cómo habría sido su vida sin el apoyo tan fuerte que siempre le había prestado su familia. Estaba a punto de decirle que no debía ocuparse de todo ella sola cuando sonó un teléfono. El de ella.

Lily lo sacó de la funda que llevaba colgada de la muñeca.

—Lo siento. Probablemente sea mi padre. ¿Diga?

—Hemos tenido una reunión familiar —dijo Pamela.

Una reunión familiar. A Pamela le encantaba esa expresión. Había tenido una reunión familiar a la que ella no había sido invitada.

—Tu padre y yo iremos a Nueva York esta noche. No hagas nada hasta que lleguemos.

Lily sintió un nudo en el estómago, pero consiguió mantener calmada la voz.

—Ése no es el acuerdo al que he llegado con mi padre hace una hora.

—¿Estás cuestionando mi palabra? —preguntó Pamela.

Lily oyó sorpresa y rabia en su tono de voz y se sintió un poco mejor.

—Sólo te pido que me dejes hablar con mi padre.

—Está en otra línea.

—Dile que se ponga en ésta.

—De acuerdo.

Lily contó hasta tres. Enseguida oyó la voz de su padre.

—Lily, no tengo tiempo para esto. Jerry, Pamela y yo estamos de acuerdo, y Pamela y yo llegaremos a Nueva York por la noche.

—Te dije que podía realizar este trabajo. Y quedamos en que...

—Hay ciertas cosas que me ha recordado Pamela. Nos jugamos mucho Jerry me ha informado de que Giles Fortescue está por allí.

—¿Qué tiene que ver Giles con todo esto?

—Sabes que no podemos confiar en que pienses de manera racional cuando estés cerca de él. Nos verás a Pamela y a mí por la mañana. Nos ocuparemos de todo a partir de entonces.

—Papá, espera. Yo... —se calló al ver que su padre había colgado.

Durante un instante, estuvo tentada de tirar el teléfono. Sin embargo, lo guardó de nuevo.

—¿Siempre te cuelga de esa forma? —preguntó Tony.

—Sí —se levantó y comenzó a caminar—. Nunca escucha. Cree que sigo siendo la niña que solía ser, torpe e incompetente —dio una patada a una piedra del camino—. Me prometió que este trabajo sería mío. Era mi única oportunidad de demostrarle, a él y también a Jerry y a Pamela, que puedo ser de importancia para la empresa. Ahora, va a venir a hacerse cargo él mismo.

Tony la agarró por los hombros y la giró.

—Con el único McNeil con el que voy a hacer negocios es contigo.

—Ah —la rabia que sentía desapareció y una sensación de ternura la sustituyó.

Lily pensó que todo estaba sucediendo demasiado deprisa con aquel hombre. Al ver la comprensión en su mirada, sintió que en poco tiempo sucumbiría ante el amor.

No. Ya lo había hecho antes y había sido un desastre. Lo que sentía por Tony era puro deseo, y el deseo no era amor. Una mujer inteligente no confundía ambas cosas.

Sonó el teléfono de Tony y él la soltó. Salvada por la campana. Pero necesitaba algo más. Necesitaba un milagro. Había ido allí para

demostrarle a su padre que podía ser alguien importante para McNeil Enterprises. Para eso, tenía que entregarle Henry's Place en bandeja. Ya era bastante malo que se hubiera acostado con Tony Romano. Y desde luego no podía enamorarse de él. De ninguna manera. Eso no iba a suceder.

Pero mientras Tony hablaba por teléfono no pudo evitar sentir de nuevo una nube negra sobre su cabeza.

—Dijiste que querías saber si Vera y yo veíamos algo sospechoso.

Mientras escuchaba lo que Alistair le decía, Tony deseaba blasfemar. En cuanto él había contestado el teléfono, Lily había recuperado el miedo y la preocupación en su mirada.

—¿Qué has visto?

—Un hombre rubio, de unos treinta años, y atractivo, si te gustan los hombres estilo vikingo, como a Vera. Ha estado haciéndoles muchas preguntas a los empleados y ahora está con Vera.

—¿Sabes su nombre? —preguntó Tony.

Él creía que sí lo sabía. La descripción coincidía con el aspecto del hombre que había besado la mano de Lily en el recibidor. Giles Fortescue.

—Negativo. Vera está mirando la bola de cristal con él. Lo averiguaré antes de que termine. Corto y fuera.

En cuanto Tony colgó el teléfono, Lily dijo:

—Tengo que regresar al hotel.

—De acuerdo. Pero ¿por qué no me cuentas tu idea sobre Henry's Place mientras caminamos?

—Porque todavía no he pasado mis anotaciones al ordenador. Y eso es lo que debería haber hecho en lugar de estar sentada en el parque comiendo cosas prohibidas.

—Puedes ponerte uno de tus trajes sexys y hacer una presentación formal más tarde. Sólo dame un pequeño anticipo de lo que estás pensando. Te prometo que no lo tendré en cuenta si después quieres hacer cambios.

—¿Por qué quieres que lo haga? No estoy preparada.

—Porque siento curiosidad. Porque hace un día precioso y no salgo del hotel tanto como me gustaría, y si te distraes hablándome del trabajo, espero que tardemos más en regresar al hotel. Y porque si hablamos de

negocios, podré apuntar los tres dólares del perrito en la sección de gastos.

Ella sonrió y él vio que la tensión de su rostro disminuía.

—Y por último, pero no por ello lo menos importante, porque seguiré insistiéndote hasta que te des por vencida —dijo él.

—Eres el hombre más persistente que he conocido nunca.

—Entonces, ¿por qué discutir?

—Mi padre nunca lo aprobaría. Entrena a todos sus empleados para que utilicen transparencias con gráficos.

—Puedes decirle que soy un cliente muy difícil. Que me resulta imposible aceptar un «no» por respuesta.

Volviéndose, Lily lo miró a los ojos.

—Está bien. Pero no quiero ninguna queja si luego te aburres cuando tengas que sentarte a mirar los gráficos.

—Palabra de scout.

—Por favor. No pretenderás que crea que fuiste Boy Scout.

Pero ella no se quejó cuando él le agarró la mano mientras salían caminando del parque.

—Si Henry's Place fuera tuyo, ¿qué cambios harías?

—Mi experiencia en Europa, sobre todo en Francia e Italia, me dice que el mercado de hoteles pequeños está creciendo, ya que ofrecen servicio personalizado y le dan mucha atención a los detalles. En ese tipo de hotel es en lo que me gustaría convertir Henry's Place. Empezaría con los cambios más grandes y continuaría con los pequeños. Primero, convertiría el ático en un restaurante, ofreciendo cenas íntimas con bonitas vistas. Los clientes del hotel tendrían prioridad, pero también lo abriría al público en general. Segundo, tengo planes para el recibidor.

Mientras continuaba hablando, Tony vio cómo disfrutaba con el tema. No había duda de que conocía su trabajo. Lo que le sorprendía era que le apasionara, otro indicativo de que no era la ejecutiva implacable que fingía ser. Tony imaginó el recibidor convertido en salón de té con cuarteto de música incluido.

—Después, convertiría el restaurante en algo con personalidad —dijo ella—. Algo distinto a una cafetería normal y corriente. Estoy pensando en

un pub o en un bistro francés.

—¿Qué tal comida italiana? —preguntó él—. No el clásico sitio de espaguetis y pizza, sino ¿algo más auténtico y exquisito? Llevo años tratando de probar algo como eso. Lucy estaría encantada si la dejara que creara el menú.

—Suena bien. Y después tengo una lista infinita de cosas pequeñas pero importantes.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Tony mientras doblaban la esquina de la Sesenta.

—Aumentaría el servicio de conserjes, incluyendo un comprador personal. Tendrías que tener un buen acuerdo con un gimnasio para poder proporcionar pases a los clientes. Habría que preparar un folleto con un mapa que mostrara distintas rutas y paseos por el parque.

—Eres muy buena en esto —dijo él cuando se detuvieron en un semáforo.

Ella se sonrojó y él recordó que no estaba acostumbrada a que le dijeran cumplidos. Eso iba a cambiar.

—¿Cuánto va a costarme?

—¿Qué? —ella lo miró.

—El mínimo, ¿cuánto sería el coste de todas las mejoras de las que estás hablando?

—Bueno, esto tendría que calcularlo.

—¿Y una cifra aproximada?

—No. No puedo darte una cifra sin más. Tengo que calcularla y hacer varios presupuestos, algo que podría estar haciendo en el hotel. Además, necesitarás un proyecto a cinco años. De esa manera podrías empezar con un proyecto e introducir los demás poco a poco.

—Vamos, dame una pista.

Ella negó con la cabeza y lo miró con sus ojos verdes.

—Pero déjame que me siente frente al ordenador y me organice.

El semáforo se puso verde y los peatones comenzaron a cruzar. Tony apenas se percató del movimiento, ni siquiera estaba seguro de estar oyendo las palabras de Lily. Le había dicho que era guapa cuando sonreía

Sin embargo, al mirarla se le cortaba la respiración y le costaba pensar. Entonces, se le ocurrió que podía correr el peligro de enamorarse de Lily McNeil. Quizá fuera ella su Ricitos de Oro.

Le acarició la mejilla.

—Sabes, estás más guapa cuando...

Se calló al ver que la expresión de sus ojos era de miedo y que miraba por encima de su hombro izquierdo. Comenzó a darse la vuelta y, en ese momento, ella se lanzó contra él, tirándolo hacia atrás. Él la rodeó con los brazos y trató de recobrar el equilibrio, pero no lo consiguió. Cuando ambos cayeron sobre la acera, él oyó un ruido característico. Y quizá no habría reconocido que era un disparo si no hubiera oído el silbido de la bala.

Alguien gritó, pero el grito se ahogó bajo el ruido del chirriar de unos neumáticos y el rugido de un motor.

Tony abrazó a Lily con fuerza cuando ella trató de levantar la cabeza.

—No te muevas —le ordenó.

—Ha intentado dispararte —dijo ella, temblando contra su pecho—. He visto el coche. He visto la pistola. No puedo... no puedo respirar.

Tony la soltó, y ella trató de tomar aire.

—Él... él... ha intentado matarte.

Tony la sentó sobre su regazo.

—No lo ha hecho. Respira hondo... Así, muy bien. Buen trabajo.

—¿Estáis bien?

Tony levantó la vista y vio que un grupo de gente los rodeaba. Pero se centró en el hombre que les estaba hablando.

—¿Quién eres?

—Trabajo para Sam —le dijo. Se agachó y le mostró un carnet que sacó de la cartera—. Estaba al otro lado de la calle del hotel, y he tomado parte de la matrícula. Era un coche azul oscuro, de cuatro puertas.

Lily respiró hondo.

—Yo he visto al que disparó.

—Sam tenía razón —dijo el hombre—. Tienes un problema serio.

Capítulo 7

Lily nunca habría imaginado que podía haber tanta gente en el salón de la habitación del ático. En los veinte minutos que llevaban en el hotel, toda la familia Romano se había reunido. Sam estaba cerca de la chimenea trabajando en su ordenador portátil mientras Tony miraba lo que hacía por encima de su hombro a la vez que hablaba por teléfono. Por lo que Lily había deducido, Tony trataba de localizar a su primo Nick para contarle lo que había sucedido. Detrás de Tony, Drew paseaba de un lado a otro con impaciencia mientras hablaba por su teléfono móvil.

A Lily le habría gustado pasear. Sin embargo, estaba atrapada en el sofá, con Grace a su izquierda y A.J., la esposa de Sam, a la derecha. Alistair, estaba enfrente, dibujando en un cuaderno sobre la mesa de café. Dame Vera estaba al final de la mesa, bebiendo jerez y concentrada en la bola de cristal. La habitación no era muy grande, pero estaba claro que los hombres de la familia Romano se habían separado de las mujeres. Lily estaba casi convencida de que era porque Sam y Drew no confiaban en ella. ¿Cómo podía culparlos?

Por otro lado, las mujeres la estaban tratando como una heroína porque Tony le había contado a todo el mundo que ella le había salvado la vida.

Gina y Lucy estaban en la cocina repartiendo comida tan pronto como llegaba en el montaplatos. Lily no había probado el plato que le había preparado Tony. No podía comer. La imagen de una pistola apuntando a Tony todavía permanecía en su cabeza.

Pero, al parecer, los Romanó sí tenían hambre. Ella no estaba acostumbrada a las comidas familiares informales donde todo el mundo hablaba y discutía a la vez. Su experiencia se había limitado a las cenas formales con su padre, su madrastra y su hermanastro, en las que sólo se le había permitido hablar cuando se dirigían a ella y en las que, tarde o temprano, había acabado incumpliendo las normas de etiqueta. Entonces, su madrastra la castigaba en la cocina, donde el cocinero trataba de animarla dándole helado o tarta de manzana. Así se había convertido en una adolescente infeliz.

Lily cerró los ojos y respiró hondo. El futuro no tenía que ser igual que

el pasado. Podía conseguir lo que se propusiera.

Excepto a Tony Romano. Despacio, abrió los ojos y lo miró. Él no estaba mirándola. Desde que llegaron al hotel, sólo habían estado un momento a solas. Tony había aprovechado para asegurarse de que ella estaba bien y había insistido en curarle el arañazo que se había hecho en el codo.

Ella estaba bien. Era a él a quien habían disparado. Justo en el momento en que la escena volvía a su cabeza, Tony la miró a los ojos. Durante un segundo, vio una mezcla de furia y confusión en su mirada, pero enseguida, enmascaró sus sentimientos con una cálida sonrisa que hizo que sus temores se disiparan.

Fue en ese instante cuando ella tomó la decisión. En cuanto estuviera un momento a solas con él, le diría lo que había ido a hacer allí. Así, cuando su padre llegara al día siguiente. Tony sabría a qué se enfrentaba. Independientemente de cuáles fueran las consecuencias sobre su carrera profesional en McNeil Enterprises, no podía continuar engañando a Tony ni a su familia.

—¿Qué te parece? —Alistair le mostró el dibujo a Lily.

Lily lo observó durante un minuto. El cabello y el mentón estaban bien, pero había algo que no coincidía.

—Creo que tenía la nariz más grande. Sólo lo he visto un momento. Siento no poder ser más precisa.

—Lo estás haciendo muy bien —A.J. le dio una palmada en la mano—. Si alguien hubiera disparado a Sam, no creo que yo pudiera recordar nada.

—Somos listos —dijo Grace—. Vamos a averiguar lo que ocurre. Sólo tenemos que poner todos los hechos sobre la mesa.

—¡Muy bien! Oigo hablar a una futura abogada —dijo A.J. —. ¿Qué es lo que sabemos hasta el momento?

Dame Vera dejó el vaso de jerez que estaba bebiendo.

—La bola me está fallando esta noche. Hay un engaño tras otro. Lo único que veo claro es que todo empezó con los idus de marzo.

Grace agarró un cuaderno y escribió: *quince de marzo*. Lily sintió un nudo en el estómago. Su cumpleaños. ¿Su culpa?

—Vera, necesitan algo más concreto que eso —dijo Alistair.

—En las películas de *Thin Man*, William Powell tampoco prestaba mucha atención a Myrna Loy. Pero ella solía tener razón.

A.J. miró a su marido, Sam.

—¿Por qué no nos lo contáis todo? Lleváis mucho tiempo hablando entre vosotros. ¿Qué sabéis que no nos hayáis contado?

Sam sonrió y se encogió de hombros antes de mirar a sus hermanos.

—¿Qué puedo decir? Es una buena abogada. Sabe leer las expresiones de la gente.

Drew miró a Lily.

—Para empezar, Tony ha recibido dos ofertas de compra del hotel, una de McNeil Enterprises y otra de Fortescue Investments.

—Y he rechazado ambas —dijo Tony.

—Y la fuga de la tubería de la otra noche no fue culpa de que las tuberías estén podridas —dijo Drew—. Murphy dice que las cortó alguien experto.

Durante un segundo, se hizo silencio en la habitación y Lily sintió un nudo en el estómago.

—¿Estás diciendo que fue un sabotaje? —pregunto Grace.

—¿Sabotaje? —repitió Lucy—. ¿Pero por qué?

Entonces, todos empezaron a hablar a la vez. Concentrándose, Lily consiguió escuchar que Alistair y Vera le habían entregado un dibujo a Drew del posible saboteador y que lo habían identificado.

—Sabremos más cuando lo interrogué —dijo Drew—, pero nos está llevando mucho tiempo encontrarlo. La matrícula del coche del que disparó también nos llevará tiempo porque sólo tenemos parte.

—¿Por qué iban a querer matar a Tony? —preguntó Lucy.

—Porque quieren el hotel y Tony se ha negado a venderlo —dijo Drew sin dejar de mirar a Lily—. Con Tony fuera de juego, ¿quién iba a regentar este lugar?

—Estoy seguro de que Lucy podría seguir mis pasos —dijo Tony—. Y de que todos la ayudaríais.

—Suponemos que Tony era el objetivo —dijo Grace—. Pero Lily

también estaba en esa esquina.

El teléfono de Tony sonó en el momento en que A.J le decía a Grace.

—Vas a ser una abogada estupenda. Debería haber pensado en eso. Creo que el embarazo me está destruyendo algunas neuronas.

—¿Quién iba a querer dispararme? —preguntó Lily—. Nadie sabe que estoy aquí, excepto mi familia. Ellos no me harían daño —«¿pero querrían hacérselo a Tony?».

Entonces recordó las palabras de J.R. «Este asunto es crucial». Se estremeció. No. Era ridículo pensar que algún miembro de su familia estaría dispuesto a herir a Tony.

Grace le dio una palmadita en la mano.

—Tony está hablando con mi hermano Nick. Antes de trabajar como abogado, era el mejor detective privado de Nueva York.

—Ahora, Sam es el mejor —dijo A.J—. Y Nick es un abogado estupendo en Boston. Te aseguro que descubrirán lo que ocurre.

«Tranquila», se dijo Lily. Su familia no iba a herir a nadie sólo para conseguir un hotel. Era ridículo.

Cuando Sam le pidió el teléfono, Tony se lo pasó. Nick y Sam eran expertos en seguridad. Él estaba seguro de que entre los dos y Drew, aumentarían la seguridad de alrededor del hotel. Nick había insistido en que Sam encontrara un guardaespaldas para Tony, y él no estaba dispuesto a discutir. Estaba seguro de que podría escapar un rato de él si lo necesitaba. Lo importante era asegurarse de que su familia estuviera segura. Y de que Lily estuviera segura.

Lo que Grace había dicho ya se le había ocurrido a él. Lily podía ser el objetivo. No conseguía olvidarse de que, durante un instante, cuando ella se lanzó contra él en la acera, había pensado que el disparo la había alcanzado.

Se concentró en tratar de olvidar la imagen. Tenía que concentrarse. ¿Quién y por qué? Hasta que no encontrara la respuesta a esas preguntas, nadie estaría a salvo.

Observó que, aunque Drew y Sam todavía mantenían las distancias, su tía, sus primas y su cuñada estaban reunidas alrededor de Lily. Ella le había salvado la vida. Pero le daba la sensación de que les caía bien de verdad. Y Lily encajaba entre ellas.

Lily McNeil era la mujer perfecta para él. Si Drew no hubiera escogido ese momento para hacerle una pregunta, quizá lo hubiera gritado. Su padre siempre le había dicho que algún día encontraría a la mujer adecuada, pero que la tarea de convencerla de ello no sería sencilla.

En ese momento, Lily lo miró a los ojos. Despacio, el deseo se apoderó de él, y con él llegó el dolor, cálido, y maravilloso. Él la deseaba más que nunca. Quizá hubiera ido para quitarle el hotel. Ya se ocuparía de solucionarlo. De algún modo. Lo único que sabía era que Lily McNeil era la mujer adecuada para él.

Le dio la sensación de oír la risa de su padre retumbando en la habitación.

Cada vez que la miraba a los ojos, Lily se sentía fuertemente atraída por él. A cada momento, la sensación era más fuerte. Y cada vez tenía menos voluntad de resistirse.

A.J. sacó un cuaderno del bolso.

—Suponiendo que Lily fuera el objetivo, hagamos una lista de sospechosos. ¿Quién sabe que estás aquí?

—Mi familia y algunas personas de la oficina, como la secretaria de mi padre. Alguien de su despacho llamó para cancelar mi reserva porque creían que estaba atrapada en Tahití.

—¿Qué hay del hombre rubio y alto con aspecto vikingo que te besó la mano esta mañana en el recibidor? —preguntó Dame Vera.

—Creo que su llegada es pura coincidencia —dijo Lily.

—Ha estado haciendo muchas preguntas sobre el hotel. Alistair y yo hemos oído cómo le preguntaba a Lucy dónde iba Tony cuando salí contigo a correr.

Lucy estuvo a punto de dejar caer el plato que tenía en la mano.

—Y yo se lo dije. Le dije que Tony iba a correr al parque —sintiéndose culpable, se dirigió a Tony—. Quería concertar una cita para hablar contigo. No lo pensé.

Tony se acercó a Lucy y la abrazó.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Creo que nos estamos volviendo un poco paranoicos. No sabemos seguro si el hombre del coche disparó a Lily o a mí.

—¿Es este hombre? —preguntó Alistair, y le mostró el dibujo a Lily.

Lily se quedó asombrada.

—Es él. Definitivamente es él.

—Bueno, no es el hombre que cortó las tuberías —comentó Alistair.

—No se parece en nada a un vikingo —dijo Dame Vera.

«No, no era Giles», pensó Lily. Pero mientras los Romano se acercaban a ver el dibujo de Alistair, ella comenzó a barajar las posibilidades. Giles Fortescue había hecho una oferta para comprar Henry's Place, y él sabía que ella estaba en el hotel. ¿Tendría un espía en McNeil Enterprises? No podía imaginarse a su padre ni a su madrastra dándole esa información. Y J.R. no estaba contento de que Giles estuviera registrado en el hotel.

No podía pensar que Giles estuviera implicado en el tiroteo, ¿verdad?

Pero él sabía que Tony y ella habían salido a correr.

—¿A alguien lo reconoce? —preguntó Drew en general, pero una vez más no apartó la vista de Lily.

—No —dijo ella.

—¿Quién es el vikingo? —preguntó Sam.

—Giles Fortescue, mi ex novio —dijo Lily.

—Bueno, ése es un pequeño detalle que no conocíamos —dijo Drew— ¿Cuándo ibas a contarnos que había un novio celoso para añadir a la mezcla?

—Ex novio —dijo Tony—. Yo lo sabía. Así que, si estás molesto descárgate conmigo.

—Ella te está cegando. ¿No te das cuenta...?

—Hablemos fuera, hermano —dijo Tony en voz baja.

Durante un instante, el silencio se apoderó de la habitación. Enseguida, Sam agarró el ordenador bajo el brazo y se acercó a Drew. Después, los tres hermanos salieron de la habitación.

Tony se dirigió hacia la pista de baloncesto que había en la azotea. Normalmente, sólo tardaba unos minutos en tranquilizarse, pero cuando se volvió para mirar a sus hermanos, todavía tenía los puños y los dientes apretados. Incluso podía haber lanzado el primer puñetazo. Respiró hondo.

—¿Qué diablos os pasa? Lily me ha salvado la vida esta tarde. Creáis lo que creáis, ella no está implicada en esto.

Drew lo miró con furia.

—Está metida hasta el cuello.

Sam colocó la mano sobre el brazo de Drew.

—Hasta que no lo vea no lo creerá.

—¿Ver el qué? —preguntó Tony.

Sam se acercó a una mesa de picnic y abrió el ordenador.

—He tenido hombres trabajando en esto desde que me contaste que te habían hecho ofertas para comprar el hotel. He investigado sobre McNeil Enterprises, de manera mucho más extensa de la que investigué sobre Lily. Mira lo que he encontrado. Es una lista de todas las empresas subsidiarias de McNeil Enterprises y sus propiedades —explicó Sam—. Presta atención a Langford Properties. Es una empresa que se formó hace dos años. Está presidida por Pamela Langford-McNeil, y se ha convertido en el sector inmobiliario de la empresa en Nueva York. Hasta el momento, se han centrado en una zona de la ciudad.

Tony tardó unos minutos en verlo. A medida que iba leyendo las direcciones, empezó a comprenderlo. Langford Properties poseía todo el bloque donde se encontraba Henry's Place.

—Cuando McNeil se puso en contacto contigo la primera vez, ¿qué te dijo? —preguntó Drew.

—Dijo que estaba interesado en adquirir algunos hoteles pequeños de Manhattan y que pensaba invertir para renovarlos de forma que recuperaran su encanto particular. No mencionó que ya había comprado todo el bloque.

—¿Y Fortescue? —preguntó Sam.

—Llamó una semana después de McNeil diciendo que superaría cualquier oferta que me hiciera McNeil. Le dije que Henry's Place no estaba a la venta.

—Pero, cuando llamó la rubia, aceptaste que se quedara en la habitación de papá —dijo Drew.

—Drew —intervino Sam—. Hemos salido aquí para hablar. No vamos a

llegar a ningún sitio si empezamos a lanzar puñetazos.

—De acuerdo. De acuerdo, lo siento. Por ahora.

Sam se volvió hacia Tony.

—¿Por qué aceptaste ver a Lily?

Por su voz. Era la verdad, pero no podía contárselo a sus hermanos. Si él no la conociera y no confiara en ella, seguramente sentiría lo mismo que ellos. Así que metió las manos en los bolsillos y les contó parte de la verdad.

—Me dijo que dirigía una nueva sección de McNeil Enterprises. Puesto que mi decisión de no vender era firme, se preguntaba si estaría interesado en un servicio de consultoría.

Drew hizo un sonido y Sam lo fulminó con la mirada.

—Ofreció echar un vistazo al hotel y diseñar un plan a cinco años para renovarlo.

—Gratis —dijo Sam.

—Eso es. Pero primero quería presentarme un crédito con el que podría financiar la reforma. Imaginé que el crédito estaría estructurado de manera que no podría terminar de pagarlo a tiempo, y que por tanto ellos ejecutarían.

—Imaginaste bien —dijo Sam, y miró a Drew con una sonrisa—. Lo ves no está perdidamente enamorado.

—Sí —gruñó Drew.

—El asunto del crédito quizá explique el sabotaje —continuó Sam—. Una reparación como esa igualaría al dinero que tendrías que pedir prestado.

—¿Imaginaste que te estaban embaucando y aun así accediste a verla?

Tony se encogió de hombros.

—Voy a tener que hacer reformas, Le había pedido a Sam que investigara el pasado de Lily y sólo me dijo que en el pasado había trabajado en hoteles pequeños de servicio individualizado. Como dije antes, imaginé que podría aprovecharme de eso Sin daños.

Sam cerró el ordenador.

—No hago más que decirle a Drew que no te has vuelto idiota del todo. La cosa es que todo eso del crédito podría explicar el daño que han hecho a las tuberías. Pero los créditos y las ejecuciones llevan su tiempo.

—Pero, si me matan, al menos habría una posibilidad de que Henry's Place saliera al mercado —dijo Tony.

—Bingo —dijo Sam.

Drew frunció el ceño.

—Y ella sabía que hoy ibas a estar en el parque con ella. Lo de la consultoría pudo ser una trampa para acercarse a ti y tenderte una trampa.

Tony dio un paso hacia Drew antes de que su hermano le mostrara las palmas como rindiéndose.

—Esto no va a funcionar a menos que pensemos en todas las posibilidades.

Como Tony sentía ganas de darle un puñetazo a Drew se agachó para recoger una pelota de baloncesto que siempre estaba junto a la cancha y comenzó a botarla.

—Lily no me ha tendido una trampa. Y Grace ha hecho una observación estupenda. A lo mejor trataban de disparar a Lily. Eso me ha hecho pensar. Ni siquiera se suponía que tenía que estar aquí. Algo sucedió con el avión de la empresa McNeil, y se suponía que estaba atrapada en Tahití. Alguien llamó para cancelar su reserva y la cita que tenía conmigo. Quizá se suponía que Lily no tenía ni que llegar —le lanzó la pelota a Sam—. ¿Puedes averiguar qué pasó con el avión?

—Puedo intentarlo.

—De paso, investiga sobre Foitescue. Hace dos años, Lily rompió su compromiso y estropeó el plan de fusión entre Foitescue y McNeil. Quizá é tenga más de un motivo para asegurarse de que ella no me engañe.

—¿Y estás seguro de que no es eso lo que está haciendo? —le preguntó Drew mientras agarró el balón que le lanzó Sam.

—Ella no conseguirá nada que yo no quiera —dijo Tony con una sonrisa.

Y confió en que fuera verdad.

En el momento en que los tres hombres de la familia Romano salieron de la habitación, Lucy corrió hasta la ventana.

—Apuesto cinco dólares a que Tony dará el primer puñetazo.

—Yo apuesto por Drew —dijo Grace—. Tiene que suavizar su carácter.

A.J. se volvió hacia Lily.

—Nadie apuesta nunca por mi hombre. Pero no es que sea un cobarde. Grace se rió.

—Es el pequeño. Tuvo que aprender a ser más listo y huidizo.

—No debería permitir que se pelearan. Ha sido culpa mía —dijo Lily tratando de levantarse.

Grace y A.J. la agarraron de los brazos.

—No. Ya lo arreglarán.

—¿Hacen esto a menudo?

Gina asintió.

—Es peor cuando Nick está por aquí. Son cosas de la testosterona.

—Pero esto... esto es culpa mía —dijo Lily.

—No —dijo Gina—. Están preocupados por su hermano, y Tony está preocupado por ti. Se sentirán mucho mejor después de haberse desahogado un poco.

—La crisis ha terminado —dijo Lucy desde la ventana—. Se acabaron las apuestas. Han decidido limar sus diferencias en la cancha de baloncesto. Creo que ahora ya podemos salir.

—Sam va a ganar —dijo A.J.

—Apuesto por Tony —dijo Grace.

—Y yo por Drew —dijo Lucy.

Lily se sorprendió al ver que las mujeres se disponían a salir. Las siguió hasta la puerta y vio las rosas que Tony había dejado fuera de la habitación horas antes. Entonces, recordó la invitación que le había hecho Giles. Miró el reloj y vio que tenía treinta minutos para encontrarse con él en el Waldorf-Astoria. Si Giles estaba detrás del sabotaje y del disparo, ella no tendría mejor oportunidad para preguntárselo.

—¿No vienes a ver el partido con nosotras? —preguntó Dame Vera.

Lily se volvió al oír la voz de Dame Vera.

—Tengo que ocuparme de un asunto. Estaré con vosotras dentro de un rato.

Vera le acarició la mejilla.

—Estás preocupada de que tu familia tenga algo que ver con todo esto.

—No. Temo haber sido yo la que ha traído los problemas a esta casa. Mi cumpleaños es el día de los idus de marzo.

—Ten mucho cuidado, cariño. Cerciórate de que te ves con él en un lugar público.

Lily notó que se le ponía la piel de gallina cuando Dame Vera salió por la puerta. ¿Sería cierto que aquella mujer podía leer la mente?

Cuando Sam se colocó en la línea de falta. Tony se secó el sudor de los ojos y respiró hondo. Había hecho falta a su hermano a propósito, para poder tomar un poco de oxígeno. El problema que tenía jugar al baloncesto para ventilar la rabia y la frustración era que los diez primeros minutos eran brutales. Y durante ese tiempo, no se había dado cuenta de que Lily no estaba con el resto de las mujeres viendo el partido.

Trató de contener el pánico. Estaba exagerando. Lily estaba en la habitación del ático, donde nadie podía hacerle nada. Y él no podía dejar el partido porque sus hermanos lo estaban acorralando.

Sam y Drew también parecían agotados.

Miró el reloj y se dio cuenta de que Lily llevaba casi media hora allí dentro. ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría más herida de lo que decía? Se habían dado un golpe fuerte al tirarse al suelo para evitar el disparo.

Sam lanzó el balón con una mano y encestó. Drew agarró el balón al caer, pero Tony se lo quitó con un movimiento y encestó de nuevo.

—Tiempo —gritó a sus hermanos.

—Gallina —dijo Sam.

Tony sonrió, pero no dejó de mirar hacia la habitación.

—Alguien tenía que decirlo. Creo que tengo una costilla rota.

—Buen partido —A.J. fue la primera en acercarse.

Por la forma en que Gina, Grace y Lucy estaban felicitando a Drew Tony supo quién había ganado.

—Quiero revisar los tantos —les gritó.

—No estabas centrado en el juego —dijo Sam—. La próxima vez tendremos que ir contra él o estará insoportable.

—Trato hecho —Tony se dirigió hacia el ático.

Lo más probable era que Lily estuviera trabajando en la presentación. Él no le había dejado tiempo para prepararla. Aceleró el paso.

Dame Vera lo interceptó.

—Se ha ido.

—¿Adonde? —preguntó con nerviosismo.

—A ver al vikingo.

Tony blasfemó mientras se dirigía al ático. Por supuesto, Lily había ido a ver a Giles Fortescue. Él había visto la nota, y las flores. Debería haber sabido que iría al Waldorf-Asteria.

El problema era que desde que oyó la voz de Lily McNeil por teléfono no podía pensar con claridad.

Lily subió por las escaleras que llevaban hasta la cafetería del Waldorf-Asteria. Cuando vio a Giles, se percató de que estaba tan imponente como siempre. Había un jarrón con rosas sobre la mesa. Él las habría pedido especialmente. También había velas y una botella de champán en un cubo con hielo. A su lado, una caja de bombones.

La escena era tan típica de Giles, que ella estuvo a punto de sonreír. Él siempre le regalaba flores y bombones. Sospechaba que era lo que les regalaba a todas las mujeres con las que salía.

Aquella tarde había ido allí con una misión. Tenía que averiguar el motivo por el que Fortescue Investments y McNeil Enterprises estaban tan interesados en comprar Henry's Place. Quizá, hubiera algún motivo por el que mereciera la pena eliminar a Tony Romano. La idea la hizo estremecer. Tendría que olvidar el miedo por unos momentos. Tenía que centrarse en obtener información. Giles a lo mejor sabía por qué su padre estaba tan interesado en comprar el hotel.

Cuando se acercó a la mesa, Giles se levantó para saludarla. Ella habría jurado que la sonrisa de su rostro era sincera.

—No estaba seguro de si vendrías —le dijo, mientras la ayudó a sentarse.

—Te tomaste muchas molestias para no estar seguro de que iba a venir.

—Siempre hay esperanzas.

—Imagino que no te habría costado mucho encontrar una sustituta —dijo ella, mirando a las mujeres de alrededor.

—¡Uy! —él sirvió dos copas de champán—. Has cambiado. Esta mañana me di cuenta de los cambios superficiales, pero ahora puedo ver los profundos. Ya no eres la mujer ingenua con la que salí hace dos años. Esta vez no voy recuperarte, ¿verdad?

Ella soltó una carcajada.

—No quieres recuperarme. No pegamos nada.

—Supongo que no. Pero un hombre puede arrepentirse.

Ella lo miró a los ojos.

—Entonces, si no ha sido mi encanto lo que te ha hecho venir, ¿por qué has venido? —preguntó Giles.

—Perdone, señor.

Lily levantó la vista y vio que una camarera esperaba con una nota en una bandeja.

—Una de las mujeres que están en la barra me pidió que le entregara esto.

—Gracias —Giles leyó la nota y la guardó en su bolsillo.

Sonriendo, Lily negó con la cabeza. Giles Fortescue era un mujeriego ¿Pero un saboteador o un asesino? Se inclinó hacia delante y le dijo:

—Trataré de ser breve. Una pregunta antes de empezar. ¿Por qué me has pedido que viniera?

Él bebió un sorbo de champán.

—Una de las cosas que siempre me gustó de ti es tu inteligencia.

—Eso no es una respuesta.

—Pensaba contarte mi agenda oculta cuando hubiéramos bebido al menos media botella de champán.

—Ahora es buen momento. El amor de tu vida puede estar esperándote en la barra.

Él se rió, le agarró la mano y se la llevó a los labios.

—De veras, me arrepiento. Más a cada minuto que pasa. Y esta mañana te dije la verdad en el recibidor. He venido a verte. Me enteré de que estarías en Henry's Place por motivos de trabajo y decidí venir a reunirme contigo.

—¿Cómo te enteraste?

—Llamé a la oficina y hablé con Pamela. Me dijo que podría encontrarte aquí. Nunca le gustó que rompieras el compromiso.

Lily asintió y recordó lo furiosa que se había puesto su madrastra. El control siempre había sido el fuerte de Pamela Langford-McNeil, pero estuvo a punto de perderlo cuando se enteró de que no se celebraría la boda.

—No me creo que hayas atravesado el país sólo para ver si podías recuperarme. ¿Qué otro motivo tienes?

—De acuerdo —levantó las palmas de las manos—. Pero esta no es la forma en que iba a hacerlo. Así que tienes que prometerme que no me darás una respuesta esta noche. ¿Te tomarás unos días para pensártelo?

—De acuerdo.

—Quiero que dejes de trabajar para McNeil Enterprises. Te ofrezco el puesto de vicepresidenta en Fortescue Investments.

Durante un momento, Lily no fue capaz de decir palabra.

—Deberías haber visto la cara que has puesto. Pareces impresionada —dijo Giles—. Por ese motivo, deberías aceptar mi oferta.

—¿Por qué quieres que trabaje en Fortescue?

—Porque eres buena. He visto lo que hiciste cuando trabajaste para Marchmount Hotel. Tu padre debería haberte ofrecido la vicepresidencia en cuanto regresaste a su empresa. En McNeil no te valoran lo suficiente.

Giles parecía sincero, pero ella sabía que no le estaba contando toda la verdad.

—¿Estás buscando otra manera para poder proponerle la fusión a mi padre?

—Quizá. Pero eso no tiene que preocuparte. La oferta es real, y podrás contratar abogados para que te ayuden a escribir el contrato de forma que la fusión no afecte al puesto en la nueva empresa —se encogió de hombros—. Y si algún día quieres regresar a McNeil, unos años como vicepresidenta en Fortescue harán que les parezcas muy atractiva.

—Lo pensaré.

—Bien —rellenó las copas—. Ahora te toca a ti. ¿Por qué has venido a verme?

—Tengo algunas preguntas, y creo que tú puedes saber algunas respuestas.

—Pregunta.

—¿A Fortescue Investments le interesa comprar Henry's Place?

—¿Por qué crees tal cosa?

—Porque sé que le hiciste una oferta a Tony y has estado haciendo preguntas al personal del hotel.

—De acuerdo. Admito que tenía otros motivos para venir. Fortescue está interesado en comprar una serie de hoteles pequeños en la ciudad de Nueva York, y Henry's Place está en la cabeza de la lista —la miró a los ojos—. Pero la oferta de trabajo es de verdad. Quiero que trabajes en Fortescue.

—¿Por qué te parece tan atractivo Henry's Place?

—Por tres motivos. Localización, localización y localización. Está cerca de la zona de los teatros, de Central Park, y a quince manzanas de la zona de compras. Además, Fortescue y McNeil son viejos rivales. A menudo vamos tras la misma propiedad.

Eso tenía sentido, pero una vez más, Lily estaba convencida de que no le contaba toda la verdad.

—Hay alguien que tiene mucho interés en conseguir el hotel. Tanto como para cortar las tuberías anoche e intentar matar a Tony hoy. No sabes nada de eso, ¿verdad?

—¿Alguien le ha disparado?

Lily se disponía a contestar cuando la camarera regresó con otra nota en

la bandeja. Observó a Giles mientras leía la nota y sacaba un bolígrafo. Se fijó en sus manos y en sus gestos calculadores, igual que su manera de hacer el amor. Pensó en Tony, en sus manos fuertes y en sus gestos espontáneos y naturales. Como su manera de hacer el amor. Giles había tardado tres meses en llevarla a la cama. Tony ni siquiera había esperado a que se presentaran.

Al pensar en ello, no pudo evitar sonrojarse y esbozar una sonrisa. De pronto, recordó lo que había ido a hacer allí... Sacarle información a Giles.

Mientras Giles continuaba escribiendo a su admiradora, Lily miró por la ventana. ¿De veras esperaba que él admitiera que había contratado a alguien para que disparara a Tony? ¿De veras creía que el hombre que tenía delante podría hacer algo así? ¿O sólo quería creerlo porque, si Giles no estaba tras el sabotaje y el disparo, las sospechas recaerían sobre su familia?

Su instinto le decía que Giles no era capaz de cometer un asesinato.

En la calle, un taxi se detuvo junto a la acera y el coche que tenía detrás tuvo que frenar bruscamente. Ella se preguntó si algún día se acostumbraría al tráfico de Nueva York.

¿Pero de dónde había sacado esa fantasía? Las oficinas centrales de McNeil Enterprises estaban en San Francisco. No podía pensar en mudarse a vivir a Nueva York. Fuera lo que fuera lo que tenía con Tony Romano, no sólo era espontáneo, sino temporal. La aventura terminaría cuando ella le contara la verdad acerca de por qué había ido a Henry's Place. Y pensaba hacerlo en cuanto regresara al hotel.

Vio que un hombre se bajaba del taxi. Tony. Lo reconoció antes de que él mirara hacia arriba. El miedo se apoderó de ella y miles de preguntas se agolparon en su cabeza. ¿Cómo sabía que ella estaba allí? Había salido por la puerta trasera del hotel y caminado tres manzanas antes de tomar un taxi.

Dame Vera. ¿Se lo había dicho ella a Tony?

A menos que Giles se lo hubiera contado. ¿Sería todo una trampa para que Tony apareciera allí?

Capítulo 8

—Eh, tío, me debes siete con cincuenta.

Tony se volvió y le entregó un billete de cincuenta dólares al taxista.

—Quiero que doble la esquina y me espere en un lado de la calle.

El miedo se había apoderado de él. Normalmente era capaz de tener un enfoque racional acerca de las cosas. Pero no había nada de racional en lo que sentía por Lily. A pesar de que Sam le había asegurado que había seguido a Lily. A pesar de todo, Tony no había sido capaz de convencerse de que ella estaba a salvo. Entró en el hotel casi corriendo y subió los escalones hasta la cafetería de dos en dos.

Cuando Tony la vio, el miedo que sentía fue sustituido por otros sentimientos.

Lily estaba de pie apoyada sobre la mesa hablando con Giles Fortescue. Se fijó en su vestido. Era negro y cubría una parte pequeña de su cuerpo. Lo primero que pensó era que se lo había puesto especialmente para ir a ver a Giles. Estaba celoso. Pero también sentía deseo. Y rabia. Estaba furioso consigo mismo. ¿Cómo diablos se había metido en una situación en la que una mujer podía tener tanto poder sobre él?

Deseaba agarrarla y sacarla de allí. Y darle un puñetazo a Giles Fortescue. Respiró hondo y aminó el paso. Aquella mujer lo estaba volviendo loco. Se detuvo a poca distancia de la mesa y observó la escena.

Lily golpeó la mesa con la mano y acercó el rostro al de Giles.

—Sólo voy a decírtelo una vez. Si le sucede algo a Tony Romano y descubro que eres el responsable, me ocuparé personalmente de que pagues por ello.

—Lily, te lo aseguro —Giles levantó ambas manos—, no soy un hombre violento. Ya lo sabes.

—Lo que sé es que hay alguien desesperado por conseguir Henry's Place y tú estás en la lista de sospechosos. Esta reunión ha sido una farsa para sacar a Tony del hotel. No debí haber venido.

—Estás siendo irracional.

—Mientras esté siendo muy clara —le dijo, acercándose aún más.

—Sí. Clara como el agua. Pero no soy yo el que intenta herir a Tony Romano.

—Estás advertido —se volvió y agarró el brazo de Tony—. Vamos, salgamos de aquí.

Tony vio que Giles se ponía en pie y le tendía la mano.

—Señor Romano, soy Giles Fortes...

Lily tiró de Tony con tanta fuerza que él no pudo oír el resto del nombre.

—Me has dado un susto de muerte —dijo ella mientras bajaban por las escaleras—. Jamás habría salido del hotel si hubiera sabido que ibas a seguirme. No deberías haberlo hecho. ¿Cómo te enteraste de dónde estaba?

—Leí la tarjeta que iba con las flores —dijo él.

Ella lo miró antes de entrar en la puerta giratoria.

—¿Eso no es delito?

—No vi que tuviera sello postal.

En la calle, se detuvieron bajo el toldo del hotel.

—¿En qué estabas pensando? —le dio con el dedo en el pecho—. Alguien te disparó. No deberías haber salido del hotel. Cualquiera podría haberte seguido. Esto podría haber sido una trampa —señaló hacia la calle—. Podrían estar ahí, esperando a que...

El sonido de un claxon ahogó sus palabras. Con la luz del atardecer en el cabello y la furia en su mirada, estaba preciosa. Parecía un ángel que había ido para rescatarlo. La agarró, la atrajo hacia sí y la besó en los labios.

Era un error. Él lo sabía. Y aunque su intención era darle un beso corto, sólo para contenerse hasta que llegaran a un lugar seguro y privado, notó cómo comenzaba a perder el sentido de la realidad.

Y entonces, no pudo pensar nada más. Ella lo abrazó con fuerza, atrayéndolo contra su cuerpo para que tomara todo lo que deseaba. Y lo que él deseaba era explorar cada centímetro de su piel.

Lily. Tenía que acariciarla. Había pasado demasiado tiempo. La sujetó por las caderas y la acercó aún más. Sus cuerpos encajaban a la perfección. Su sabor era maravilloso, y reflejaba el deseo que ella sentía. Era el eco del

suyo propio, y él sabía que nunca conseguiría saciarlo.

A lo lejos, oyeron el chirriar de unas ruedas y el sonido de un claxon. Estaban en la esquina de una calle de Nueva York. En algún rincón de la mente, los ruidos de la ciudad se lo recordaron. Pero la tierra que tenía bajo los pies no era firme. Incluso podría haber jurado que el mundo estaba inclinado y que él se estaba cayendo...

Le asustaba lo que Lily le hacía sentir. Hizo un esfuerzo y se separó de ella. De algún modo, la había movido de forma que ella estaba contra la pared del edificio. No tenía ni idea de cómo habían llegado a estar así. Y lo peor, estaba convencido de que le temblaba el cuerpo.

En el momento en que la soltó, Lily volvió despacio a la realidad. Tenía la piel fría y ardiendo al mismo tiempo. Se presionó los labios con los dedos. Estaba tiritando. Y su corazón. Colocó la otra mano sobre él para asegurarse de que no se le saldría del cuerpo. Si no hubiese estado apoyada contra la pared, se habría caído.

Lo deseaba.

No sólo físicamente, sino a todo él. Al hombre que podía hacer que se le derritiera el cerebro con un solo beso o una mirada. Al hombre que permanecía a su lado para defenderla, aunque eso significara ir contra sus hermanos.

Lo terrible era que lo deseaba más de lo que deseaba la aprobación de su padre, más de lo que anhelaba un puesto en McNeil Enterprises, más que nada en el mundo.

Y no podría conseguirlo. En cuando él se enterara del verdadero motivo por el que había ido a Henry's Place, la odiaría.

Se oyó el ruido de un claxon y otros coches lo imitaron.

Tony blasfemó en voz baja.

Fue entonces cuando ella notó furia en su mirada. Pero sus besos no sabían a rabia.

—Vamos —dijo él, la agarró de la mano y la guió hasta la esquina—. He pagado al taxista para que nos espere en la esquina. Pensé que sería más seguro que parar a uno en la puerta del hotel.

—Estás enfadado —dijo ella, acelerando el paso.

—Conmigo —dijo él—. No estoy cuidando bien de ti. Debería haber

previsto que vendrías aquí. Él te envió flores y preparó un encuentro romántico. Cualquier mujer en su sano juicio se habría sentido halagada.

—¿Halagada? —se detuvo para mirarlo—. No pensarás que he venido aquí por eso.

—¿Por qué has venido? ¿Sigues enamorada de él?

—No. He venido para averiguar más acerca del hombre que nos disparó esta tarde.

—¿Creías que iba a contártelo todo?

—No. Pero quería ver su cara cuando se lo contara. También quería saber si él conocía por qué hay alguien tan desesperado por conseguir tu hotel como para deshacerse de ti.

—Sam y Nick están investigándolo.

—Bien. Pero Giles está en el negocio. Pensé que a lo mejor sabía algo.

—¿Y? —doblaron la esquina.

—Puede ser. Es muy inteligente. Y no puedo decir que sé interpretar muy bien sus expresiones. Pero me ha hecho una oferta de trabajo —frunció el ceño—. Siempre ha habido rivalidad entre Fortescue Investments y McNeil Enterprises. Giles admite que eso ha influido en que te hiciera la oferta. También que quiere vengarse de McNeil Enterprises porque mi padre revocó la fusión hace dos años. Pero podría haber un tercer motivo. Si Giles creía que yo podía tener influencia sobre ti, es posible que quisiera que yo trabajara para Fortescue para poder hacerse con Henry's Place. Mi padre...

Lily se calló y se mordió el labio inferior. Había estado a punto de decir que su padre estaba desesperado por conseguir Henry's Place. Ese sentimiento de culpa provocó que se le formara un nudo en el estómago.

¿Cómo esperaba que Tony comprendiera lo que sucedía si no le contaba toda la verdad?

—Tony, yo...

Él la agarró por los hombros y la miró a los ojos.

—También es posible que quiera vengarse de ti por haber roto el compromiso. A los hombres con tanto orgullo no les gusta que los abandonen. El disparo podría haber ido dirigido a ti igual que a mí.

Lily negó con la cabeza.

—Giles no es capaz de cometer un asesinato. Además, han pasado dos años.

—Ya sabes lo que dicen sobre la venganza. Es un plato que se disfruta más cuando se come frío. O quizá, por mucho que odie que darle la razón, puede que simplemente sea un hombre brillante —esperó a que lo mirara, y continuó—. Quizá se haya dado cuenta de lo útil que serías en Fortescue Investments. Si yo fuera él, ésa sería toda la motivación que necesitaría para contratarte y tratar que dejaras McNeil —la besó en la mano—. No te valoras lo suficiente —murmuró.

Lily sintió que la invadía la ternura, pero acompañada del sentimiento de culpabilidad. Él no conocía a la verdadera Lily. Había llegado el momento de que lo hiciera.

—Hay algo más que quiero contarte.

—Primero, entremos en el taxi —dijo él—. Creo que ya hemos tentado lo suficiente al destino.

Lily vio un taxi al otro lado de la calle. En cuanto el tráfico disminuyó, Tony la guió entre dos coches que estaban aparcados. Ella vio movimiento por el rabillo del ojo. En cuanto habían dado dos pasos hacia la calle, el coche de detrás arremetió contra ellos.

Se quedó paralizada por el miedo.

—Corre.

Lily no supo quién había gritado si él o ella. Tony la agarró del brazo y tiró de ella.

El coche se movía deprisa. Muy deprisa. El rugido del motor invadió sus oídos. El coche estaba demasiado cerca, el otro lado de la calle demasiado lejos. No tenían tiempo. Un coche aparcado les bloqueaba el paso. El coche azul casi los había alcanzado. Al volante, un hombre calvo con gafas de sol.

Tony la agarró por la cintura. Instantes más tarde, cayeron sobre el capó del coche aparcado. El cuerpo de Lily apenas tuvo tiempo de absorber el impacto antes de que el coche se chocara. Ruido de metal contra metal. De pronto, estaba rodando con Tony hacia la acera.

Tony se giró para absorber el impacto contra el cemento. Antes de sentir dolor, ya estaba de pie, sujetando a Lily a su lado. Justo a tiempo de

ver cómo el coche azul doblaba la esquina a toda velocidad. Los peatones se dispersaron, los coches tocaron el claxon. Si hubiese estado solo, habría salido corriendo tras el coche. Pero como estaba con Lily, se contentó con dejarle el trabajo al hombre que Sam había contratado para protegerlo. No quería dejar a Lily sola. No podía. La abrazó con fuerza. El sabor amargo del miedo todavía estaba alojado en su garganta.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras le acariciaba la nuca.

Ella asintió y lo abrazó con fuerza. Ninguno se movió. Habían estado demasiado cerca. La escena se repetía en la cabeza de Tony. El coche estaba a muy poca distancia cuando él agarró a Lily y saltó sobre el capó del coche. Un segundo más y...

Lily le acarició la espalda y él sintió cómo se disipaba la tensión de su cuerpo. Cada vez que ella lo abrazaba, le parecía más natural. Tendría que pensar sobre ello. Tan pronto como descubriera quién estaba intentando matarla. O a él. O a ambos.

—Vamos —dijo él sin soltarla—. Regresaremos a Henry's Place y nos quedaremos allí hasta que solucionemos esto.

—Buen plan —dijo Lily mientras se encaminaban al taxi que todavía los estaba esperando.

Lily se miró en el espejo del baño. Tenía el pelo empapado y sólo llevaba una toalla. Se parecía demasiado a la antigua Lily. ¿Le había servido de algo el trabajo duro de dos años y el seminario de siete días en Tahití?

El test personal que se lo demostraría estaba a punto de llegar. En cuanto se secara el pelo y se vistiera, iría al salón del ático y le contaría a Tony la verdad sobre por qué había ido a Henry's Place. Ya lo había pospuesto demasiado.

Pero primero quería asegurarse de que no volvía a ser la antigua Lily, aquella que salía huyendo cuando tenía problemas. Se sentía igual que cuando tenía diez años y salió del despacho de su padre con su risa reverberando en sus oídos. Igual que cuando le dijo a Giles que no se casaría con él. Incapaz de enfrentarse a la ira de su madrastra y a la decepción de su padre, entonces, también había salido huyendo.

Pensó que estaba a punto de repetir el mismo patrón. Cuando canceló la boda, arruinó todo por lo que su padre y McNeil Enterprises habían

trabajado durante dos años. Lo que iba a hacer al cabo de unos minutos estropearía todo lo que McNeil Enterprises anhelaba otra vez. Dudaba que Tony estuviera interesado en negociar con su padre después de que ella le dijera que le había mentado.

Se sentó en el inodoro y se cubrió la cara con las manos. Hacer el amor con Tony Romano le había hecho perder la cabeza. Desde ese momento, la meta que había estado visualizando había empezado a cambiar hasta que sólo podía pensar en Tony. Si no se hubiera metido en esa cama con él.

No. Se sentó recta y enderezó la espalda. No podía arrepentirse de lo que había compartido con Tony.

Pero él sí se arrepentiría. Miró la puerta del baño. Cuando tuviera valor para atravesarla, perdería todo lo que siempre había deseado, la aprobación de su padre, la oportunidad de ser vicepresidenta de McNeil Enterprises, y a Tony.

Y el gurú de Tahití le había hecho creer que era tan sencillo. Lily suspiró mientras se secaba el cabello y se ponía la ropa. Ya lo había retrasado bastante. Cuando regresaron al hotel, toda la familia se había reunido de nuevo en el ático. El hombre que Sam había contratado para que siguiera a Tony tenía la matrícula del coche azul y ésta coincidía con la del coche que les había disparado horas antes.

Tony insistía en que ella podía ser el objetivo, pero nadie lo creía. No tenía sentido. Sam y Nick intentaban pensar qué era lo que hacía que Henry's Place fuera un lugar tan deseado. Dame Vera estaba mirando la bola de cristal. Pero al final nadie llegó a ninguna conclusión de por qué alguien quería herir a Tony o a ambos.

Lo menos que ella podía hacer era aclarar parte de los engaños que claramente provocaban el desastre.

Abrió la puerta del baño, pero se detuvo al ver a Tony sentado en un lado de la cama. Se le secó la garganta y se le formó un nudo en el estómago.

—Hola —dijo él. Se bajó de la cama y le tendió la mano—. Tengo una sorpresa para ti.

Ella se humedeció los labios e ignoró su mano.

—No. Primero hay algo que quiero decirte.

—No te haré esperar —dijo él.

—Debería habértelo dicho antes —le dijo mirándolo a los ojos—. Te he mentado. No existe ninguna división de McNeil Enterprises que ofrezca servicios de consultoría para hoteles. Cuando rechazaste la oferta de compra que te hizo mi padre, me envió para que te espicara, para que descubriera alguna cosa que él pudiera utilizar para obligarte a vender.

—¿Y el plan que me contaste antes? ¿Eso también era mentira?

—No. El plan es de verdad. Pero McNeil Enterprises nunca tuvo intención de ofrecerte un plan financiero. Así que... esa parte era mentira.

Ya. Lo había dicho. Tony no había cambiado de expresión desde que ella empezó su discurso. Y el silencio se había adueñado de la habitación. ¿Por qué él no decía nada?

—¿Y? ¿No vas a decir nada? —le preguntó.

—Has necesitado mucho valor para decirme esto —dijo él.

Lily lo miró. Debería estar enfadado, pero no había muestra de ello en su voz ni en su mirada. Dio un paso hacia él.

—¿Qué te pasa? Acabo de decirte que he venido para engañarte y quitarte el hotel. No pareces enfadado. Ni siquiera sorprendido.

Tony le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Cuando llamaste, supuse que querías venir por algo así.

—No lo comprendo... Si lo sospechabas, ¿por qué accediste a verme?

Él sonrió.

—Por tu voz. La primera vez que la oí quise conocerte.

Lily dio un paso atrás. Creía que estaba riéndose de ella.

—Comprendo que quieras vengarte, y tienes todo el derecho a...

—Te estoy diciendo la verdad, Lily. No soy estúpido y mi padre me dijo una vez que nunca me fiara de McNeil Enterprises. Sospeché desde el principio que habías venido con un plan para conseguir que vendiera Henry's Place a tu empresa. Pero quería conocerte. Así de sencillo. Me dijo que yo tenía mi propio plan. Incluso le pedí a Sam que investigara tu pasado y me quedé impresionado con lo que hiciste cuando trabajaste para la cadena Marchmount en Italia y Francia. No tengo la educación ni tu visión acerca de los cambios que podría realizar en Henry's Place. Intenté

convencerme de que por eso te había invitado. Pero creo que fue por tu voz.

Lily deseaba creerlo. Deseaba creer que él no la odiaba. Pero...

—No me crees —murmuró él, y le acarició el cuello.

Ella quería acercarse para que la abrazara.

—Esto no está bien. Yo soy la causa de tus problemas. Mi cumpleaños es el quince de marzo. Yo...

Tony acercó la boca a la de ella.

—No deberías hacer eso —le dijo Lily.

—Probablemente no —le acarició el labio inferior con la lengua—. Pero oí tu voz el quince de marzo, cuando me llamaste, y te deseé. Te vi durmiendo en mi sofá, y te deseé. Te deseo ahora, y no puedo evitarlo.

—Iba a traicionarte —dijo ella, pero le acarició el cabello y lo besó en la boca.

—No lo hiciste. ¿Por qué?

—Porque te deseo —«te deseo más que a nada en el mundo», pensó.

—Yo también te deseo —murmuró y la subió a la cama.

Mucho más tarde, ella se levantó y se encontró sola en la cama. La luz de la luna entraba por la ventana. Tony se había marchado. Se bajó de la cama, se puso la ropa y salió al salón. Tampoco estaba allí.

«Por supuesto, se ha ido», pensó ella. Había admitido que su intención había sido traicionarlo a él y a su familia. Se asomó al salón del nivel inferior.

Tony había preparado una mesa para dos frente a la chimenea. Al ver las velas y el jarrón de flores, sintió un nudo en la garganta. Antes de que ella le contara el verdadero motivo por el que había ido allí, él le había dicho que tenía algo que mostrarle.

Conteniendo las lágrimas, se acercó a la mesa e inhaló el aroma de las flores. Romance. Se le ocurrió que era eso lo que él le quería mostrar.

Un fuerte arrepentimiento se apoderó de ella e hizo que diera un paso atrás. Eso era lo que había perdido. No le quedaba ninguna duda de que había perdido a Tony. Quizá él no pudiera contener el deseo que sentía por

ella, pero no se permitiría sentir nada más por ella. Simplemente, no sería capaz.

Se acercó a una mesa y agarró una foto enmarcada. Reconoció a A.J., e imaginó que la mujer que estaba junto a Nick era Tyler Sheridan, su esposa. La nieta de Isabelle Sheridan, la mujer para la que Henry Romano había construido aquella habitación. Miró a su alrededor. Era una lástima que fueran a perder el lugar que los había unido durante tanto tiempo.

Entonces, tuvo una idea. Tenía que recordar que podía conseguir lo que se propusiera.

Quería detener a la persona que estaba amenazando a Tony.

Quería asegurarse de que la familia Romano pudiera conservar Henry's Place.

Y quería a Tony Romano.

Una vocecita le advirtió en su cabeza que perseguir tres metas a la vez era demasiado. Ignorándola, sacó el teléfono móvil porque tenía claro cómo podría conseguir la número dos. Y si tenía suerte, las otras dos caerían como las piezas de dominó.

Tony paseó de un lado a otro del despacho. No había sido capaz de estar con Lily y no tocarla de nuevo. Ella necesitaba dormir y él necesitaba pensar. A veces, el pequeño despacho era el único lugar que le permitía conseguir la tranquilidad necesaria, un preciado lujo en un hotel donde la familia y los clientes demandaban constante atención.

Sobre el escritorio tenía un pequeño montón de tarjetas en las que había escrito cada detalle de lo que había sucedido desde la primera vez que J.R. McNeil contactó con él. Tenía que moverlas y colocarlas de diferentes maneras para ver qué se le ocurría. Nunca había tenido el talento de investigador que compartían sus hermanos y su primo Nick, pero a menudo trataba de buscar soluciones a los problemas del hotel empleando ese método.

Colocó las tarjetas de izquierda a derecha: McNeil Enterprises compra la manzana donde se encuentra Henry's Place; problemas mecánicos en el avión de McNeil; cancelan la reserva de Lily; Dame Vera vaticina que la suerte de Tony Romano está cambiando; Dame Vera vaticina el desastre... la clave está en los idus de marzo; sabotean las tuberías; Jerry Langford

McNeil llega al hotel creyendo que Lily está en Tahití; Giles Fortescue llega al hotel diciendo que quiere Henry's Place por un asunto de rivalidad; un hombre dispara a Tony o a Lily desde un coche azul; el coche azul con el mismo conductor trata de atropellados.

Tony hizo una pausa y frunció el ceño al recordar que un coche azul estuvo a punto de chocar con él cuando regresaba de jugar al póquer con sus hermanos. ¿Y si no era un incidente aislado? Lo escribió en otra tarjeta y la colocó junto a las otras.

Reflexionó sobre la rivalidad entre McNeil y Fortescue y la advertencia que le había hecho su padre para que nunca se fiara de McNeil. Al cabo de un rato de observar las tarjetas, agarró otra y escribió: Lily regresa a McNeil Enterprises decidida a ganarse la aprobación de su padre y a ser vicepresidenta.

Tony frunció el ceño al leer lo que había escrito.

¿Había alguien que quería asegurarse de que Lily no consiguiera la vicepresidencia? Eso explicaría muchas de las cosas que aparecían en las tarjetas. Sacó otra y escribió: Tony besa a Lily en el recibidor del hotel mostrando a todo el mundo que es posible que ella tenga facilidad para conseguir Henry's Place.

¿Pero cómo encajaba el sabotaje de las tuberías? ¿Y el intento de atropello cuando regresaba de casa de Sam? A menos que esos incidentes no tuvieran relación alguna con lo sucedido. Pero él nunca había creído en las coincidencias. Recogió las tarjetas, las barajó, y las colocó de nuevo sobre la mesa.

Una hora más tarde, no había llegado a ninguna teoría sobre quién podía estar detrás de los ataques. Pero estaba casi seguro de que la amenaza iba dirigida a Lily. Tenía que hablar con una persona. Tras consultar su agenda, sacó el teléfono y marcó un número.

Lily observó los papeles que había colocado en fila sobre la cama. Cada uno contenía parte del plan que había ideado para que los Romano salvaran Henry's Place. No estaba bien del todo y no conseguía saber qué era lo que faltaba. Desde que era pequeña le ayudaba escribir todo y colocar la información en filas o columnas. Eso le permitía tener una imagen general del plan. Los créditos eran la parte más complicada, era mejor si no

provenían todos del mismo sitio. Levantó esa hoja y la cambió por la que ponía: gastos del primer año. Después de estudiar la nueva configuración de problemas y soluciones estaba más convencida que nunca de que faltaba algo. Tenía suficiente para presentarlo en la reunión que había organizado. Pero se habría sentido mejor si hubiese tenido la solución completa.

Cuando sonó el teléfono, agradeció la interrupción.

—¿Diga?

—Si quieres sobrevivir otras veinticuatro horas, sal de Henry's Place ahora mismo.

—¿Quién es? —preguntó ella.

Al no obtener respuesta, repitió la pregunta. Nadie contestó.

Después de colgar, Lily se quedó mirando el teléfono durante un momento. Por primera vez, la rabia superaba al miedo. Si creían que podían asustarla, se equivocaban.

Cuando el teléfono sonó de nuevo, Lily presionó el botón para cortar la llamada. No conseguirían asustarla.

Al momento, sonó el teléfono una vez más, pero se percató de que era el que estaba en la mesilla de noche.

—Diga —contestó.

—Te recogeré dentro de diez minutos —dijo A.J—. El avión de Tyle acaba de salir de Boston. Llegarán a JFK dentro de treinta minutos. ¿Tiene tu disfraz?

Lily miró a los pies de la cama.

—Lo único que tengo que hacer es ponérmelo.

Lucy le había llevado una chaqueta azul, Alistair unas gafas y Grace un bigote falso. Gina le había dado unos vaqueros y un sombrero de hombre. Disfrazada, Lily podría salir del hotel sin que nadie la reconociera.

—¿Estás preparada para la reunión? —le preguntó A.J.

—Todo lo preparada que puedo estar. ¿Y tú?

—Está todo arreglado. Pero hay un pequeño cambio de planes. Sam viene con nosotros. No me dejará ir si no me acompaña. Pero creo que en realidad tiene miedo de que Tony lo mate si te deja salir del hotel sin guardaespaldas. Está de acuerdo conmigo en que el mejor lugar para tener

una reunión familiar sin que Tony nos pueda interrumpir es en el avión de Tyler. Sam y yo te esperaremos en la salida de la cocina.

Lily miró las notas por última vez, pero no tuvo ninguna idea maravillosa. Tendría que irse con lo que tenía.

—Cuando pedí que me dejaras un disfraz, no esperaba que fuera un vestido —dijo Tony mirándose al espejo.

—Tranquilo —dijo Alistair—. Sólo tienes que ponértelo hasta que llegues a la limusina. Vera y yo te ayudaremos a recuperar tu identidad a tiempo de tu reunión con el señor McNeil.

Vera le colocó la peluca.

—Perfecto.

—Me parezco a Miss Marple despeinada —dijo Tony.

—Jane Marple iba siempre despeinada —dijo Dame Vera—. Ése era uno de los motivos por los que yo rechacé el papel. El otro era su vestimenta. Jane Marple no era famosa por su sentido de la moda.

Le recolocó la peluca.

—Ya estás. ¿Todo preparado, Alistair?

—Sí, querida —se acercó a ella y le tendió el brazo.170

—Un momento

Vera sacó un paquete de cigarrillos del bolso, tomó uno y lo colocó en una boquilla de plata. Después agarró el brazo de Alistair.

—Espero que no vayas a fumarte eso, querida.

—No seas tonto. Sólo es un accesorio. Si Myrna Loy estuviera viva, se moriría de envidia. Espero que el bar de la limusina esté lleno.

—Deberíais tener más fe en mí, querida. Le he pedido a Leroy que pusiera a enfriar el vodka y el vermut cuando llamé para pedirle que trajera el coche.

—Supongo que es igual de bueno que el champán.

—¿Nos vamos?

Tony los siguió fuera de la habitación. Lo único que les había pedido era un disfraz para poder pasar por delante de los hombres que Drew y Sam habían contratado como seguridad fuera del hotel. Pero Alistair y Vera

habían decidido acompañarlo.

—Necesitas un ayudante para quitarte el vestido —le explicó Alistair.

—Y así estarás más seguro —le aseguró Vera—. La limusina está blindada. Alistair se ocupó de ello después de que se produjeran aquellos asesinatos por motivos políticos en los sesenta.

Tony esperaba que el vehículo todavía andara. Tardaría menos de treinta minutos en llegar al hotel Plaza, donde se reuniría con J.R y Pamela McNeil.

Tyler Sheridan Romano era una de las mujeres más bellas que Lily había visto nunca. Además de precioso rostro, tenía cierto brillo interior que Lily sospechaba que provenía de la familia que la rodeaba en el pequeño despacho de su jet privado. Nick Romano estaba sentado con un bebé dormido en brazos y un niño de dos años a su lado. A.J. le había pedido que aterrizaran en JFK antes de dirigirse a Atlanta.

A.J. se puso en pie y miró, por encima del hombro de Tyler, las notas que había llevado Lily. Sam estaba sentado cerca de ellas.

—Este plan es maravilloso —dijo Tyler mirando a Lily—. Llevo tiempo tratando de convencer a Tony de que me deje pagar parte de la reforma, pero no me hace caso —se volvió hacia Sam y su marido—. Tal y como lo ha estructurado Lily, no estaríamos prestándole el dinero a Tony. Sin embargo cada miembro de la familia estaría invirtiendo en Henry's Place. A cambio, cada uno recibiría cierto número de acciones. Tony permanecería a cargo del hotel, pero tendría el dinero suficiente para hacer la reforma necesaria.

—Quizá lo acepte —dijo Nick—. Su padre le pidió que mantuviera el negocio. Mantener la promesa ha sido una cuestión de orgullo para él. Pero la familia es muy importante para Tony. Querrá asegurarse de que el hotel sale adelante.

—Y mira esto —dijo A.J., señalando el papel que Tyler tenía en la mano—. Lily propone que las inversiones del hotel se establezcan de forma que los beneficios vayan destinados a un fondo para nuestros hijos y los futuros Romano. Con esta cláusula, Tony no puede acusarnos de tirar el dinero a un pozo negro.

—Siempre ha sido muy cabezota —dijo Sam.

—Todos somos Romano. Somos una familia —dijo A.J. mirando a su marido.

—Así es —dijo Tyler mirando a Nick.

—No tengo nada que discutir —dijo Nick.

—Yo tampoco —dijo Sam—. Es Tony del que tenemos que preocuparnos.

Tyler miró a Lily.

—Cuando le explique el plan, no pensará que estamos haciendo una donación a una causa perdida. Incluso con las reformas que Lily ha diseñado, el hotel debería ser rentable en dos años.

—Sabía que me caía bien —dijo A.J.

—Sólo tengo una pregunta —dijo Tyler—. ¿Por qué haces esto?

—Porque no quiero que Tony, ni ninguno de vosotros, pierda Henry's Place. Sólo llevo aquí un par de días, pero me he dado cuenta de que el lugar es más que un hotel para vosotros. Es un hogar. Es donde os cuidáis los unos a los otros, donde obtenéis la fuerza de los demás —miró a Sam—. Lo he visto hoy, cuando todos fuisteis a la habitación del ático después de que nos dispararan.

—De acuerdo. Entonces, sólo tengo una sugerencia —dijo Tyler—. Todas las mujeres de los Romano han de tener la oportunidad de invertir. Grace y Lucy podrán hacerlo después, cuando tengan el dinero. Pero Gina debería ser invitada a hacerlo ahora.

Por primera vez desde que entró en el avión, Lily sonrió.

—Por supuesto. Sabía que faltaba algo pero no sabía qué era.

—Y tú también deberías invertir —dijo Tyler—. Por lo que Sam y A.J me han dicho, pronto serás una Romano.

Lily sintió que se le encogía el estómago.

—No. Tony no olvidará que vine aquí con la intención de quitarle el hotel. Sólo quiero asegurarme de que no lo pierda.

Tyler dejó los papeles.

—Bueno, la oferta está abierta. Puedes cambiar de opinión. Entretanto Nick y yo hemos investigado sobre por qué el padre de Tony le advirtió que no vendiera el hotel a McNeil.

—Por lo que sé, McNeil y Henry Romano no se conocían —dijo Nick—
No hay registros de ningún negocio común.

—Pero resulta que mi abuela tenía negocios y trato personal con J.R.
McNeil. Estuvo comprometida con él. Incluso habían fijado la fecha de
boda.

Lily miró a Tyler.

—No lo sabía.

—Debías de ser una niña. Yo lo era. El motivo por el que he descubierto
esta información es porque mi abuela guardó unos diarios que intento
organizar para escribir su biografía. Conoció a Henry un mes antes de la
boda, y entonces cambió de opinión.

—¿Dice por qué? —preguntó Lily.

—No lo deja muy claro —dijo Tyler sonriendo—. Mi abuela era una
mujer lista. Estoy segura de que guardó los diarios sabiendo que la
información se haría pública después de su muerte. Hay muchas cosas que
no explica.

—¿Cuándo era la fecha de la boda? —preguntó Lily.

—Eso sí lo escribió. Iban a casarse el quince de marzo.

—Los idus de marzo —murmuró Lily—. Dame Vera dijo que todo
comenzó el día de los idus de marzo.

Capítulo 9

Tony nunca había estado en una de las suites presidenciales del hotel Plaza y se quedó impresionado al entrar en la habitación. J.R. McNeil estaba sentado tras una mesa de caoba, y mientras el mayordomo lo guiaba hasta allí, Tony observó a la mujer que estaba de pie, a su izquierda. Era Pamela Langford-McNeil. Rondaba los cincuenta años y tenía la mirada fría de un tiburón.

—¿Le apetece un café, señor Romano? —preguntó Pamela.

—No gracias, me gustaría centrarme en los negocios.

—Jerry tiene que asistir a esta reunión —dijo Pamela—. Llegaré enseguida.

—Podemos ponerle al corriente más tarde, Pamela —dijo J.R. con impaciencia—. Es evidente que el señor Romano ha venido por algo urgente. De otro modo no habría solicitado vernos tan tarde.

Tony observó al hombre que tenía delante. Por lo que Sam le había contado, sabía que tenía sesenta y tantos años, que su primera esposa, la madre de Lily, había fallecido poco después de que ella naciera. Que se había casado con Pamela Langford cuando Lily tenía diez años. Sí daba el aspecto de un alto ejecutivo, pero no parecía el padre de Lily. Quizá porque la calidez que emanaba de su ser era simplemente una máscara.

—Me gustaría pedirle disculpas por la ineptitud de mi hija a la hora de representar a McNeil —dijo J.R.

Tony cerró los puños bajo la mesa.

—No es una inepta.

—Inexperta —dijo Pamela—. Estará mucho más cómodo tratando con Jerry. Tiene mucha...

—No trataré con Jerry —dijo Tony—. La única persona de McNeil Enterprises con la que voy a tratar es con Lily. Es más, en parte he convocado esta reunión para decirles que han viajado a Nueva York en vano.

—¿Y cuál es el otro motivo de esta reunión?

—No quiero que vaya a Henry's Place a menos que lo invitemos porque no quiero disgustar a Lily.

—Así que es eso —dijo J.R.

—Eso es.

—¿Eso es lo que ha venido a decir?

—No. Quiero saber cuál es el verdadero motivo por el que me ofrecí comprar Henry's Place el mes pasado.

—Ya se lo dije...

—No me dijo nada. Ha comprado toda la manzana donde se encuentra el hotel.

—No sé de qué está hablando —dijo J.R.

—No se moleste en mentir, Mi hermano y mi primo lo han investigado Giles Fortescue está dispuesto a entrar en guerra por el hotel. Y hay alguien que trata de dejarnos fuera de juego a mí o a Lily. En las últimas veinticuatro horas han tratado de dispararnos y de atropellarnos.

—Si me está acusando de...

—No. No estoy acusándolo. Quiero que sepa que este asunto ha puesto en riesgo la vida de su hija. Y se lo advierto, si es el responsable de los ataques, lo descubriré.

—Espere un minuto. Nunca haría nada para herir a mi hija. Y no me dedico a matar gente para comprar hoteles.

—¿Por qué me dijo mi padre que nunca le vendiera el hotel?

—¿Eso le dijo? —preguntó J.R. con sorpresa.

—¿Qué le hizo para que desconfiara tanto de usted?

—Nada. Su padre era el hombre en quien no se podía confiar. Me robó a la mujer con la que estaba a punto de casarme.

Tony se quedó sorprendido y miró a Pamela. Le dio la sensación de que ella también era la primera vez que oía aquello.

—¿Quién? —y de pronto, imaginó la respuesta—. Isabelle Sheridan ¿Va detrás de mí hotel por algo que sucedió hace tanto tiempo?

—No. Mi oferta de compra es puramente por negocios.

Había algo que J.R. no le estaba diciendo. Tony estaba seguro de ello

Pero ya no tenía tiempo ni municiones.

J.R. se levantó de la mesa y extendió la mano.

—Estoy deseando oír el informe de mi hija, señor Romano. Y no se preocupe, no visitaré el hotel sin invitación.

Lily cerró la puerta de la habitación del ático y se apoyó en ella. Todo estaba a oscuras y ella sabía que la habitación estaba vacía. Si Tony hubiera regresado mientras ella estaba fuera, habría llamado a Sam nada más descubrir que no estaba. Además, la habría estado esperando, preparado para echarle un sermón en cuanto entrara.

Apretó la mano contra su pecho y se dijo que debería sentirse aliviada. Si él hubiera estado esperándola, habría tenido un alto precio que pagar.

Se acercó a la mesa que Tony había preparado junto a la chimenea. Le echaba de menos. Sólo habían pasado unas horas desde que habían hecho el amor, y lo echaba de menos. Agarró el jarrón de flores e inhaló su aroma, preguntándose cómo echaría de menos a Tony Romano cuando saliera de su vida.

Al oír un ruido, se acercó a la ventana. Sabía que Sam tenía a un hombre en la azotea, pero hasta entonces no lo había oído. Vio una sombra a pocos metros de distancia y trató de ver quién era. Le pareció que llevaba una capa que le llegaba hasta los pies.

¿Sería Tony? Pero Tony no llevaba una capa. Ni caminaría con tanto cuidado por el patio. Lily agarró un candelabro de la mesa y se escondió tras la puerta de la habitación.

El pomo de la puerta comenzó a girar. Ella levantó el candelabro sobre la cabeza y esperó. Durante diez segundos, no ocurrió nada. Y las pocas esperanzas de que fuera Tony se desvanecieron. Tony habría entrado sin más.

El miedo se apoderó de su imaginación. ¿Sería el hombre que les había disparado? ¿Habría matado al hombre de seguridad que estaba en el tejado y estaba dispuesto a matar a Tony?

La puerta no se abría.

¿La habría oído? ¿Estaría esperándola igual que ella a él? Finalmente, la puerta se abrió y Lily bajó los brazos con fuerza.

Se oyó un golpe seco y alguien blasfemó. Entonces, la lanzaron contra la pared, con tanta fuerza que tuvo que soltar el candelabro. La agarraron de los brazos y le taparon la boca para que no gritara.

— ¿Lily?

Ella reconoció la voz aunque hablara en un susurro. Era Tony. Se sintió aliviada.

— ¿Eres tú?

Ella trató de asentir contra la mano que le cubría la boca.

— ¿Hay alguien más en la habitación?

Negó con la cabeza.

Él la soltó y susurró.

— ¿Qué diablos ocurre? ¿Qué tienes en la boca?

Por primera vez, Lily recordó que seguía disfrazada. ¿Cómo iba a explicárselo? No quería que Tony se enterara de que se había reunido con Tyler y A.J. Antes de que pudiera contestar, Tony encendió la luz. Entonces la miró sin más.

— Es un bigote —le dijo—. Llevas bigote.

Ella lo miró con interés.

— Y tú llevas un vestido y una peluca.

Tony se quitó la peluca y la tiró sobre el sofá.

— Tuve que ponerme un disfraz para salir del hotel con seguridad —entornó los ojos—. Eso es lo que ibas a intentar tú, ¿no es así? —la agarró de los brazos y la sacudió—. Admítelo. Tratabas de salir huyendo con ese disfraz.

Si esa era la conclusión a la que había llegado, Lily estaba feliz de admitirlo. Era mejor eso que tener que admitir que ya había salido del hotel.

— ¿Es que no te entra en la cabeza que puede haber alguien que intente matarte?

— O a ti —le apuntó con un dedo—. Tú puedes ir por ahí disfrazado con un vestido y ¿yo tengo que quedarme aquí encerrada?

— ¡Sí! —gritó él.

— De eso nada.

—¿Está todo bien?

Al oír una voz, ambos se volvieron. Lily reconoció al hombre que la había acompañado hasta el coche de Sam.

—Sólo estaba comprobando que todo iba bien. Sam me cortaría la cabeza si... bueno... veo que estoy... —se aclaró la garganta—. Veo que estoy interrumpiendo. Lo siento —dio un paso atrás y se rió—. Oí gritos —puso la mano sobre su vientre y contuvo una carcajada.

—Ya... Lo comprendo —Tony cerró de un portazo.

Cuando Tony miró a Lily, parecía avergonzado, frustrado, y furioso. Estaba despeinado, y tenía la falda del vestido de flores agarrada con una mano. Ella sintió un cosquilleo en el estómago y reconoció la llamada del amor. ¿Se había enamorado de un hombre que parecía lo bastante loco como para zarandearla? El pánico se enfrentó a la risa, pero la risa ganó y no pudo contenerla.

Tosió para tratar de disimularla.

—Llevas un vestido. Yo un bigote —se rió—. ¿Te imaginas lo que habré pensado ese hombre?

Tony la miró.

—Se me ocurren varias cosas, pero no me interesa que ninguna llegue a la calle o a oídos de mi familia —hizo una pausa y entornó los ojos—. Crees que es divertido.

—Divertidísimo —dijo ella—. Ese vestido da un significado nuevo a la moda atrevida. Deberías verte.

—Lo he hecho, y no es una experiencia que quiera repetir. ¿Y tú? ¿Te has mirado en el espejo últimamente?

—¿Qué?

—Tienes el bigote torcido. Deja que te lo arregle —se acercó a ella y se lo arrancó.

Ella se llevó la mano al labio superior y después se rió. Él también, y por primera vez desde que el coche trató de atropellados, se relajó.

Cuando recuperaron el control de la situación, él estaba sentado en el suelo junto a ella, rodeándola por los hombros. Decidió no preguntarle dónde pensaba ir con ese disfraz. Si ella se lo contaba, no podría evitar

enfadarse otra vez.

—¿De dónde has sacado el bigote?

—Alistair me lo dio —dijo ella.

—Dame Vera fue tan amable como para dejarme el vestido y la peluca. Estoy seguro de que ella no se lo pondría ni loca —le acarició la rodilla—. Te alegrará saber que me lo quité antes de hablar con tu padre.

Ella se volvió para mirarlo.

—¿Has quedado con mi padre?

Él asintió.

—No hablamos de negocios. Le dije que de todos los McNeil, sólo haré negocios contigo.

—Pero... entonces, no lo comprendo. ¿Por qué fuiste a verlo?

Tony la sujetó por la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Es tu padre. Tiene derecho a saber que alguien trata de herirte —al ver que lo miraba asombrada, le preguntó—. ¿Qué?

—Acabo de acordarme. Recibí una llamada en el móvil hace un par de horas. La voz estaba disimulada, pero fuera quién fuera me advirtió de que me arrepentiría si no me marchaba del hotel.

—¿Cuáles fueron las palabras exactas?

—«Si quieres sobrevivir otras veinticuatro horas, sal de Henry's Place ahora mismo».

—Entonces, quizá fueras tú el objetivo del que disparó —se pasó la mano por el cabello—. Tengo una lista de gente que se beneficiaría si tú estuvieras fuera de juego. ¿Y si el avión de la empresa se hubiera estropeado a propósito para que te quedaras en Tahití y no llegaras a Henry's Place? ¿Quién habría venido en tu lugar?

—Jerry.

—Él no es el único que está en mi lista. Si ahora mismo te pasara algo, ¿qué posibilidades crees que hay que yo le vendiera el hotel a McNeil? ¿Y a quién se lo vendería si no?

—A Giles —dijo Lily frunciendo el ceño.

—Exacto.

—Pero ese coche no dejó claro a quién quería atropellar.

—Yo le dije que no estaba interesado en vender. Si él se libraba de mí, se aseguraría la venta del hotel. Entonces, Giles y Jerry pueden ser, y apuesto por Giles.

—Pero no puedes estar seguro de que tu familia vendería el hotel a Fortescue Investments —señaló Lily.

—Confiaría en su talento como negociador.

—Ya...

—Pero no te lo imaginas como asesino. ¿De veras significa tanto para ti?

—No. Lo único que siento cuando pienso en él es que fui estúpida por caer en sus redes. Pero cuando pienso en él como asesino, lo intenté cuando estuve con él en el Waldorf, lo que siento es que ese hombre no es capaz de cometer un asesinato.

—No tiene que hacerlo él. Puede contratar a alguien. Y si se libra de ti y consigue Henry's Place, también se habrá vengado de McNeil por el fracaso que sufrió hace dos años cuando rompiste el compromiso con él.

—¿Entonces? —lo agarró de la mano—. ¿Cómo lo detenemos?

Él la miró a los ojos y deseó saber la respuesta.

—No lo sé. Sam y Drew están tratando de pensar en algo —la abrazó, la besó en la nariz y la puso en pie—. Vamos, lo consultaré con la almohada. Ya se me ocurrirá algo.

Ella lo miró mientras entraban en el dormitorio.

—Nunca hemos dormido en esa cama.

—Esta vez sí dormiremos —le acarició la sombra oscura que tenía bajo los ojos—. No me atraen las mujeres con bigote.

—Ya no lo llevo —le dijo, y se rió cuando él la tomó en brazos y se tumbó junto a ella en la cama.

Una vez más, toda la familia Romano estaba reunida en el salón. Y estaban comiendo otra vez. Como siempre, todos hablaban a la vez. La frustración y el miedo estaban presentes. Drew había conseguido identificar al hombre que les había disparado y después había tratado de atropellados, pero aún no habían conseguido detenerlo. No había nada

seguro, pero Giles Fortescue era el número uno de la lista de sospechosos. La pregunta era cómo podían atraparlo.

Los Romano se intercambiaban ideas entre unos y otros. Nick y Sam estaban delante del ordenador, Drew paseaba de un lado a otro, y Tony estaba sentado en una butaca escuchando y descartando ideas.

La única persona que no gritaba su opinión era Tyler Sheridan, que estaba sentada junto a Lily en el sofá. Incluso AJ golpeaba la mesa con el puño para rebatir algo que había dicho Nick.

—Es el carácter mediterráneo —dijo Tyler—. Tarde o temprano, se quedarán sin energía y entonces es el momento de exponer tus ideas.

Lily lo haría, si tuviera alguna. Miró hacia la cocina y vio que Alistair estaba bebiendo café sobre el mostrador. Dame Vera estaba a su lado sentada en un taburete y movía la mano con la que sujetaba la boquilla de plata para enfatizar lo que estaba diciendo. Ambos iban vestidos con los trajes de *Thin Man*, y parecían personajes de las series de misterio que solían poner en televisión.

Fue entonces, cuando se le ocurrió una idea. Y cuando se calmó la caótica discusión que había en la habitación, ella estuvo dispuesta a compartirla.

Capítulo 10

A Tony no le gustó ni una pizca el plan que se le había ocurrido a Lily el día anterior. Pero a todos los demás les pareció perfecto. Se agarró a la barandilla que rodeaba la azotea y contempló las vistas de la ciudad. Los nervios se le habían alojado en el estómago.

Respiró hondo y trató de calmarse. Pero no lo consiguió. Lily había ideado una trampa para cazar al hombre que les había disparado. No importaba lo buena que fuera la idea, lo malo era que quizá atrapaba al hombre a quien había tratado de complacer toda su vida. Su padre. Tony no creía que J.R. McNeil estuviera detrás de los ataques. Su candidato favorito era Giles Fortescue. Pero no estaba seguro. Y no le gustaba que Lily estuviera en esa situación comprometida. Su familia había utilizado la lógica para rebatir cualquier objeción que él hiciera. Tony siempre se había sentido orgulloso de actuar con lógica, pero en cuanto a Lily se refería, parecía que no era capaz de utilizarla.

Así que iban a celebrar una fiesta de compromiso improvisada.

Giles Fortescue, J.R., Pamela y Jerry McNeil habían sido invitados a la habitación del ático de Henry's Place para celebrar el compromiso entre Lily y Tony. Lo del compromiso no había sido idea de Lily. No, eso lo había ideado la familia de Tony mientras discutían acerca de la trampa que iban a tender.

—Haz una fiesta de compromiso—dijo Nick—. Será una buena trampa.

Todos estuvieron de acuerdo. Pero Lily no parecía muy contenta.

—El anuncio del compromiso tocará la fibra sensible de alguno—dijo A.J.

Ése era el comentario con el que se había quedado Tony. A quien le tocaran la fibra sensible quizá decidiera atacar a Lily.

Drew había solicitado que un juez autorizara la grabación secreta del evento y Sam había cableado toda la habitación. Tony miró el reloj. Faltaban treinta minutos para que Giles Fortescue, J.R., Pamela, y Jerry McNeil llegaran al hotel.

Nick se acercó a él y dijo:

—Ésta es la manera más rápida de cazar al culpable.

Drew estaba hablando por teléfono, Sam trabajando en el ordenador y Alistair junto a él. Pero las respuestas no llegaban lo bastante rápido.

Tony suspiró.

—Sé que sólo es en las películas donde la policía y los detectives resuelven casos en sesenta minutos. Pero ¿y si la idea de Lily no funciona?

Nick miró hacia Sam y Drew.

—Entonces dejaremos que lo resuelvan el policía y el detective privado, y tú podrás encerrar a Lily el tiempo que sea necesario.

—Demonios —dijo Drew por teléfono.

—Maldita sea —dijo Sam, mirando al ordenador.

—Los sonidos felices del progreso —dijo Nick y le dio un golpecito en la espalda a Tony—. Es una lástima que vayamos demasiado elegantes como para jugar un partido. Así nos calmaríamos.

—Te ganaría aunque llevemos traje de etiqueta —dijo Sam, cerrando el ordenador.

Nick se rió.

—No tendrás oportunidad. Conozco tus trucos.

Drew guardó el teléfono en el bolsillo y miró a su primo.

—¿Apostamos algo?

—Por supuesto que no —dijo Alistair—. ¿Queréis recibir a Foitescue y a los McNeil con aspecto de hooligans? El propósito de ir de esmoquin es intimidar a los invitados.

—Tiene razón —dijo Tony—. Tenemos que aguantar hasta que termine todo esto.

—Lo que estáis experimentando es miedo escénico —dijo Alistair—. Unas respiraciones profundas aliviarán el problema, y nadie se romperá la vestimenta. Balanchine creó esa rutina para la Compañía Nacional de Ballet. Doblaos por la cintura y moved los brazos con soltura —hizo una demostración—. Sacudid las muñecas.

—¿Ballet? —preguntó Drew—. Yo accedí a lo del esmoquin, pero...

Tony contuvo la sonrisa y dijo:

—Nos comportaremos, Alistair. Pero lo que me calmaría los nervios más que respirar hondo sería repasar el plan una vez más.

Sus hermanos estuvieron encantados de hacerle caso.

—Yo siempre me pongo nerviosa antes de una actuación —dijo Dame Vera.

Lily se miró en el espejo mientras la mujer le ponía colorete en las mejillas. Las otras mujeres habían salido de la habitación minutos antes, diciendo que tenían que vestirse. Lucy, Dame Vera y Alistair eran los encargados de servir la comida y las bebidas. Gina y Grace estaban asignadas a la cocina. El resto tenía que mezclarse con los invitados, igual que ella, hasta que llegara el momento de hacer la actuación de su vida.

—Recuerda, tienes que relajar la musculatura y caer al suelo, tal y como hemos ensayado —dijo Vera—. Mira —se llevó la mano al vientre y cayó al suelo. Al cabo de un momento, abrió un ojo—. He hecho esto en doscientas sesenta actuaciones de Romeo y Julieta.

—Claro, tú tienes práctica. Éste será mi debut —dijo Lily.

—Sabes lo que dicen. Morir es fácil. La comedia es lo difícil. Lo haré bien —Dame Vera se puso en pie—. El traje también te ayudará —dio un paso atrás para verla mejor—. Gina se ha superado a sí misma.

Lily no podía estar más de acuerdo. El vestido de color azul tenía tirantes y le llegaba hasta las rodillas. Cualquier modelo de Gina daba seguridad a una mujer.

Y Lily la necesitó en cuanto vio entrar a Tony en la habitación. Durante un instante, no pudo pronunciar palabra. Lo único que pudo hacer fue mirar su reflejo en el espejo. Era un hombre atractivo y encantador, pero con el esmoquin parecía implacable e invencible.

—Bond —dijo él, rompiendo el hechizo—. James Bond.

Ella sonrió y se volvió para mirarlo.

—Siempre quise ser una chica Bond.

—Bueno —dijo Dame Vera, y se dirigió hacia la puerta—. Os dejaré a solas un minuto. Pero no tardéis mucho. La función empezará dentro de diez minutos.

Durante un instante, ninguno de los dos dijo nada.

—Todo va a salir bien —dijo Lily, y se acercó a él—. Tu familia ha pensado en todo.

—Excepto en esto —metió la mano en el bolsillo—. Se necesita un anillo para un compromiso —le colocó el anillo en el dedo. Después le besó la mano—. Era de mi madre. Y te queda perfecto. Voy a considerarlo un signo de buena suerte, Ricitos de Oro.

Lily miró el anillo. Un brillante entre dos esmeraldas. Sintió una fuerte presión en el pecho. «El compromiso no es real», se recordó. No podía ser real.

Llamaron a la puerta y Dame Vera asomó la cabeza.

—Alistair dice que quedan cinco minutos para levantar el telón. Tenemos que ocupar nuestros puestos.

Tony no dejó de mirar a Lily.

—Cuando termine...

—Lo siento —dijo Nick, desde la puerta—. Drew tiene algo que quiere que veas.

Tony suspiró, soltó la mano de Lily y salió con su hermano. Dame Vera se acercó a Lily y le agarró la mano.

—Perfecto.

«Nada es perfecto», pensó Lily. El anillo la hacía desear algo que no podía tener.

—No es la farsa que vamos a representar lo que te preocupa, ¿verdad? —le preguntó Vera.

Lily sonrió.

—¿Siempre has tenido tanto talento para leer la mente de los demás?

Dame vera se rió.

—Soy actriz. Durante años he aprendido a observar a la gente muy de cerca para averiguar lo que están pensando. Pero no necesitaría mucho talento ni mi bola de cristal para ver que te has enamorado de Tony.

—¿Es tan evidente?

Vera se rió de nuevo y la agarró por la cintura.

—Soy adivina, ¿recuerdas?

—Ojalá supiera qué hacer —dijo Lily.

—El engaño nubla tu pensamiento, sobre todo, el autoengaño. Sólo tienes que decidir qué es lo que quieres e ir por ello. Eso es lo que estoy haciendo con Alistair. Nunca me casé, nunca me fui a vivir con un hombre, porque siempre quise ser independiente. Gracias al sabotaje de las tuberías, he decidido que me gustaría vivir con Alistair. Y pienso aceptar una de las muchas ofertas de matrimonio que me ha hecho durante los últimos veinte años. Sólo que él no lo sabe todavía.

—¿Cuándo vas a decírselo? —dijo Lily con una sonrisa.

—Voy a decírselo con cuidado. Estoy segura de que se llevará una gran sorpresa y ya no es tan joven como antes —agarró la mano de Lily y miró el anillo—. Y nunca me ha puesto un anillo en el dedo.

—Es falso. Quiero decir, el compromiso es una... es parte de toda la farsa que vamos a representar esta noche. Ojalá pudieras mirar en tu bola de cristal y decirme que Tony estará a salvo.

—Ojalá pudiera. Pero el peligro no ha terminado todavía. Por eso vamos a actuar esta noche.

—No estoy tan segura como Tony de que el malo sea Giles.

—¿Por qué no?

—Porque, cuando lo tomo a él como culpable, no consigo encajar todas las piezas del puzzle.

—¿Cuáles no te encajan? —preguntó Vera.

—Tu predicción sobre los idus de marzo. Dijiste que el desastre tenía relación con los idus de marzo. Durante mucho tiempo, pensé que yo era la que causaría el desastre porque mi cumpleaños es el quince de marzo y estaba mintiendo acerca de lo que había venido a hacer a Henry's Place. Hoy me he enterado de que mi padre estuvo comprometido con Isabelle Sheridan y que se suponía que iban a casarse un quince de marzo. Si el padre de Tony tuviera relación con la ruptura del compromiso, entonces, mi padre podría estar buscando venganza. Pero no querría matarme.

Vera la agarró de la mano.

—Todo esto es difícil para ti.

—Tony está seguro de que Giles está detrás de todo esto. Pero él no tiene relación con los idus de marzo.

—No que sepamos.

—Cierto —suspiró Lily.

Dame Vera la agarró por la cintura y se colocó frente al espejo.

—Pronto sabremos la verdad. Myrna Loy y William Powell siempre estaban más confundidos cuando estaban a punto de resolver el misterio. Y eso es lo que va a suceder esta noche.

—Espero que tengas razón.

—Lo bueno de actuar es que, cuando uno se mete en el papel y sale al escenario, sólo tiene que concentrarse en representar a su personaje. El mundo y las preocupaciones pasan a otro plano. Una obra es mucho más sencilla que la vida real.

Lily no podía estar más de acuerdo.

Tony miró alrededor de la habitación del ático. Gracias a Alistair y a Dame Vera, todo era perfecto. Había velas encendidas. Cubiteras con champán y música tranquila. Drew estaba en el salón y tenía un sistema para estar en contacto con los hombres que controlaban el equipo de seguridad que Sam había instalado. Sam y Nick todavía estaban en la terraza con sus esposas. Permanecerían allí hasta que llegaran los invitados. Dame Vera estaba detrás de la barra dispuesta a servir la bebida. Gina Grace y Lucy estaban en la cocina. La única persona que faltaba era Lily.

Salió justo cuando Tony se disponía a llamar a la puerta del dormitorio. Al verla, Tony se quedó boquiabierto. Estaba preciosa.

—Parece la protagonista de una película de Hitchcock —dijo Alistair— Grace Kelly en *Crimen perfecto*.

Llamaron al timbre. Giles era el primero en llegar y Alistair lo recibió en la puerta. Fortescue había llevado una rosa y una caja de bombones. Sonriendo, Lily se acercó para retirarle los presentes de la mano. A pesar de que Lily le había prometido a Tony que Giles era un hombre predecible Tony suspiró aliviado. Podían haber representado la escena sin bombones, pero habría sido más complicada. Esperaba que los bombones fueran un presagio de que el resto de la tarde transcurriría con facilidad.

—Estás preciosa con ese vestido —dijo Giles.

—Me alegro de que hayas venido. Confiaba en que me perdonaras por lo de ayer. Estaba... disgustada.

—Sin duda, lo estabas. Pensé que terminarías volcando el contenido de la copa sobre mi cabeza. La Lily que recordaba era tímida y de buenos modales.

—He cambiado —dijo con una sonrisa.

—Desde luego.

—Brindemos por ello.

Lily lo acompañó hasta la barra y Dame Vera les sirvió dos copas de champán. Antes de agarrar la copa, abrió la caja de bombones y la dejó junto a la rosa, sobre la barra.

Giles le agarró la mano y miró el anillo.

—Te doy mi enhorabuena, pero estoy preocupado por ti.

—¿Por qué?

—Romano va muy rápido. ¿No se te ha ocurrido pensar que todo esto de la boda puede tener relación con el hecho de que tú eres la oportunidad que tiene de mantener el hotel?

Como no sabía qué contestar, Lily no dijo nada.

Giles le apretó la mano antes de soltársela.

—Tengo una solución para tu dilema. Anima a Romano para que me le venda, y así te asegurarás de que no se casa contigo por conveniencia.

—¿Vas a contarme por qué estás tan ansioso por poseer este lugar?

La miró con cara de inocente.

—Por tu felicidad —le dijo, y chocó la copa contra la de ella.

Llamaron al timbre justo cuando Tony entró de la terraza. Cuando Giles se volvió hacia él, ella lo agarró del brazo.

—Una pregunta. ¿En qué piensas cuando digo: los idus de marzo?

Ella habría jurado que su cara de asombro era sincera.

—*En Julio César*, de Shakespeare. Me ha recordado a décimo grado, cuando tuve que memorizar el discurso del funeral de Marco Antonio.

—¿Algo más?

—Espera. Sí. El quince de marzo es tu cumpleaños, ¿no es así? ¿De qué se trata?

Lily oyó la voz de su padre y de su madrastra detrás de ella.

—Una pequeña apuesta que tengo conmigo misma.

Se volvió, y se acercó a su familia. Giles era inocente. Lo presentía. Igual que presentía que una de las tres personas que se acercaban a ella era culpable.

¿Pero por qué una de ellas recurriría al asesinato?

—Giles Fortescue —dijo Giles, y extendió la mano hacia Tony—. Creemos que no nos han presentado formalmente.

Tony le estrechó la mano.

—Enhorabuena. Espero que tengas más éxito que el que yo tuve con ella.

—Gracias. No tengo intención de dejarla marchar.

Y era cierto. Estaba impaciente porque aquella farsa terminara. Deseaba acercarse a Lily y llevarla a un lugar donde pudieran hablar para aclarar las cosas entre ellos. Estaba enamorado de ella. Le había costado mucho darse cuenta. Y no sabía cuándo lo había hecho. Lo único que sabía era que quería que el anillo de su dedo representara un compromiso de verdad.

Tratando de recuperar la paciencia, miró a Giles y le dijo:

—¿Por qué estás tan ansioso por comprar este hotel?

Giles se rió.

—Le he explicado mis motivos a Lily. McNeil quiere este hotel. Por tanto, yo también. Es así de sencillo. Infantil, pero sencillo.

«Quizá», pensó Tony. Pero el hombre que estaba frente a él parecía demasiado experimentado como para caer en rivalidades de adolescentes a menos que pudiera obtener algo importante ¿Sería capaz de cometer asesinato para conseguirlo? Lily pensaba que no. Él no estaba tan seguro.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó J.R. en voz baja mientras abrazaba a Lily.

Lily no podía recordar cuándo había sido la última vez que su padre la había abrazado.

—Estamos celebrando nuestro compromiso.

Cuando J.R. la soltó, ella trató de interpretar la expresión de su rostro

Pero él ya estaba mirando a su alrededor.

—Romano me ha dicho que alguien te ha disparado y que después ha tratado de atropellarte.

¿Era preocupación lo que oía en su voz?

—Pero han fracasado.

—Maldita sea. Fortescue quiere este hotel de verdad. Puede que esté lo bastante loco como para tratar de quitarte de en medio. Quiero que le digas a Romano que te retiras. Convéncelo de que estarás más segura si trata directamente conmigo. Pamela y yo sabíamos que este trabajo quizá fuera demasiado para ti. Es hora de que papá venga al rescate.

Lily sintió que se le encogía el estómago. Él no estaba preocupado por ella. Ni siquiera se había alegrado de que se hubiera comprometido. Lo único que le preocupaba era que ella no fuera capaz de conseguirle Henry's Place. Lily se puso derecha y sonrió. Sentía rabia, y no dolor como otras veces.

—Te preocupas demasiado, papá. Tengo todo bajo control.

—Y enciende el teléfono. Quedamos en que lo llevarías siempre encendido para que pudiera supervisar lo que estás haciendo. No he podido localizarte en todo el día.

Lily recordó que había apagado el teléfono después de recibir la amenaza. Se suponía que el número sólo lo tenía su padre. Lo agarró del brazo y lo llevó hasta la barra.

—Por cierto, anoche recibí una amenaza por teléfono. ¿Sabes quién tiene mi número además de ti?

—Nadie —dijo él.

—¿Lo has anotado en algún sitio?

—Sólo en la agenda de mi despacho.

Eso significaba que Jerry, Pamela y Olivia Bates, la secretaria de su padre, podrían haberlo encontrado. Esperó a que J.R pidiera un whisky antes de decir:

—La persona que llamó, disimuló su voz y amenazó con matarme. Puede que no sea Giles la persona que desea quitarme de en medio.

—No pensarás que yo tengo algo que ver con ello.

—¿Lo tienes? —preguntó Lily tras respirar hondo.

Su padre la miró un instante.

—No seas ridícula.

—¿Y qué hay de Pamela o Jerry?

—No estás pensando con claridad. Yo diría que Fortescue tiene un espía en mi oficina. Sería capaz de hacer cualquier cosa. Míralo.

Lily obedeció. Giles estaba hablando con Tony. Jerry se dirigía hacia ellos.

Su padre había hecho una buena observación. Giles podría haber conseguido su número de teléfono, pero la cosa era que Jerry y Pamela no habrían tenido mucho problema para encontrarlo.

Al ver que AJ y Sam se acercaban a la barra, Lily les presentó a su padre y se acercó a Pamela.

—Romano.

Tony se volvió y vio que Jerry McNeil se acercaba a ellos.

—Siento haberme perdido la reunión que tuviste con J.R y mi madre.

Tony pensó que sus palabras iban destinadas a enfadar a Giles, pero no fue así. En todo momento. Jerry ignoró a Giles y sólo se dirigió a Tony.

—¿Puedo hablar contigo un instante? —le preguntó Jerry.

—Si es breve —dijo Tony.

—Dos minutos —prometió Jerry—. ¿Podemos ir a algún lugar privado?

—No os preocupéis por mí. Iré a contemplar las vistas —dijo Giles, y se marchó.

Tony vio que Lily estaba hablando con Pamela. AJ y Sam habían sacado a J.R. a la terraza. La caja de bombones seguía abierta sobre la barra. Enseguida, todo el mundo estaría en su sitio.

Pamela Langford-McNeil dejó de mirar a su hijo en cuanto vio que Lily se acercaba a ella.

—Como siempre, has estropeado las cosas —dijo con una falsa sonrisa.

—Vaya, yo que creía que lo tenía todo controlado —dijo Lily.

Pamela bajó el tono de voz y dijo con cierta malicia:

—Tu padre no opina lo mismo. Le advertí que no te enviara a ti. La empresa todavía se está recuperando de cuando rompiste tu compromiso con Giles. Jerry ya habría terminado con este asunto. Lo menos que podrías hacer es permitir que él se ocupe a partir de ahora.

Lily la miró a los ojos.

—¿Por eso te aseguraste de que el avión de la empresa tuviera problemas mecánicos en Tahití? ¿Para qué Jerry pudiera ocupar mi puesto?

—Sin duda, esta vez has llegado muy lejos. Ahora tienes manía persecutoria.

—Alguien me ha amenazado de muerte por teléfono. Y es un número al que sólo unos pocos podrían tener acceso. Jerry y tú sois dos de esas personas. Sólo que olvidaste una cosa. Las llamadas a teléfonos móviles pueden investigarse.

Lily tuvo la satisfacción de ver cómo Pamela perdía el control durante un instante. Cuando lo recuperó, Lily sonrió y se alejó.

Jerry bebió un sorbo del champán que Vera le había servido. Entonces se llevó a Tony a unos pasos de la barra.

—Lily te está mintiendo —le dijo en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Ella te está mintiendo. Desde que destrozó nuestro plan sobre la fusión con Fortescue, ha estado desesperada por entrar de nuevo en la junta directiva. Ésta es su oportunidad. Haría cualquier cosa por entregarle este hotel a su padre.

Tony metió las manos en los bolsillos para evitar darle un puñetazo a Jerry.

—¿Por eso te aseguraste de que no pudiera salir de Tahití?

—Trataba de hacernos un favor a los dos. No creerás que tiene intención de casarse contigo. Va a tenerte engañado hasta que le vendas el hotel a McNeil.

—¿Por qué me estás contando todo esto?

—Porque puedo ofrecerte un trato mejor. J.R. está desesperado por tener este lugar. Igual que mi madre.

—¿Por qué?

—Algún trato que ha hecho con alguien de la alcaldía. Van a convertir toda la manzana en un hotel y centro de conferencias. No conozco todos los detalles. Lo importante es que tú sepas que conseguir este hotel significa mucho dinero para McNeil. Puedo prometerte una cifra muy elevada si trabajas conmigo.

—¿Estás diciendo que Lily no puede ocuparse del trato?

—No. Por supuesto que no. Sólo estoy diciendo que Lily es inexperta. Sólo lleva en la empresa poco más de un mes. J.R. la readmitió el día quince de marzo y, como regalo de cumpleaños, le dijo que le encargaba el trabajo de conseguir Henry's Place.

Tony percibió rabia y frustración en la voz de Jerry. ¿Lily era la víctima de todo aquello? ¿Estaría él mirando a los ojos a un hombre capaz de contratar a alguien para que asesinara a su hermanastra?

Lily miró a su alrededor en el salón de la habitación del ático. Tony había llevado a Jerry al salón del nivel inferior donde Nick y Tyler ya habían llevado a Pamela. Lucy y Grace estaban pasando platos con aperitivos y Giles estaba hablando con Gina en la terraza. Todo el mundo había estado cerca de la caja de bombones al menos una vez.

Enseguida, Gina le pediría a Giles que le llevara otra copa de champán. Lily respiró hondo y soltó el aire. En cuanto Giles entró de la terraza, se acercó a la barra para reunirse con él.

Había llegado el momento de actuar.

—Eres una de las pocas personas que parece estar pasándoselo bien — comentó ella.

—Me gustan las fiestas —dijo Giles mientras Vera servía champán en la copa de Gina.

Esa era la parte más difícil de aquella farsa.

Conseguir que Giles le diera un bombón. Toda la familia había discutido varias estrategias, pero finalmente, Lily decidió improvisar.

—Todavía no he probado esos bombones. ¿Por qué no eliges uno para mí? Tengo que vigilar a Tony. Por cómo le tiembla el músculo de la mandíbula, sé que está a punto de darle un puñetazo a Jerry.

Giles se rió mientras elegía un bombón y lo colocaba delante de los labios de Lily. Consciente de que la estaban mirando, Lily se metió e

bombón en la boca y masticó con cuidado. Contó hasta diez. Según Drew ése era el tiempo que tardaban en hacer efecto algunos venenos. Cuando se lo tragó, recordó todo lo que le había enseñado Dame Vera. Abrió bien los ojos y miró a Giles. Lo agarró de la solapa con una mano. Con la otra se cubrió el vientre mientras tosía. Entonces, se dejó caer al suelo.

AJ. gritó y empezó el caos. Lily trató de seguir los acontecimientos basándose en lo que oía.

Giles blasfemó. Eso significaba que Vera le había derramado una copa encima para mantenerlo ocupado.

Se oyó ruido de cristales rotos. Ése era el trabajo de Tyler.

Algo pesado cayó al suelo. La mesa del café. Sam había hecho su papel.

—¿Qué ha pasado? Dejadme pasar —dijo Tony.

Drew se acercó a ella primero, tal y como habían ensayado. Lily sintió dos dedos sobre su cuello.

—Retiraos —dijo Drew—. Dejadla espacio.

—Tengo que verla —dijo Tony—. ¿Qué ha sucedido?

—El bombón —dijo Dame Vera—. Él le ha dado un bombón.

El silencio se apoderó de la habitación. Lily contó las pulsaciones en su cabeza. Cuando llegó a diez, Drew retiró los dedos.

—Quiero verla —dijo Tony.

Otras tres pulsaciones.

—No —la voz de Tony expresaba dolor.

Se cayó otra mesa. Más cristales rotos.

—Dejadme verla —dijo Tony.

Se oyó un forcejeo. Según lo ensayado, Sam y Nick estaban sujetando a Tony.

—Quédate ahí —dijo Drew—. Está muerta.

Capítulo 11

—¿Muerta? No puede ser —a pesar de mostrar sorpresa e incredulidad, Tony echó un vistazo a la habitación.

Sabía que Nick y sus hermanos estaban haciendo lo mismo.

Todos estaban quietos. J.R se había quedado de piedra. Y la expresión de Pamela y de Jerry era difícil de interpretar.

—No puede estar muerta —dijo Giles.

Por primera vez. Tony percibió el miedo en su voz.

—Tengo que pedirlos que bajéis al salón —dijo Drew, y agarró el brazo de Giles.

—No. Has cometido un error —Tony trató de liberarse de Nick y Sam—. Dejadme verla. Sólo se ha desmayado.

Drew lo agarró por los hombros.

—Está muerta.

—Estás mintiendo —dijo Giles—. ¿De qué ha muerto?

—El bombón —dijo Dame Vera, y señaló a Giles—. Él la ha envenenado con un bombón.

—Envenenado —repitió A.J.

—No —dijo Lucy, y agarró la mano de su madre.

—Bastardo. La has envenenado —Tony agarró a Giles por la solapa de abrigo.

—No —Giles consiguió liberarse—. No tengo motivos para asesinar a Lily.

—Quiero verla —Tony forcejeó mientras Sam y Nick lo llevaban al salón—. Tengo que verla.

—No puedes —Drew llevó a Giles hasta una butaca—. Tengo que asegurar el lugar del crimen. Nadie puede acercarse hasta que no llegue la policía.

—¿El lugar del crimen? —J.R. habló por primera vez—. ¿Quién iba a

querer matar a Lily?

—Eso es lo que pretendo descubrir —Drew sacó el teléfono móvil y marcó un número.

Tony permitió que Sam y Nick lo sentaran en una silla.

—Tengo que denunciar un homicidio —dijo Drew por teléfono.

—No —Tony se derrumbó contra el respaldo de la silla y miró de refilón lo que pasaba en la habitación.

Su familia estaba actuando como si todos hubieran nacido en un escenario. Gina abrazaba a sus dos hijas. Grace estaba pálida y Lucy lloraba sobre el hombro de su madre. A.J. se secaba los ojos sin soltar la mano de Tyler.

J.R. se sentó en una silla y exclamó:

—No.

—¿La has matado? —le preguntó Pamela a Giles.

—No me mires. No tengo motivos para querer quitarla de en medio.

—Le diste un bombón —dijo Drew.

—La caja ha estado abierta sobre la barra más de treinta minutos. Todo el mundo ha tenido acceso a ella —dijo Giles.

—Pero tú tienes un motivo. Ella te dejó hace dos años y las acciones de tu empresa cayeron en picado, más que las de McNeil Enterprises —dijo Drew—. Tus accionistas no quedaron contentos. E imagino que les habías asegurado que la fusión no podía salir mal.

—Eso es agua pasada. Las acciones se recuperaron y yo también. Es más, prefiero que haya un poco de rivalidad entre las dos empresas. Creo que nos hace más fuertes. Juntos nos habríamos confiado y habríamos perdido mercado —Giles miró a Jerry—. ¿Por qué no le preguntas a Jerry cómo se sintió cuando fracasaron los planes de fusión?

—¿Yo? —Jerry se puso en pie enseguida.

—Jerry —Pamela habló con un tono que provocó que su hijo se sentara de nuevo.

—Jerry y Pamela fueron los que vinieron a contarme el plan del matrimonio y la fusión —continuó Giles—, y esperaban ganar mucho dinero cuando la fusión se llevara a cabo.

—Todos lo esperábamos —dijo Pamela.

—Sí, pero vosotros habríais tenido la ventaja añadida de tener a Lily fuera de la empresa para siempre —Giles se volvió y miró a Drew—. Mi trabajo era convertir a Lily en una madre de familia, y dejar vía libre para que Jerry ascendiera a la vicepresidencia de la empresa.

—Eso no es cierto —dijo Pamela—. Jerry tiene un futuro estelar en McNeil Enterprises.

—Entonces ¿por qué le pareció necesario buscar a alguien para que boicoteara el avión de la empresa en Tahití?

—Bastardo...

Jerry se levantó de la silla, pero Sam se colocó en su camino y lo empujó para que se sentara de nuevo.

—Éramos socios —dijo Jerry, mirando a Giles—. Retrasar la llegada de Lily fue idea tuya —se volvió hacia los demás—. Acepté dejar a Lily en Tahití. Eso es todo. Giles quería hacer su oferta antes de que ella llegara al hotel.

—Y tú lo echaste a perder —replicó Giles.

J.R. se acercó a Jerry y lo miró con furia e incredulidad.

—Has traicionado a la empresa. ¿Estabas trabajando con Giles?

—Sí —dijo Jerry—. He traicionado a tu empresa, igual que la empresa me ha traicionado a mí.

—Jerry —Pamela habló con severidad.

—No, Madre, voy a decírselo. Giles me ofreció la vicepresidencia si le conseguía Henry's Place. Ése era el puesto que tenía garantizado antes de que fracasara la fusión.

—Idiota —Pamela dio un paso hacia su hijo, pero J.R. la agarró de brazo.

—Podrías haber conseguido la vicepresidencia de McNeil —dijo J.R.— Sólo era cuestión de tiempo.

—Demasiado tiempo —dijo Jerry—. Llevo trabajando allí diez años. Y Lily regresa, la vuelta de la hija pródiga, y tú le das el trabajo que se suponía tenía que tener yo, un trabajo con el que me habría ganado la vicepresidencia que me has pasado por delante de las narices durante los

dos últimos años. Si ella te hubiera conseguido el hotel, la habrías nombrado vicepresidenta y habrías continuado engañándome.

—Así que mataste a Lily —Tony se levantó y dio dos pasos antes de que sus hermanos lo agarraran.

Esa vez no fingía cuando trataba de soltarse.

—No —dijo Jerry—. No fui yo.

—Lily regresó a la empresa y, como regalo de cumpleaños, tu padrastro le dio el trabajo que creías que te merecías, así que decidiste librarte de ella de una vez por todas.

—No—dijo Jerry—. Lo único que hice fue aceptar un trabajo en la empresa rival y asegurarme de que Lily se quedara en Tahití. Eso es todo. Lo prometo.

—Idiota —dijo Pamela—. Lo único que tenías que hacer era esperar.

—Siéntate —le dijo Sam a Tony en voz baja—. Deja que se encargue Drew.

Tony se esforzó por controlar la furia y se sentó de nuevo.

Pamela trató de acercarse a su hijo, pero J.R. se lo impidió de nuevo.

—Deja que termine.

—Imaginé que tarde o temprano mi familia me ofrecería la vicepresidencia después de haber ocupado ese puesto en Fortescue durante una temporada. Pero yo no la he matado —señaló a Giles—. Ahí está el hombre que tiene motivos. Preguntadle por qué quería este hotel. Habría hecho cualquier cosa por conseguirlo.

—Lo que dice Jerry tiene sentido —dijo Drew, y miró a Giles.

Giles levantó las manos con las palmas hacia fuera y dijo:

—Ah, pero yo no quiero el hotel tanto como J.R. Él también tiene motivos para vengarse. Hace años, Henry Romano le robó a una mujer —sonrió—. Somos muy parecidos, J.R. Fue una lástima que la fusión fracasara.

Todos miraron a J.R. Estaba sonrojado por la rabia.

—De acuerdo, prometí que me vengaría de Henry Romano cuando convenció a Isabelle Sheridan de que rompiera nuestro compromiso. Y cuando se presentó la oportunidad de comprar Henry's Place, yo la acepté

felizmente. Pero no mataría a nadie para conseguir esa venganza. Y desde luego, nunca mataría a mi hija. Sin embargo, tú...

Nick y Drew bloquearon el paso a J.R cuando trataba de acercarse a Giles.

—Estás llamando a la puerta equivocada, J.R —dijo Giles—. Si quiere saber quién odia a tu hija lo suficiente como para matarla, mira a tu equipo directivo y pregúntate quién ha hecho todo lo posible por mantener a Lily fuera de él.

—¡Ya basta! —gritó Pamela con furia—. Sois idiotas. Los tres. Tú —señaló a Giles—. Porque te dedicaste a buscar venganza y no a dirigir tu empresa. Tú —señaló a J.R.—, porque tratas muy mal a la gente. Si hubiera reconocido el potencial y el talento de Jerry, ya habría conseguido Henry's Place —respiró hondo y apretó los puños. Después, señaló a Jerry—. Y tú eres un idiota porque no fuiste capaz de esperar. Siempre has sido demasiado impaciente. Y ahora lo has arruinado todo. Tenías que haber esperado otras veinticuatro horas, ya te dije que lo tenía todo arreglado. Sólo tenías que esperar.

—¿Qué era lo que tenías arreglado? —le preguntó Drew—. ¿Habías contratado a otro hombre para que los atacara?

Se hizo un silencio y Pamela se volvió hacia él.

—Querías deshacerte de los dos, ¿no es así? —preguntó Drew—. De ese modo podrías haber conseguido el hotel y firmar el contrato con la junta urbanística de la ciudad, y Jerry habría conseguido la vicepresidencia que le prometiste hace dos años.

—No sabes de qué estás hablando —dijo Pamela.

Tony se percató de que ella luchaba por mantener el control. Entonces, observó con orgullo cómo Drew la acorralaba.

—Hace dos años estuviste muy cerca de todo lo que deseabas. Debiste de recibir un duro golpe cuando Lily canceló la boda. Todas esas acciones perdidas, Jerry quejándose porque no lo apreciabais lo suficiente. Y quizá J.R. te hizo responsable por haber promovido el compromiso y la fusión. Entonces, dos años más tarde consigues arreglártelas para conseguir toda la manzana en la que se encuentra el hotel, de forma que conseguir Henry's Place se convierte en mucho más que en una venganza. Así, la junta directiva recuperaría la confianza en ti y tu hijo conseguiría el puesto que le

prometiste. Pero, entonces, se tuerce todo. El quince de marzo, Lily entra en el juego de nuevo y, claro, va a arruinarlo todo otra vez.

—¿Tú? —J.R. se volvió hacia su esposa—. ¿Tú la has matado?

—No —dijo Pamela—. Yo no he traído los bombones. Y nadie puede decir que los haya tocado.

—Pero contrataste a un matón —dijo Drew—. Lo hemos identificado, y está arrestado. Sólo es cuestión de tiempo que te delate.

Al ver que Pamela palidecía, Tony comenzó a ponerse en pie. Sam lo agarró del hombro para que no se moviera.

—No creo que al jurado le importe que tú no hayas traído los bombones —continuó Drew—, ni que nadie te haya visto poner veneno en la caja. Crecen que estarán encantados de declararte culpable.

—Yo no la maté —dijo Pamela, mirando a su alrededor.

Su marido y su hijo la miraban incrédulos.

—Y pensar que tú siempre me has llamado insensible —dijo J.R.

Tony miró a la familia McNeil. Aquella era la familia de Lily. Un padrastro que ni siquiera había mostrado interés en acercarse a su hija aunque pensaba que estaba muerta, un hermanastro que la odiaba y una madrastra que deseaba verla muerta. La furia lo invadió por dentro. No estaba seguro de lo que habría hecho si Lily no hubiera decidido levantarse en ese momento.

Al verla bajar por los escalones, el miedo sustituyó a la rabia. Aquello no era parte de la farsa.

—No, no me has matado, Pamela —Lily se colocó frente a su madrastra—. Pero contrataste a alguien para que hiciera el trabajo por ti.

—Era una trampa. Estabas fingiendo.

—Lily, ¿qué significa todo esto? —preguntó J.R.

Tony se puso en pie y agarró a J.R. por el brazo.

—Espera —decidió seguirle el juego a Lily.

Sam y Nick estaban al lado de Pamela. Drew estaba entre Giles y Jerry. Todos estaban custodiados.

—Sí, estaba fingiendo —dijo Lily—. Todo ha sido un truco, pero ha

funcionado. Hemos descubierto al posible asesino. Durante todo el día he tratado de imaginarme a Giles y a Jerry como asesinos. Pero ninguno de los dos me parecía capaz. Tú sí.

—Mentiras —dijo Pamela—. Todo son mentiras.

—No. Intentaste matarme. Por el momento, lo dejaremos así. Cometiste el error de tratar de matar a Tony. Eso es inaceptable.

Lily le dio a Pamela un fuerte puñetazo en la barbilla. Nick y Sam la agarraron al caer.

La familia Romano estaba comiendo otra vez. Y hablando todos a mismo tiempo.

El caos total, pensó Lily mientras escuchaba pedazos de las conversaciones que había a su alrededor. A.J., Grace y Nick estaban especulando acerca de la estrategia de defensa que adoptaría el abogado de Pamela. Sam, estaba al lado de su mujer. Tyler estaba alimentando al bebé y apoyaba todo lo que dijera su marido. Excepto Drew, que paseaba de un lado a otro mientras hablaba por teléfono, el resto de la familia había formado un círculo alrededor de los abogados. Alistair y Vera se habían retirado al bar y celebraban el final del caso a base de martinis.

Lily estaba sentada en el sofá, en medio del caos. No había sido capaz de probar bocado desde que se tomó el bombón. Y no tenía mucho que decir. El sentimiento de alivio que experimentó al ver que los hombres de Drew sacaban a Pamela de allí se diluyó al pensar que un miembro de su familia había tratado de destruir Henry's Place y de matar a Tony.

Y para colmo, su padre y Giles habían tratado de hablar de negocios con Tony.

Cuando él se negó a hablar con ellos, ambos se dirigieron a ella. Giles le agarró la mano y le repitió su oferta de que trabajara para él. Su padre se enfadó y le aseguró que la vicepresidencia de McNeil Enterprises sería para ella si conseguía el hotel de los Romano. Ni adiós. Ni abrazos.

Observó marchar a su padre y se percató de que, por mucho que lo visualizara, su padre nunca sería cómo ella quería que fuera. La única persona a quien podía cambiar era a sí misma.

En aquellos momentos, su mayor preocupación era que Tony estuviera

enfadado. Lo notaba por cómo gesticulaba y tensaba los músculos del mentón al hablar con Drew. Por supuesto, tenía todo el derecho a estar enfadado. Ella no había seguido el guión, pero no había podido aguantar más tiempo fingiendo estar muerta. Tenía derecho a enfrentarse a Pamela.

Y si de algo estaba segura, era que no regresaría a McNeil Enterprises. Respiró hondo. En realidad, no le preocupaba su padre ni su próximo trabajo, lo que le molestaba era el hecho de que Tony pudiera estar enfadado con ella. No se había acercado a ella desde que la policía se había llevado a Pamela.

—Te sentirás mejor si comes algo —Drew le ofreció una bandeja con champiñones.

Lily lo miró. Aquellas debían de ser las primeras palabras que le dirigía Drew.

—Ahora no puedo comer nada,

—Tendrás que acostumbrarte. Los Romano siempre superamos las crisis comiendo —al ver que ella no decía nada, continuó—. Tienes motivos.

—Gracias.

—Mira. Estaba equivocado acerca de ti —sonrió—. Lo odio cuando sucede. Tyler y AJ. me contaron lo que habías hecho para salvar el hotel, por Tony y por nosotros —le tendió la mano—. Bienvenida a la familia Romano.

Lily sintió que le daba un vuelco el corazón. Ésas eran las palabras que quería oír de la boca de Tony.

Tyler eligió ese momento para entregarle el bebé a Nick y decir en voz alta.

—Un momento, por favor. Tengo que anunciar una cosa.

Todos se acercaron a ella.

—Sí que vamos deprisa —le dijo Drew a Lily—. Tyler ha decidido que lo mejor será hacer un ataque directo. ¿Estás con nosotros?

—¿Con vosotros? —preguntó Lily.

—Shh. Va a presentar tu plan para salvar el hotel. Espera.

Apagaron las luces y apareció la primera transparencia en la pantalla. Era el plan que habían discutido en el avión. Tyler lo había plasmado en

papel para que cobrara vida. Al cabo de diez minutos, Tyler terminó y encendieron las luces de nuevo. Tony tenía el ceño fruncido. Lily sentía un nudo en el estómago.

—Ha sido idea de Lily, ¿verdad? —preguntó Tony.

—Sí —dijo Tyler—. Y lo mejor de todo es que es muy sencillo. Formaremos una empresa familiar. Cada uno invertirá según sus posibilidades y tú serás el director.

—No aceptaremos el «no» como respuesta —dijo Nick—. Apreciamos el trabajo que has hecho para mantener el hotel en funcionamiento. Pero todos poseemos una parte de Henry's Place, así que lo justo es que todos contribuyamos a mantenerlo.

—Y todos compartiremos los beneficios —dijo Sam.

—Y habrá beneficios —dijo AJ.—. ¿Has visto las previsiones de Lily?

—Es hora de rendirse, hermano —dijo Drew.

Tony se puso en pie.

—Tengo que hablar con Lily. En privado.

—Eh, si estás enfadado por esto, págalo con nosotros. Lo único que ha hecho Lily es pensar la idea. Somos nosotros los que queremos aplicarla.

—No pasa nada —dijo Lily—. Yo también quiero hablar con Tony.

Él la agarró de la mano y la llevó hasta el dormitorio.

Cuando cerró la puerta, ella se dirigió hacia la cama y se volvió para mirarlo. Nunca lo había visto tan enfadado.

—Tengo que decirte una cosa.

Sus palabras sonaron muy duras. ¿La habría llevado hasta allí para dejarla? Lily no sentía las piernas. Se sentó en la cama. Todo había empezado allí. Quizá terminara en el mismo sitio.

—No va a funcionar —dijo Tony.

—Te garantizo que lo que ha contado Tyler funcionará.

—Por supuesto que sí. No estoy hablando del hotel. Estoy hablando de nosotros.

Lily presionó una mano contra su vientre. Iba a dejarla.

—¡Maldita sea! Quería hacer esto bien. Quería encontrar las palabras

adecuadas.

Ella lo miró. De pronto, se sentía enfadada. Se colocó de rodillas sobre la cama y puso las manos en las caderas.

—Espera un momento. Acabo de salvar tu hotel. Y tu vida. Quizá no tengas las palabras, adecuadas, pero yo sí. Y vas a dejar que termine. Te he salvado la vida, Romano. Dos veces. Primero, cuando te dispararon... y también esta noche, porque Pamela no se habría conformado con matarme sólo a mí. De acuerdo, puede que también haya salvado la mía. Y tu familia ayudó un poco. Un par de detectives y policías no venían mal. Pero fue mi plan el que delató a Pamela.

—Lily, yo... —Tony se acercó a la cama.

Ella le empujó en el pecho con un dedo.

—Y estás enfadado conmigo. ¿Tienes valor para estar enfadado conmigo sólo porque no encuentras las palabras adecuadas para dejarme? Si crees que puedes abandonarme como si fuera una pieza de...

Tony la agarró de ambas manos.

—¿Crees que te he traído aquí para dejarte? —soltó una carcajada.

Lily liberó una mano y le pegó un puñetazo en el estómago. Él la agarró de los hombros y se tumbó sobre ella en la cama.

—Quítate —dijo ella.

Tony sonrió. Era una luchadora.

—Quítate.

—No hasta que no aclaremos algunas cosas. Primero, no estoy enfadado contigo. Estoy furioso con tu padre. Hice todo lo posible por no ponerle las manos encima. Es un estúpido por no apreciarte. Y estoy enfadado conmigo mismo. Porque tengo que decirte una cosa y quería que todo fuera perfecto.

Ella lo miró a los ojos.

—He venido a pedirte que te quedes ese anillo. Quiero que el compromiso sea real. Desde el momento en que hicimos el amor en esta cama, supe que eras la mujer perfecta para mí. Quiero que seas parte de mi vida.

Por primera vez, Lily experimentó un sentimiento de pertenencia.

—Cásate conmigo —dijo Tony—. No te dejaré salir de esta cama hasta

que no digas «sí».

Dame Vera retiró la oreja del cristal de la puerta del dormitorio. Después se volvió hacia la familia Romano.

—Va a haber una boda —dijo con voz de adivina.

Alistair negó con la cabeza.

—Ahora ya sabéis cómo vaticina las cosas.

Pero los Romano no le prestaban atención. Todos se abrazaban entre sí.

—Tú eres el próximo, Drew —dijo AJ.

—No —corrigió Vera—. Alistair y yo seremos los siguientes.

—Sí, sí —dijo Drew aliviado—. Brindo por ello.

—Hay un inconveniente en formar parte de esta familia —susurró Tony en el oído de Lily.

—¿Y cuál es? —Lily se estremeció al sentir sus labios sobre el cuello.

—No hay privacidad. ¿No los oyes ahí fuera?

—Sí —susurró—. Respecto a lo de la privacidad, tengo un plan.

—No me cabe duda —dijo Tony entre risas—. Y seguramente funcionará.

—En serio. ¿Qué te parece mi plan sobre el hotel?

—Es perfecto —dijo él—. Creo que fui muy inteligente al llevarte a la cama enseguida.

—Por lo que yo recuerdo, la idea fue tan mía como tuya.

Él sonrió.

—De acuerdo. Compartiré el éxito. En cualquier caso, los dos hicimos una buena jugada. Juntos hemos encontrado la forma de hacer ricos a los Romano, pero de momento van a tener que arreglárselas solos. Desde ahora, sólo pienso centrarme en ti. Te quiero, Lily McNeil.

Lily se rió y lo besó en la boca.

—Yo también te quiero, Tony Romano.